Dragon Signs: Parte 1

DanGrey

Image not found.

Capítulo 1

¿Quién soy? ¿Por qué existo? ¿Por qué soy así? ¿De verdad las personas pueden cambiar? ¿Qué es lo que constituye la identidad de una persona: su cuerpo, sus pensamientos...? ¿Es nuestro mundo real o solo es algo que alguien ha creado?

Muchas preguntas surgen en nuestra mente a lo largo de nuestras vidas, y a medida que nos acercamos a una respuesta, más preguntas van apareciendo en nuestro camino. Es entonces cuando llegamos a la cuestión: Si nuestra existencia ha sido creada por alguien ¿Quién es ese alguien? ¿Deberíamos adorarlo y tratarlo como a un ser superior? ¿Debemos dejar que sea Él quien gobierne nuestras vidas?

Estas son las preguntas que, queramos o no, alguna vez han rondado nuestra mente. Puede que de una manera tan fugaz que no nos hayamos dado cuenta o que lo hayamos olvidado, también puede que neguemos que eso haya ocurrido, que es lo más probable en la mayoría de los casos.

Y esta es la pregunta que yo os voy a responder.

¿Qué o quién es Dios?

Capítulo 1 – Eclipse

Mi nombre es... Daniel Grey. Yo soy... ¡¡Dios!!

Y esta es mi historia. Todo comenzó el día de mi nacimiento... pero contaros lo que sucedió desde ese momento haría este relato aún más largo de lo que ya es y además no tengo ningún recuerdo de mis primeros años de vida (como todo el mundo, supongo).

Faltaba un día para mi décimo cumpleaños y, tras haber pasado el mes entero intentando convencer a mis padres para que me dejaran ir a la excursión que se produciría al día siguiente, solo que tenía que superar una última prueba. Estaba esperando a que me atendiera mi médico y, la verdad, es que ya me estaba empezando a cansar.

Entonces, de repente, se abre la puerta y sale una niña que parecía tener más o menos mi edad acompañada de sus padres, que antes de seguir avanzando se giran unos instantes para despedirse del médico. Pero no es hasta unos segundos más tarde, cuando aparece la doctora Pascual.

Morena, con el pelo rizo, unos dos metros de altura, bueno... en realidad mide metro ochenta y uno, pero redondeando un poco al alza te da dos metros. ¿Que como sé que mide exactamente metro ochenta y uno? Pues

os daré un consejo, si alguna vez os encontráis con ella no hagáis ningún comentario sobre su altura (es muy sensible en lo tocante a ese tema y se irrita con facilidad) y que por nada del mundo se os ocurra decir algo del tipo "¡Buah! ¡Qué alta, debes medir unos dos metros!", porque se sentirá molesta. Y es entonces cuando os corregirá y os dirá su altura exacta (con suerte, mucha suerte, lo hará sin levantar la voz).

Sí, estoy diciendo esto, supongo que ya os lo habréis imaginado, porque yo hice ese comentario, más de una vez.

— Siento haberos hecho esperar— dijo la doctora Pascual— Daniel, ya puedes pasar.

— ¡Por fin! — exclamé, pues la espera se me había hecho eterna.

Así que me levanté y, mientras mis padres esperaban en la sala de espera, yo entré en la consulta. Pero antes de que pudiera atravesar la puerta la doctora se inclinó para poder estar a mi altura y me dijo:

— Solo a ti se te ocurre tener un accidente así una semana antes de tu cumpleaños.

— Bueno, por lo menos me curo rápido.

Y ya dentro de la habitación, justo a la derecha de la puerta, se encontraba la "mascota" de la doctora. Era un halcón, o por lo menos eso es lo que siempre decía ella, porque la verdad es que a mí me parecía un poco grande para serlo (tenía casi la misma altura que yo). Siempre me dio un poco de miedo, además de que su tamaño intimidaba bastante, también me daba la sensación de que estaba más vivo de lo que aparentaba, para ser un animal disecado. Ese miedo era lo que hacía que sintiera cierto respeto hacia el animal y lo que me obligaba a saludarlo cada vez que lo veía. Su nombre era...

— ¡Hey! ¡Qué tal Pegaso!

— Estoy segura de que Pegaso le encanta que siempre lo saludes— era lo que la doctora siempre me solía decir, pero yo creo que solo lo hacía para no echarse a reír, aunque alguna que otra vez ya se le había escapado alguna risa.

— Pero ahora sube a la camilla. ¿Y se puede saber por qué ni siquiera llevas la venda puesta?— esta vez se dirigió a mí con un tono más severo.

— ¡Es que ya no me dolía y no está nada hinchado! Yo creo que está

completamente curado— contesté como disculpa.

Aunque eso era verdad, lo cierto es que tendría que haber dejado el pie en reposo, pero como al quinto día no sentí nada cuando lo apoyé unos instantes para ir al baño, pues decidí quitarme las vendas para mirar la hinchazón y el color del que estaba (antes de vendarlo era marrón). Pero me llevé la sorpresa de que estaba como si nunca hubiera pasado nada, así que no volví a ponerme la venda, tampoco podría haberlo hecho aunque lo hubiera intentado, que fue lo que pasó. Al final, al no saber qué hacer con ella, me la puse en la cara (te aburres mucho estando tanto tiempo sin moverte) y, por supuesto, antes de que mis padres la vieran me la quité y la enterré en la maceta de la entrada.

Mientras me quitaba la zapatilla y subía a la camilla, la doctora estaba mirando las radiografías que me habían hecho la semana pasada. Después, se agachó para tomarme el pie y examinarlo. Estoy seguro de que era la mejor médica del mundo, pues con solo un vistazo era capaz de dar un diagnóstico perfecto. Entonces mirándome con cara de extrañeza me dijo:

— ¡Tenías razón! ¡Tu tobillo ya está completamente curado! Esto es muy raro, según estas radiografías tu tobillo debería haber tardado una semana más en curarse ¿Cómo es esto posible?

— Bueno... a lo mejor no era tan grave como parecía. ¡Tampoco será para tanto!

Seguramente no os estaréis preguntando cómo me hice daño, pero aun así os lo voy a contar. La versión que conocen mis padres y la mayoría de la gente, incluida la doctora Pascual, es que me caí de un árbol. Pero lo que en realidad ocurrió fue esto...

— ¡Vamos Dan! ¡Tú puedes!

— ¡Silencio idiotas! ¡Que me voy a caer!— les grité a mis amigos— ¡Estúpido pájaro, aun encima de que lo ayudo!

Era la hora del recreo y habíamos descubierto el nido de un pájaro por la parte de fuera de la ventana de nuestra clase, así que yo estaba intentando agarrarlo para ponerlo en un lugar más seguro. Todo esto estaba ocurriendo mientras algunos de mis amigos distraían a los profesores, aunque no tengo muy claro cómo.

La cosa es que la tarea me estaba resultando imposible porque un pájaro negro, similar a una gaviota aunque un poco más pequeño, que yo suponía que era la madre, no dejaba de atacarme. Hasta que, de repente

y sin ninguna razón, se marchó volando.

— ¡Uff! Menos mal que ya se ha ido, creía que me iba a tirar— pensé aliviado.

Claro que, aquel instante de paz, solo fue la calma antes de la tormenta. Porque unos segundos después escuché un sonido parecido al que hacen las águilas. Entonces, al levantar la vista hacia el cielo, vi una sombra negra de mayor tamaño que el pájaro de antes que caía en picado a toda velocidad hacia mí. Y esta vez, completamente seguro, pensé en alto:

— Por qué será que tengo el presentimiento de que el pájaro de antes no era la madre.

Esa veloz sombra fue lo último que pude ver antes de comenzar a caer. Y al contrario de lo que se suele decir, que cuando vas a morir ves toda tu vida pasar por delante, lo que de verdad ocurre es que todo va más lento. Como si la muerte, al hacer acto de presencia, quisiera saborear hasta el más mínimo instante antes de llevarse otra vida con ella. Todo va tan lento que sabes que gritar no vale la pena y por mucho que intentas buscar una solución, sabes que todo es inútil.

Lo único que podía hacer era cerrar los ojos y esperar. Pero entonces... escuché una voz profunda y aterradora, capaz de helarle la sangre al mismísimo Dios (si es que tiene sangre), pero al mismo tiempo firme y segura, como si al obedecerla supieras que estás haciendo lo correcto, que me dijo:

— ¡Idiota, no te rindas! ¡Intenta caer de pie!

¿Qué hago yo? Pues le contesto con una sonrisa de desafío.

— ¡Por supuesto que no me voy a rendir!

Tras responder todo comenzó a transcurrir a su velocidad normal y aunque no tengo muy claro como ocurrió, conseguí caer de pie (¡como los gatos!, soy Catman). Al momento tuve que sentarme porque al aterrizar apoyándome en el pie izquierdo me había hecho daño. Después, cuando los profesores me vieron en el suelo, yo les dije que me había caído de un árbol y me llevaron a urgencias. Aunque lo cierto es que, a pesar de mi espectacular aterrizaje, en el momento en el toqué el suelo con ambos pies no pude evitar pensar "Sigo vivo..."

— No, no, nada de eso. Debería haber tardado dos semanas y lo ha hecho ¿en cuánto? ¿Cinco días? A ver cómo te lo explico... es como si una persona que salta desde un árbol de dos metros de altura se hiciera el

mismo daño que una que lo hace desde un quinto piso.

En cuanto terminó de pronunciar esto, solo se me ocurrió pensar "¡Oh mierda! ¿Lo sabe? ¿Cómo se ha enterado?". No era la primera vez que hacía algo por el estilo, pero sí que era la primera que daba exactamente en el clavo. Ante esto solo podía haber dos posibles soluciones o que me espiaba o que leía la mente, yo me decanto por la segunda pero nunca se sabe... Por eso, por el momento, intenté actuar como si no hubiera pasado nada, y también pensar lo menos posible (cosa que no era muy difícil).

— ¡Es algo sobrehumano!— me dijo con seriedad.

— Oh, bueno... ¡¡Qué bien!! ¡No sabía que fuera tan guay!— porque claro no era humano, era mejor que eso, era... sobrehumano.

— No creo que sea algo de lo que sentirse halagado, (sí que lo era) pero si a ti te hace ilusión... que le vamos a hacer.

«Pero lo peor es que esta no es la primera vez que te pasa algo así (tenía razón). Por eso hace tiempo ya hablé con tus padres y les pedí permiso. Dime Daniel ¿te importaría que te sacara un poco de sangre para hacer unas pruebas? »

Esto es lo que estaba pensando "¡Mierda! (que quede claro que aunque pienso mucho esa palabra podría dejar de decirla en cualquier momento, lo que pasa es que no quiero) ya verás cómo me va a doler, y aun encima el bicho ese no para de mirarme con sus ojos siniestros". Me refería, por supuesto, a Pegaso que cada vez que lo miraba de reojo era como si me devolviera la mirada diciéndome "Como no hagas lo que te dice mi dueña vas a acabar muy mal".

Y esto es lo que contesté:

— Claro que no. ¡Sácame la que quieras!

— Vale, entonces siéntate en esa silla mientras yo voy a buscar el material— me indicó la doctora.

Me puse la zapatilla otra vez y, tras bajar de la camilla, fui a sentarme en la silla. Allí estuve esperando hasta que llegó la doctora con la jeringuilla, una especie de cinta, algodón y cinta aislante. Entonces cogió mi brazo derecho, me ató lo cinta y en poco tiempo una vena comenzó a hincharse. Fue entonces cuando me clavó la jeringuilla sin darme cuenta pues yo estaba abstraído mirando cómo me sobresalía la vena.

— ¿A que no duele nada?— me preguntó.

Al instante pensé que antes había vuelto a leerme la mente, pero después me di cuenta de que era algo evidente que antes de que me pinchase ese pensamiento hubiera rondado mi mente.

Doler... no duele nada...— le dije.

“Pero creo que estoy empezando a marearme” pensé al ver mi sangre llenado la jeringuilla. No me estaba resultando nada agradable esa experiencia y esperaba que nunca tuviera que volver a repetirlo; pero a pesar de ello era incapaz de apartar la mirada.

Una vez hubo terminado de llenarse, la doctora, la sacó y me colocó un algodón pegado con cinta aislante sobre la diminuta herida que me había dejado la aguja en la piel; de la jeringuilla, extrajo el tubo que contenía mi sangre. Todo esto, desde que entré en su consulta y al igual que siempre que estaba allí, lo hizo únicamente con su mano derecha. La izquierda siempre la tenía guarda en el bolsillo de la bata y nunca, nunca, se la había visto sacar de ahí.

— ¡Ya está!— exclamó — Con esto de aquí a mí me basta— dijo mientras me mostraba el tubo que contenía mi sangre, enfatizando el “a mí” como si de haber sido otro médico hubiera necesitado más (cosa que me alivió).

Era tan fascinante que no sé cuanto tiempo me quedé ensimismado mirando aquel tubo y pensando qué clase de información se podría obtener de él, que secretos podría desvelarle a sobre mí.

Con esto terminó mi visita a la doctora, ya solo quedaba la despedida.

— ¡Hasta la vista doctora Pascual!

— Adiós Daniel, y espero que mañana te lo pases muy bien.

1.1 Amanecer de un sueño

Llegó el mejor momento del día, la hora de irse a dormir. Si al resto de los niños les ocurría lo mismo que a mí cuando se acostaban entonces no extrañaba nada que les encantase dormir. Que por qué, pues porque cada noche, una vez que cerraba los ojos y me sumía en el sueño, comenzaba la aventura.

Casi nunca soñaba con lo mismo, pero eso lo hacía aún mejor. Unas veces era un joven aprendiz de mago, otras, ya era un adulto que se había convertido en un poderoso guerrero, también un futbolista que podía hacer cosas alucinantes con el balón e incluso un alienígena en un planeta

que quien sabe donde estaba. No solo he sido esas cosas, sino muchas otras más, aunque es cierto que a veces simplemente era una persona normal, pero eso nunca evitaba que fuera divertido.

El tiempo que transcurría en los sueños podía ser desde unas horas hasta varios meses, la realidad era increíble pues a medida que pasaba el tiempo mi cuerpo también envejecía, era más alto, me crecía el pelo... y al despertarme, volvía a ser el de siempre. Lo mejor es que siempre recordaba lo que había soñado.

Así que me acosté, esperando despertar en un emocionante mundo. El problema es no sabía que aquella noche no iba a ser como las otras, porque aquella noche había... eclipse de luna.

Abrí los lentamente ojos al igual que haría si acabara de despertarme, pero todo lo que me encontré fue un lugar completamente negro. Era como si lo hubiesen pintado de manera que pareciera que estabas a oscuras, pero sin estarlo verdaderamente, pues podías verte a ti mismo al contrario de lo que ocurre cuando estás en una habitación sin luz.

Intenté buscar algo, una puerta, una ventana o a alguien, mas no había nada... ¿Dónde estaba? Aquel lugar no se parecía a ningún sueño en el que hubiera estado antes y además había algo diferente, desde que me desperté allí, mi corazón había comenzado a latir más rápido aún de lo normal, y estaba llegando a un punto en el que parecía que iba a salirse del pecho. No me dolía, pero sí era bastante molesto.

— Vaya, vaya...— me sorprendió una voz a mis espaldas— no te imaginas cuánto tiempo llevo deseando conocerte.

Al darme la vuelta me encontré con un... ¿niño? Llevaba un traje completamente blanco que le cubría el cuerpo de arriba abajo, exceptuando los ojos que, a causa de la distancia a la que estaba y la capucha que tenía puesta, no podía ver cómo eran. A pesar de tener una altura similar a la mía, aquella persona infundía tanto respeto como el más importante de los adultos, y el traje, que con la capa parecía más un disfraz, solo conseguía acrecentar esa sensación.

— ¿Quién eres?— le pregunté.

Ya no estaba allí, había desaparecido. Recorrí todo aquel lugar con mi mirada, ¿Me lo había imaginado? Era imposible que se hubiera ocultado ya que no había dónde hacerlo. A pesar de ser un sueño eso estaba siendo demasiado extraño.

— Quién sea no tiene importancia... — otra vez aquella voz que no parecía ni de niño ni de adulto, ni de hombre ni de mujer y otra vez provenía de

mi retaguardia, pero en esta ocasión estaba más cerca.

Me giré y esta vez pude verlos claramente frente a mí, a solo unos centímetros de distancia, unos ojos que aparentaban tener vida por sí mismos. Al mirarlos era como si el color verde del iris cada ojo estuviera en continuo movimiento, aclarándose y oscureciéndose, al igual que un mar embravecido agitado por una tormenta eléctrica.

También pude observar un poco mejor su traje. En el pecho tenía una especie de sol de ocho puntas con algo similar a un diagrama en árbol en el centro, cuyas seis ramas terminaba en un círculo cada una. Aunque era muy difícil verlo con claridad debido a que el dibujo no estaba contorneado sino que parecía estar grabado sobre la camisa.

—Como muestra de “cortesía”— se dirigió a mí dándole una entonación diferente a la última palabra— he venido a avisarte. Pues el destino ha decidido que vas a morir y haré que este sea tu último día.

— ¿Qu... qué estás diciendo?— tenía que estar tomándome el pelo, o eso esperaba...

— ¡Estoy diciendo que hoy morirás!—aquella frase sonó como un trueno, firme y amenazadora— Y seré yo el que acabe contigo.

— Deja de decir tonterías. ¡¿Que tú vas a matarme a mí?! He sobrevivido a una caída desde un quinto piso, ¿qué te hace pensar que podrás hacerme algo?

Un detalle que se me olvidó percibir es que en aquel sueño estaba vestido con el pijama con el que me había ido a dormir. ¿Que qué le pasaba a ese pijama? Pues que me quedaba grande. Así que por mucho que intenté mostrarme imponente y orgulloso, todo quedó reducido a nada cuando se me cayeron los pantalones.

— Hasta en los sueños no eres más que un bufón — se burló.

Le habría respondido de no ser porque sobre su hombro derecho comenzó a formarse una amorfa sombra blanca que con el tiempo fue ganando nitidez hasta convertirse en un extraño reloj. Ese reloj blanco solo tenía una aguja (que era de todo menos recta) y apenas tenía señaladas las divisiones, pero era de suponer que serían doce. La aguja estaba apuntando hacia arriba, aunque ligeramente desplazada hacia la derecha.

— Mira bien este reloj, porque antes de que la aguja haya dado una vuelta completa, tú, habrás muerto.

Si lo que pretendía era intimidarme, no lo había conseguido. Pero si quería

jugar, le respondería con su misma moneda.

— ¡Acabas de decirlo hace un momento! Esto solo es un sueño. ¡Mi sueño! Y por mucho que lo intentes no puedes no puedes hacerme daño.

—Ahí te equivocas... Este no es tu sueño, y sí que puedo hacerte daño, es más, voy a demostrártelo...

Aquello ya no tenía la menor gracia. Entonces comencé a dudar si aquel respeto que sentí en un principio no sería miedo en realidad.

— Poseo un arma capaz de herir el cuerpo físico desde el mundo de los sueños, que es donde nos encontramos actualmente. La pena es que no puede segar una vida... — suspiró — ¡Qué le vamos a hacer, nada es perfecto!

«Te presento a...»

Un haz de luz se extendió a ambos lado de su mano derecha adquiriendo la silueta de un bastón alargado, hasta que un destello final reveló su verdadera forma: una guadaña. Aquella arma tenía algo distinto a cualquier otro objeto que jamás hubiera visto, emitía un tenue brillo verdoso con partículas rojizas en lo más profundo del color.

— "*Drim Reaper*"

— ¡¡Qué guay!! — se me escapó de la emoción.

Era, simplemente, alucinante, si dejamos a un lado el hecho de que me estaba amenazando con ella.

— ¡Oh, mierda! Estás bromeando, ¿no?

Apenas había terminado de pronunciar esa frase cuando sentí una tremenda punzada en el corazón. Fue tan repentina y potente que me dejó sin aliento. Aunque si solo hubiera sido aquello tampoco habría sido tan malo, pero los problemas nunca vienen solos y el dolor no se detuvo. Resultaba imposible mantenerme en pie por lo que caí de rodillas intentando soportar con todas mis fuerzas la terrible tortura que me estaba inundando. Si tuviera que describir aquella sensación de alguna manera, lo haría diciendo que era como si un rayo de luz intentase atravesar mi corazón, abrasándolo junto con cada célula de mi cuerpo.

— ¿Te duele el corazón? — Casi había olvidado que el encapuchado aún estaba ahí — No es de extrañar... después de todo esa cuerpo humano no fue diseñado para soportar la transición.

«Pero no te preocupes, — añadió — no tendrás que permanecer en él durante mucho más tiempo.»

Había una palabra que no me había pasado desapercibida debido a que no entendía lo que significaba y a causa de ello no pude evitar pronunciarla en alto.

— ¿Transición?

— ¡Prepárate! — Continuó, ignorando lo que había dicho — Porque este, es el principio de tu fin.

— ¿Por qu...?

Pero mi voz fue silenciada por su terrorífica guadaña, que en un parpadeo había pasado de estar a unos metros de distancia a atravesar mi estómago con su cortante filo. El dolor que estaba sintiendo y que por aquel entonces ya estaba ascendiendo por mi garganta quedó eclipsado por la sensación de náuseas que vino acompañado con el primer roce del arma con mi cuerpo. Cuando quise darme cuenta de lo que estaba ocurriendo, la guadaña había atravesado completamente mi cuerpo y entonces...

Me desperté sobresaltado en mi habitación. Había sido el peor sueño de toda mi vida, solo quedaba un problema... aquello no era un sueño. No sentía ningún dolor en el corazón ni parecía que la guadaña "Drim Reaper" hubiera conseguido cortarme de verdad, o eso creía, porque al levantar la camisa de pijama vi un corte casi horizontal que atravesaba mi vientre de izquierda a derecha.

Y, como era de esperar, ante la visión de esto solo podía pensar:

— No... no puede...

—... ser.

La sorpresa por lo que acababa de ver no podía haber sido mayor. Habían pasado horas desde que comenzó a investigar las muestras y, si al principio los resultados ya habían sido fascinantes, en aquel momento pareció como si todos los esfuerzos de su vida hubieran dado finalmente sus frutos.

— Niveles de adrenalina y glucosa muy superiores a los normales, glóbulos rojos con núcleo y 47 cromosomas en todas las células. La última vez que comió fue unas 5 horas antes de la extracción, pero eso no

explica estos resultados.

«A las 12:00 el cromosoma 47 ha comenzado a sufrir una extraña reacción. Y ahora, ya estable, o por lo menos eso es lo que parece, ha adquirido una forma octogonal».

Sus palabras volaban al aire sin encontrar un aparente receptor. La consulta estaba escasamente iluminada y envuelta en un ambiente de tensión decorado con los petrificantes ojos del halcón disecado situado a unos pasos de la doctora.

Tras relamerse los labios no pudo evitar que se le escapara una pequeña sonrisa, aquello estaba comenzando...

Legó la mañana y con ella amanecía un nuevo día. Fue la frustración la que me obligó a lanzar un grito que debió oírse por toda la casa, mi gato había desaparecido de la habitación. Ésta era un poco pequeña pero con el espacio suficiente como para que cupiera un modesta estantería, un mueble donde guardar la ropa y una cama situada justo debajo de la ventana. En el centro había una horrible alfombra a la que se adhería toda la suciedad que pudiera existir y era allí donde dormía mi mascota.

— ¡Ha vuelto a hacerlo! — Pensé — ¡Maldita sea, cómo lo hará! ¡Es imposible! ¿¡Cómo habrá salido de la habitación!?

Hecho que llevaba preguntándome desde... yo diría que desde que lo conozco. La puerta de mi habitación estaba cerrada con pestillo y un gato simplemente no puede girarlo para poder abrirlo. Por otro lado, la otra única vía de escape era la ventana, que también estaba cerrada. Además había colocado a mi único peluche en ella de tal manera que se cayese en caso de que lograrse abrirla. De todo esto solo se podía llegar a una conclusión... (Bueno, se podría llegar a más conclusiones pero yo solo fui capaz de llegar a esa)

— Röd es más listo que yo — suspiré.

En realidad no podría decirse que Röd fuese mi mascota, era más bien mi compañero, no, mi amigo. Además mis padres me tenían terminantemente prohibido meter animales en casa, mucho menos un gato ya que van dejando pelos por todos los rincones. Así que ya cuidaba de él a escondidas, todos los días lo dejaba entrar en mi habitación sin que nadie lo viera y le daba de comer cualquier cosa que encontrase por la casa. Por las noches dormía en la alfombra mientras que por las mañanas desaparecía misteriosamente, llegó un momento en el que

resultaba estresante no saber por dónde salía pero bueno...

Otra cosa que siempre me había preguntado es: ¿Quién le habría puesto el nombre a mi peluche? En la pata izquierda de atrás tenía escrito a mano la palabra Angel. No es que no sea un buen nombre, es solo que es un poco raro para un lobo de peluche. Intenté sacarles información sobre él a mis padres cientos de veces, pero nunca me dijeron nada... Tampoco sabía con mucha certeza quién me lo había regalado. En resumen, todo en mi vida parece un gran enigma.

Un estornudo repentino provocó que los pantalones del pijama se me cayeran hasta los tobillos.

— ¡Mierda! ¡Oodio este pijama! Me queda enorme — pensé enfadado.

Mientras me los subía pude observar el reloj que se encontraba delante de mis narices situado encima del mueble dónde guardaba la ropa. Quedaban unos veinte minutos antes de que el autobús de la excursión se marchara y aún tenía que vestirme, desayunar y recorrer el trayecto hasta la parada.

— ¡No! ¡Qué tarde es! — Exclamé — ¡No voy a llegar a tiempo!

1.2 Un Día Inolvidable

Aun así conseguí arreglármelas para estar allí a la hora. Teniendo en cuenta que mi casa estaba a unos diez minutos en coche había salido mejor de lo que esperaba, incluso llegué antes que Robyn.

— ¡¡Dan!! — hablando del Rey de Roma... allí estaba ella.

Esa es mi mejor amiga, Robyn Soranno. Nos conocemos desde que tenía 7 años. Y, a pesar de ser rubia, os aseguro que no tiene ni un pelo de tonta. Sinceramente, conociéndola a ella, no se me ocurre otra cosa que pensar que lo que dicen sobre las rubias es mentira. Sus ojos son algo que suele llama la atención a primera vista porque son de un intenso color verde esmeralda, a diferencia de los míos que son marrones.

— ¡¡Felicidades!!

Se acercó rápidamente corriendo hacia mí de manera que antes de que pudiese darme cuenta ya tenía sus brazos alrededor de mi cuello dándome un abrazo. Solo había un problema, no me gustaba que la gente me diera abrazos, ya no hablemos de los besos... Puede que ella fuese mi mejor amiga pero eso no significaba que fuera a ser una excepción.

— ¡Cuántas veces te tengo dicho que nada de abrazos! — me aparté.

— ¡Jajá! — Se oyó una carcajada — No cambies nunca, Daniel.

Julian Soranno es el nombre de la persona que acababa de hablar, uno de los hombres más alucinantes que había en este mundo. Tenía una cicatriz que le atravesaba la mejilla derecha de arriba abajo y cada día dice que se la hizo de una manera distinta: pelando contra un pirata, batiéndose en duelo con un samurái, defendiendo una antigua reliquia de unos ninjas... Daba igual cual fuese la verdad porque el corte seguía siendo de lo más impresionante.

A su lado estaba su mujer, Anna Rostov, con su característico pelo de una tonalidad rojo fuego. Casi tan alta como su marido y, sin duda, la persona de la Robyn había heredado su color de ojos. Pero lo que más llamaba la atención de ellos era su juventud, pues más que sus padres parecían sus hermanos mayores.

— Robyn, vete a recoger tu mochila.

— ¿Tus padres ya se han ido Dan? — me preguntó Anna.

— ¡Ya voy...! — respondió primero mi mejor amiga.

— Si, tan pronto me dejaron aquí, ya se marcharon.

— Bueno, entonces supongo que nosotros también nos vamos.

— Ni se os ocurra hacer nada raro que nos conocemos, y cuida de Robyn ¿vale? — añadió Julian.

Eso último lo dijo de una manera distinta, con más seriedad. Lo normal era que ella cuidara de mí y no al revés, era más como la voz de mi razón. Me sorprendió, pero no le di mucha importancia.

— Si... — respondí.

Robyn fue corriendo hacia sus padres para darles un fuerte abrazo antes de que se fueran. Los estrechó a ambos a la vez y mientras lo hacía su padre no dejaba de mirarme fijamente. Eso era un poco siniestro.

— Pasáoslo bien en la excursión. — dijo Anna sonriendo.

Finalmente se alejaron al mismo tiempo que mi amiga los despedía ondeando el brazo derecho en señal de despedida. Recogió la mochila que había dejado tirada en el suelo y se acercó a mí. Parecía que iba a decirme algo cuando su mirada se desvió hacia mi pecho, fue entonces cuando frunció el ceño apareciendo en sus ojos una chispa de... furia... tal

vez.

— ¿Qué es eso? — inquirió.

— Una cruz... Creo que está bastante claro.

— Eso ya lo sé, me refiero a que de dónde la has sacado.

— ¡Ah! Me la ha regalado Eva.

No debí decir ese nombre...

— ¿Y por qué la llevas puesta, si tú eres la persona más atea que conozco? No mencionas a dios ni para maldecirlo, es más, ni siquiera utilizas la palabra adiós. ¿Te acuerdas de aquella vez que te tiraron agua bendita?

Como suponía, ahora sí que estaba enfadada de verdad. De entre todas las personas de nuestra clase, Eva era a la que más odiaba. Robyn tenía la manía de corregir a la gente cada vez que decía o hacía algo mal y a causa de eso Eva aprovechaba la más mínima oportunidad para burlarse de ella. Llevaban así tres años...

— ¡Sabes perfectamente que aquello pasó porque le habían echado jabón al agua! ¡¡Además eres tú la que siempre dice que los regalos hay que aceptarlos aunque no te gusten!! ¡Que, por cierto, no es el caso, porque el sol que tiene en el medio me encanta!

El colgante era una cadena de plata con una cruz calada en cuyo punto de convergencia de las astas se encontraba un sol de catorce puntas, en el centro del cual había una cruz encerrada dentro de una circunferencia. Los símbolos religiosos no me agradaban mucho, pero un sol, una estrella, eso me atraía en gran medida. Pues el sol es la fuente de la vida.

— Así que te encanta ¿eh?... Bueno, entonces supongo que no te importará que no te de mi regalo.

Y jaque mate.

— ¡Qué! Vamos. No... no seas así... ¡Lo de antes era una broma!

— Niños... Ya es hora de irse, subíos rápido la autobús. — avisó nuestra profesora mientras yo y Robyn seguíamos discutiendo.

— ¡Jajá! Y voy yo y me lo creo ¿no? ¡Nos vemos, Dan!

— ¡Robyn! ¡¡Espérame!! ¡Venga ya! ¡No puedes hacerme esto el día de mi

cumpleaños! ¡¡Robyn!!

Todavía era muy temprano y el sol apenas desprendía calor, además si a eso le añadimos que era otoño debería hacer frío. Pero ni eso era así ni las hojas de los árboles habían comenzado a caerse. El clima hace tiempo que había dejado de ser el correcto para cada estación, por aquel día casi todos llevábamos ropa de manga corta.

Después de varias horas de viaje en las que me quedé dormido, o eso creo porque no soñé nada y esa habría sido la primera vez que dormí sin tener sueños, llegamos al lago donde pararíamos para comer. Lo mejor de aquel lugar... esa elevación rocosa a la que me subí tan pronto como conseguí distraer a los profesores.

— Esto es más difícil de lo que pensaba — gruñó Robyn.

Giré la cabeza hacia mis espaldas para ver a mi mejor amiga escalar el montículo al que me había subido. Jadeaba y gruñía, sin duda no le hacía mucha gracia subir allí arriba pero nadie la había obligado así que ese era su problema.

— ¿Cómo has subido aquí sin que te vean los profesores? — le pregunté.

— Supongo que de la misma manera que tú.

— ¿Le dijiste a David que jugara contigo al escondite y después les hiciste creer a los profes que se había adentrado en el bosque?

— ¡Nop! Después de encontrar a David que, por cierto, se había escondido fatal, lo engañé para que se adentrara en el bosque y después les dije que esta vez lo había hecho de verdad.

Y como a ella siempre la creen...

— Ahahaha. ¡Qué buena!... — había que reconocer que era un genio en conseguir lo que quería — ¿Me das mi regalo? — pero yo lo era en cambiar de tema.

—...No... — “maldita seas Robyn” — pero, una cosa, creía que tenías vértigo.

— Bueno, si... Aunque técnicamente solo tengo miedo cuando miro hacia arriba así que mientras no lo haga... Además, los miedos están para superarlos, ¿no?

— ¿Por eso el otro día estuviste haciendo el tonto en la ventana de

nuestra clase? Que sepas que podrías haberte matado.

Y me lo dice ahora... ¡pero si había sido ella la que me había retado a sacar de allí el nido!

— El suelo era de tierra, lo peor que podría haberme pasado es que me hubiera roto las dos piernas o algo así — le aseguré.

— No, que va, la capa de tierra es de unos dos milímetros. — Me corrigió
— A principio de curso cambiaron la tierra por piedra porque el año pasado unos idiotas habían hecho un agujero en el patio y por culpa de eso uno de los mayores se rompió el tobillo al caerse en él.

Esos idiotas fuimos yo y David. ¡Podría haberme muerto por mi propia culpa!! (Y por la de David) Habíamos hecho el agujero porque... era divertido, cavar agujeros siempre fue, es y será divertido. Pero nunca pensamos que alguien fuera capaz de caerse, era bastante visible.

— Sin embargo supongo que en el fondo no tenías nada de qué preocuparte. — Añadió — Después de todo, eres medio mono. ¡Las alturas son tu elemento!

¡No soy medio mono! Iba a pronunciarlo en alto cuando ella continuó hablando.

— Sabes, este lugar me recuerda a la *Shaman-Skala*.

¿Qué es eso? Y adelantándose a mi voz me respondió antes de que pudiese preguntar.

— La Roca del Chamán. Está en una isla del lago Baikal y había una leyenda sobre ella.

«Se dice que Joto Khan Babai descendió de los cielos y fue enviado a la tierra por los *Dioses Supremos*. Allí, su hijo, Khan Khubua Noyon, que vivió bajo la apariencia de un águila real dorada de cabeza blanca, fue el primero en recibir el *don* chamán de Tengeri.»

Sobra decir que antes de venir aquí Robyn vivía en Rusia.

— También se dice que en esa isla nació la madre de Genghis Khan — añadió.

— ¡Qué guay!

— ¡A que sí!

Allí estábamos los dos juntos, sentados al borde de un pequeño abismo y mirando hacia aquel reluciente lago. Estaríamos en pleno otoño pero daban unas ganas tremendas de meterse en el agua. Yo, por mi parte, lo habría hecho si me hubieran retado.

Con las manos apoyadas en las rodillas y la cabeza erguida, fijé la vista en una zona del agua donde se podía vislumbrar el reflejo de unas nubes que se estaban separando, dejando un hueco por el que entraba la luz. De repente... una sombra cruzó ese hecho luminoso, quedando su reflejo plasmado tanto en la superficie del lago como en mi retina.

“¿Qué es eso? — pensé — ¿Un águila? No... Esa forma... ¡Eso es... un dragón!!”

Tenía unas alas enormes en comparación con lo que parecía la cabeza y en su parte trasera estaba la cola terminada en... ¿pinchos? En aquel momento no caí en la cuenta de que mi vista debía de haber mejorado mucho últimamente para ser capaz de discernir tantos detalles en el poco tiempo que la sombra estuvo visible.

— ¡¡Robyn!! ¡¡Mira!! — grité señalando hacia donde había aparecido el dragón al mismo tiempo que miraba al cielo para buscarlo entre las nubes.

— ¿Hm? ¿Qué pasa? — contestó mientras se quedaba mirándome en lugar de girar la cabeza hacia donde estaba apuntando con mi dedo.

Unos instantes después torció la vista, pero ya no había nada ver.

— Yo... no veo nada. — aseguró ella.

Frente esto solo podía hacer una cosa.

— ¡¿Por qué has tardado tanto en mirar, ahora te lo has perdido?!

Una rabieta.

La respuesta de Robyn fue clara y directa, sus ojos entrecerrados y su expresión facial lo decían todo. Las primeras veces que lo hizo no lo había pillado, sobre todo teniendo en cuenta lo mal que se me daban las indirectas, sin embargo una vez explicado...

“No creo que sea algo como para ponerse así.” Eso era lo que estaba pensando e intentaba decirme.

— ¡¡Ha-había un dragón!! — Intenté explicárselo — Bueno, no era un

dragón, era su sombra pero...

— Ya...

— No me crees. — me di la vuelta y agaché la vista ligeramente deprimido.

Cualquier oportunidad de confirmar si lo que había visto era cierto o solo una simple ilusión se había esfumado.

— Sí, sí, claro que te creo, pero deberíamos irnos antes de que nos vean aquí arriba.

Volvía a estar de nuevo animado. No dudaba en lo más mínimo de su palabra y además tenía razón, si los profes se enteraban de que habíamos subido allí estaríamos castigados de por vida sin recreo.

— Vale... — respondí al mismo tiempo que me levantaba.

Robyn estaba a punto de hacer lo mismo cuando le tendí mi mano para ayudarla. La agarró con fuerza y comenzó a erguirse, pero estando a medio camino algo la detuvo. Apenas podía verle la cabeza porque aún estaba parcialmente agachada, aun así descubrí que el iris de sus ojos tenía unos extraños motivos plasmados, líneas más brillantes aún que su verde esmeralda y que lo cubrían en todas las direcciones. Parecía estar observando algo que había estado allí desde que le ofrecí mi mano.

Lo peor llegó justo después. Si le pasaba algo, por experiencia, diré que lo mejor era dejarla sola, se ponía de muy mal humor. Aun así jamás la habría dejado allí arriba si no fuera porque aparentaba estar mejor. Yo iba a empezar a bajar cuando, de repente, me giré y...

— Robyn, ¿estás bien? — estaba tambaleándose y retrocediendo, cuando me quise dar cuenta ya estaba al borde del precipicio.

Si caía desde allí había dos opciones: que se diera contra las rocas o que cayese directamente al lago. Ninguna de las dos era buena considerando la altura y la profundidad del agua en aquella zona. En momentos como esos ni siquiera había tiempo para pensar en cosas como esas pues apenas mantenía un pie en el suelo.

— ¡¡Robyn!! — grité.

Mientras caía mantuvo una mano extendida hacia mí, esperando que yo pudiese hacer algo para ayudar. Estaba demasiado lejos, por mucho que corriese no podría hacer nada, no tenía suficiente tiempo... Hasta que volvió a ocurrir, está vez con mucha más fuerza. Mi corazón latía tan fuerte que estaba seguro de que todos podrían escucharlo, tan fuerte que

a cada latido parecía que iba a salirse del pecho, tan fuerte que dolía. Y, como aquella vez, todo se ralentizó, con la diferencia de que en esta ocasión yo no me vi afectado por ese paso del tiempo. Pero su mano seguía muy lejos... o eso creía...

Todo iba más lento y podía correr, de modo que, en segundo real, recorrí la distancia que nos separaba y le agarré la mano con firmeza. Fue increíble, una explosión súbita de energía que recorrió todo mi cuerpo y dejó a su paso una sensación de éxtasis.

Robyn también supo reaccionar rápido, una vez se dio cuenta de lo que verdaderamente estaba pasando, que estaba cayendo y había conseguido llegar hasta ella, aprovechando mi peso y agarre, aseguró los pies en el suelo y se impulsó hacia arriba. Quedando finalmente nuestras caras enfrentadas, separadas por unos pocos centímetros, y jadeando por el esfuerzo y la sorpresa. Yo estaba ligeramente agachado debido al cansancio que sentía así que Robyn me miraba desde arriba.

— ¿Co-cómo has hecho eso? — preguntó.

— No tengo ni idea...— era la verdad, igual que es verdad que justo después llegó aquel dolor. Un dolor en el corazón como el que había sentido en mi sueño, ante el cual solo podía llevarme la mano al pecho y doblarme sobre mi estómago aunque no sirviese de nada. Perforaba cada célula, destruía cada distracción de manera que solo podía concentrarme en el dolor. Un dolor del que Robyn no tardó nada en preocuparse.

— ¿Qué te pasa? — su expresión era de pura preocupación.

Para cuando iba a contestarle me di cuenta de que ese dolor había desaparecido. Tan rápido como había llegado se había ido. Tal vez habían sido sus palabras las que me habían librado del sufrimiento o tal vez simplemente había sido una coincidencia que desapareciera mientras me hablaba, yo habría optado por la segunda opción.

— Nada, nada. Estoy bien.

Evidentemente aunque no fuera así le habría mentado y ella lo sabía, pero también es cierto que en aquel momento pudo ver en mi expresión que estaba siendo sincero. Una de mis grandes fallos, o ventajas, depende como lo mires, es que mi cara expresaba a las mil maravillas mi estado de ánimo, era incapaz de ocultar lo que sentía, por eso nunca se me habría ocurrido jugar al póker. Lo que ahora me interesaba era otra cosa.

— Pero, ¿se puede saber qué es lo que te ha pasado a ti? — la interrogué.

Apartó la mirada y, bajando la vista, suspiró. La expresión de preocupación que tenía hasta hace unos momentos cambió a tristeza, tal vez preocupación, tampoco se me daba muy bien percibir el estado de ánimo de la gente. Volvió a mirarme a los ojos y entonces contestó... con otra pregunta.

— Dime una cosa, ¿con qué has soñado hoy?

Robyn era la única persona a la que le había contado lo de mis sueños, es cierto que también se lo podría haber dicho a David, pero de alguna manera algo me decía solo debía hablar de ello con Robyn, que solo ella sería capaz de entenderme. Aun así, no creí que debiera hablarle del encapuchado, había sido demasiado raro y seguía sin tener muy claro lo que había ocurrido.

— Con nada interesante... — se me notaba a las leguas en la cara que estaba mintiendo.

Después de una pausa en la que me lanzó la mirada sarcástica de "Yo te creo" con los ojos entrecerrados, me hizo una propuesta:

— Que te parece si hacemos un trato, tú me cuentas lo tuyo y yo lo mío.

Era justo, así que acepté.

— ¡Vale!

— ¡Trato hecho! — dijimos los dos al unísono, sellando nuestro pacto con el choque de puños.

— Y ahora, vámonos ya de aquí — la apremié.

El poco tiempo que habíamos estado allí ya había sido lo suficientemente intenso como para continuar esperando a que ocurriese algo más emocionante.

— ¡Espera! — Me interrumpió mientras comenzaba a irme — Gracias, por salvarme, no sé qué hubiera pasado si no hubieras estado.

Como ya dije antes había dos opciones, pero consideré que no sería oportuno decírselas en alto. No porque me pareciera inapropiado, sino porque tenía prisa por marcharme. Así que simplemente le contesté:

— ¡No es nada! Además, te debía una. — Añadí con una sonrisa — Y somos amigos, ¿no? Yo siempre estaré a tu lado.

A lo que ella me respondió con una leve sonrisa ladeada con la que bastaba para dejar claro que el asunto había quedado zanjado, ya no

había nada más que agradecer ni volvería a mencionar el asunto.

Lo que no supe fue que al darme la vuelta esa sonrisa se transformó en una mueca de tristeza y pasó mucho tiempo hasta que supe cuál era la verdad que se ocultaba tras esa última expresión.

1.3 Destino final

De vuelta al autobús nos sentamos juntos. Allí me explicó lo que había pasado cuando casi se desmayó. Resulta que había visto a un chico joven en mi lugar, haciendo exactamente lo mismo que yo, tendiéndole la mano y ayudándola a levantarse, pero que se había sentido como si tampoco fuera ella misma, como si en aquel lugar estuvieran otras dos personas distintas de ella y yo. Éramos nosotros pero al mismo tiempo no lo éramos, ni ella misma supo explicarlo. Sus palabras fueron "Era como un recuerdo, ahora siento como si siempre hubiese estado ahí y en aquel momento, por alguna razón, se activó. Da igual, dejémoslo".

Después me tocó a mí explicarle mi sueño con todo el detalle que pude, hasta le enseñé el corte con el que me levanté esta mañana. Hmm... ahora que me fijaba, había algo raro en ese corte.

— ¡Es como si te hubieran cortado desde dentro! — Así que era eso, que haría yo sin Robyn — Esto no es normal, lo sabes ¿verdad?

— Supongo... — contesté — ¿Desde cuándo te pasa a ti lo de las visiones? — o sueños o como quisiera llamar a eso.

— Pues... no estoy segura. — Meditó — Desde que cumplí los diez años...

¡A lo mejor esa era la clave!

— ¡¿Qué?! Entonces, ¿a todo el mundo le pasa algo raro al cumplir los diez años?

— Hmm... no lo creo, o por lo menos espero que no se así — se cruzó de brazos, pensativa.

Lo mejor que se podía hacer para confirmarlo era preguntarle a otra persona, así que lo intenté con David que estaba en el asiento de atrás y solo tenía que levantar la cabeza por encima del mío para poder verlo.

David Eekiz, la primera persona que conocí cuando llegué al colegio y, además, el que se convirtió en mi mejor amigo. Eva es su hermana melliza, lo que no impide que Robyn y él sean buenos amigos.

— Oye David, ¿a ti te ha pasado...? — el contacto de la mano de Robyn en

mi cabeza me interrumpió.

Odiaba que se aprovechara del hecho de que no me gusta que me toquen sin permiso. Si quería que me callase solo tenía que ponerme la mano en el hombro o incluso hacer el amago.

— ¡No le hagas caso! — Añadió Robyn — ya sabes cómo es... Solo dice tonterías. — Eso no era cierto. No mucho... — Bueno... Hasta luego.

Utilizando la mano que aún seguía apoyada en mi cabeza hizo que me agachara y me colocara bien en mi asiento. Claro que la cosa no quedaba ahí, si no me reñía no quedaba contenta.

— ¿Qué pa...?

— ¿Se puede saber que estás haciendo? — me gritó entre susurros.

— ¿No puedo preguntarle...?

— ¡No!

— ¿Por qué?

— ¡Porque no! ¿Te ha quedado claro?

— No — era demasiado tentador como para no haber contestado eso. Siempre era divertido llevarle la contraria. Hasta que se ponía verdaderamente de los nervios... como en aquel momento. Si a eso le añadimos que cada vez estaba más encima de mí, el resultado final era aterrador.

Simplemente tuvo que usar su mirada mortal y rectificué mis palabras al acto.

— ¡Era broma! ¡Era broma! — Para cuando dije eso ya estaba recostado sobre mi asiento con la cabeza apoyada en el borde inferior de la venta del autobús y con Robyn tan cerca que hasta se le podía escuchar la respiración.

Se apartó con su eterna cara de enfado y se colocó adecuadamente en su asiento con los brazos cruzados sobre el pecho.

— ¿Estás enfadada?

Era gracioso hacerla rabiar pero, después de todo, también era mi mejor amiga.

Se giró y se quedó mirándome un pequeño rato con una expresión que no demostraba ninguna clase de emoción. Entonces, una sonrisa apareció en su cara y me contestó.

— ¿Tú qué crees? Ambos sabemos que enfadarse contigo no sirve de nada.

El resto del viaje transcurrió sin contratiempos, hasta que llegamos... a nuestro destino final.

El autobús se detuvo a unos metros de la colina de la montaña a la que íbamos a subir. El cielo estaba apenas nublado y el sol, aunque otoñal, transmitía el calor suficiente como para ir sin ropa de abrigo. Gran parte de los árboles eran de hoja perenne lo que permitía que el paisaje a nuestro alrededor fuese verde. Árboles tan altos que parecían ascender hasta el cielo, con sus hojas mecidas por una ligera brisa.

Desde abajo parecía una montaña inexpugnable, su cima rocosa, sus salientes, sus zonas completamente verticales... maldito sea mi vértigo. Solo esperaba que una vez que nos pusiéramos en marcha dejase de ser tan intimidante.

Bajamos del autobús todos de golpe, no había nada más aburrido que estar sentado durante tanto tiempo sin poder hacer otra cosa que mirar por la ventana y hablar con tu compañero de viaje. David y Arkad salieron a toda velocidad apartando a todo aquel que se interponía en su camino.

— ¡Hey, Dan! ¡Una carrera hasta la cima! — me retó David.

Estaban a unos siete metros de mí, David era el que iba en cabeza pero yo sabía que podría adelantarlos sin problema, sobre todo porque la bandolera que llevaba Dave era increíblemente molesta para correr en comparación con mi mochila. De lo que no me había dado cuenta es que fuera tan rápido, antes de que pudieran dar cinco zancadas más ya estaba por delante de los dos.

— Soy más rápido que...

— ¡Ni lo sueñes! — me cortó David.

Para impedir que siguiera sacándoles distancia. Mi mejor amigo hizo un último esfuerzo de manera que pudo agarrar mi mochila e impulsarme hacia atrás.

— ¡Quietos ahora mismo! — Era la potentísima voz del profesor de educación física que nos había acompañado a la excursión — ¡Volved aquí

y ni se os ocurra separaros del grupo!

— ¡David, tú ya has hecho suficientes tonterías por hoy! — Añadió la profesora — Venga, poneos en la fila que nos vamos.

— Vale... — contestamos los tres a la vez mientras volvíamos con el resto del grupo.

Y así es como comenzó la ascensión a la montaña.

Una hora más tarde ya habíamos hecho más de la mitad del recorrido. La fuerza del sol se hizo más notoria a medida que subíamos, hacía calor pero era perfectamente soportable. Yo iba hacia el final de la fila, caminando con lentitud, con la cabeza gacha y suspirando de vez en cuando. Estaba empezando a cansarme de aquello, llegaba un punto en el que se volvía insoportable. Si la cosa seguía así antes preferiría darme la vuelta y sentarme por alguna pradera cerca del autobús.

— ¿Qué pasa Dan? — Preguntó Cire Wax, girándose para mirarme mientras sonreía — ¿Ya te has cansado de andar?

— No es eso precisamente de lo que estoy cansado... — le respondí para después soltar otro suspiro.

El espectáculo del que me había hartado estaba a mis espaldas. Eva Eekiz, la hermana melliza de David y cuyo único parecido con él era el negro de los ojos, estaba discutiendo con Robyn, otra vez... Solo habíamos tenido cinco minutos de tranquilidad hasta que, de repente y sin saber cómo, empezaron a gritarse, insultarse, ignorarse, volver a gritarse... y todo eso sin que ninguno de los profesores se enterase. Si alguna habilidad especial tenían esas dos cuando estaban juntas era saber disimular en los momentos adecuados.

— ¡¡Que no me des órdenes!! — gritó Eva.

— No es culpa mía si no sabes distinguir entre un consejo y una orden. — le replicó Robyn con los brazos cruzados sobre el pecho con aires de superioridad.

— ¡Me estás enfadando, maldita listilla!!

Si aquello no era estar enfadada no quería saber lo que pasaría cuando sí que lo estuviese.

— ¿A sí? ¿Y qué vas a hacerme? — Continuó Robyn metiendo cizaña. Otra cosa importante a conocer de ella era que una vez comenzada una discusión no se callaba hasta que la ganaba, hecho que no ayudaba nada

en momentos como este.

Nos habíamos detenido en medio del pedregoso camino en el que la vegetación eran unos escasos hierbajos que nacían entre algunas grietas. El resto de la clase seguía avanzado a paso lento así que apenas se notó que estábamos quietos.

David se lo estaba pasando como nunca y yo habría hecho lo mismo de no ser porque no tenía la más mínima intención de que nos volvieran a llamar la atención, hecho que pasaría si no empezábamos a movernos de una vez. Mis padres siempre me reñían en casa, por lo que debería estar acostumbrado, pero no era así. Que me gritasen, riñeran, castigasen... eran cosas que solo conseguían que me sintiese mal conmigo mismo. Así que lo de disfrutar en aquella situación en concreto no iba a ser posible.

— ¡¡Piérdete!! — Sentenció Eva — Vosotros dos, ¿venís?

Sabía que aquella discusión no iba a llegar a ninguna parte y decidí cortar por lo sano antes de continuar desperdiciando su tiempo. Qué maravillosa podía ser aquella mujer a veces... pero solo a veces.

La melliza reemprendió la subida para alcanzar al resto de nuestros compañeros. La profe echó un rápido vistazo hacia atrás, sin decirnos nada, para asegurarse de que estábamos todos y que seguíamos el ritmo del grupo. David y yo seguimos a Eva, pero Robyn era demasiado orgullosa para hacer lo mismo. Se quedó plantada en su sitio y mirándome con ojos suplicantes me dijo:

— ¡Oye, Dan! ¿No querías tu regalo? — me di la vuelta y allí estaba ella, alargando la mano para que no me alejase. Era increíble cómo podía llegar a cambiar su personalidad de un momento a otro.

Ambos sabíamos que eso solo era una excusa para que me quedase con ella. En lo que a mí respectaba no había ningún problema, sobre todo si además recibía mi regalo como recompensa. El problema residía, como no, en Eva.

— ¡¿Qué pasa Robyn, solo consigues que alguien esté contigo chantajeándolo?! — Le reprochó la melliza.

Frente a esto hubo unos segundos de silencio en los que ninguno de los cuatro realizó el más mínimo gesto, hasta que David, que sabía de sobra como iba a terminar la cosa, entro en acción e hizo lo más sensato para todos: depositó sus manos sobre los hombros de su hermana y la empujó cuesta arriba, donde estaba el resto del grupo antes de que nos metiéramos en más líos.

— ¡Bueno, ya basta! Vamos adelantándonos.

Aun así era raro que ningún profesor hubiese venido a decirnos que nos diéramos prisa o algo por el estilo. Yo era una persona tranquila con el problema de que cuando yo y David estábamos juntos, siempre hacíamos lo primero que se nos pasaba por la cabeza, aunque fueran ideas de lo más absurdas, o eso era lo que pensaba el resto del mundo, pero en realidad eran planes perfectos que siempre salían mal. Como aquella vez con la manguera...

— ¡¡No!! ¡Déjame en paz!! ¡Dave!! — gritó Eva sacándome de mi mundo.

Esta aporreando a su hermano como una desquiciada. Algún día David tendría que decirme de dónde sacaba esa fuerza para contener a semejante masa enfurecida, porque no solo estaba consiguiendo detenerla sino que estaba haciendo que retrocediese poco a poco, mejor que nada... Yo me estaba riendo. ¡Maldita sea mi facilidad para reírme de cualquier cosa! Y cuando digo cualquier cosa, es cualquier cosa, porque a eso le añadías que cuando estaba nervioso o me quedaba sin palabras, estallaba en carcajadas.

— Casi da más miedo que tú cuando te enfadas — le dije para intentar animarla o por lo menos para que cambiase esa expresión triste de su cara, pero no funcionó — ¡Vamos, mi regalo!

Se quitó la mochila de los hombros y la depositó en el suelo agachándose para rebuscar entre las cosas que debía llevar dentro. Yo también me quité la mía, si íbamos a parar un rato no iba a cargar con peso innecesario. El viento soplaba fuerte a aquella altura y su sonido en aquellos momentos le daba al ambiente un toque que parecía ajustarse al estado de ánimo de Robyn. Esta dejó la mochila para dirigirse a mí, tenía una rodilla contra el suelo y el brazo apoyado en la otra.

— Vale... pero antes dime una cosa. Si no te hubiera dicho lo del regalo, ¿te habrías quedado conmigo o te habrías ido con Eva?

— Por supuesto que me habría quedado contigo. — Contesté sin dudarlo un instante — No me sentiría bien dejando a alguien solo.

— Lo suponía... — respondió Robyn con una sonrisa que no mostraba felicidad en absoluto, tal vez era alivio o... no se me daba bien eso de leer los sentimientos de la gente pues era una tontería, si se quiere expresar algo lo mejor es decirlo directamente.

Lo que me recordaba... ¿dónde estaban todos? Nos habíamos quedado completamente solos y eso era imposible, sobre todo conociendo cómo se ponían los adultos cuando perdían a algún niño de su vista. Miré camino

arriba, lo que me permitió ver únicamente el sendero sin vegetación alguna que se extendía hasta quedar mucho más allá del alcance de mi vista. Nada. Y detrás nuestra... ¡Se habían ido! A lo mejor Robyn sabía algo, seguramente le hubieran dicho algo y yo no me hubiese enterado porque tengo la capacidad de atención de una piedra.

— ¿Dónde están todos? — Le pregunté — ¿Nos han dejado atrás?

— No creo... No deberían habernos dejado solos...

¡Genial! Ella tampoco sabía nada, ya la habíamos vuelto a liar. Echó un vistazo por el camino cómo ya había hecho yo unos momentos atrás y la expresión que se formó en su rostro no me aportó mucha confianza. La cara de póker de Robyn, si cuando yo no tenía ni idea de qué hacer empezaba reírme, ella ponía esa cara. Lo cuál era perfecto, perfectamente horrible, se habían olvidado de nosotros. Lo bueno era que probablemente si echáramos una carrera hasta la cima deberíamos encontrarnos con ellos. Lo malo, que no tuve tiempo de proponérselo a Robyn.

— ¡¡Dan!! — chilló mi mejor amiga mirando algo que estaba detrás mía al mismo que intentaba retroceder, lo que provocó que se diese de culo contra el suelo por resultarle imposible mantener el equilibrio estando agachada.

Al girar la cabeza, lo suficiente como para ver lo que había sorprendido a Robyn, fue fino objeto que se dirigía hacia mí. Y el tiempo volvió a detenerse, lo suficiente como para poder analizar todo lo que te estaba ocurriendo.

El objeto que se dirigía hacia mí, más concretamente hacia mi cabeza era la punta de una lanza. Una cómo jamás había visto. De su base crecían dos saliente asimétricos tan afilados como el extremo destinado a hendirme y justo en el centro de esa misma base estaba dibujado aquel Sol de mi sueño. Lo que quería decir que... Allí estaba, sujetando la lanza, el encapuchado... por lo menos me había dejado claro que era una persona de palabra. Iba a matarme.

La punta estaba cada vez más cerca de mi cráneo y por muy lento que transcurriese todo, seguía siendo incapaz de hacer algo para salvarme. Es gracioso pensar en el tiempo casi infinito que se tiene para pensar cuando estás a punto de morir y que de nada te va a servir.

— ¡¡Muévete!! — Rugió una voz en mi interior — ¡¡A tu izquierda!!

Aquella misma que me había hablado cuando me precipité al vacío en el colegio, con aquella fuerza y firmeza capaz de hacer que el mundo girase en sentido contrario. Mi corazón se aceleró hasta el punto de que el único sonido que percibía eran sus latidos. Una marea de energía inundó mi

cuerpo haciendo que pasase de ser un tronco inmóvil a una grácil pluma que podría ser llevada por la más ligera de las brisas.

“Thmp, thmp” Latió mi corazón al mismo tiempo que me contorsionaba hacia la izquierda para esquivar la lanza. No podía desplazarme mucho por culpa de la pared rocosa que justo ahora tenía delante de mis narices, así que aprovechando el impulso di una vuelta de ciento ochenta grados, haciendo que el encapuchado y su mortífera arma quedasen a mi izquierda. Dejando a Robyn paralizada a mis espaldas, aun en el suelo, observando lo que estaba ocurriendo.

Pero el asunto no iba a terminar de una manera tan sencilla. De la misma manera que yo me había movido a una velocidad inhumana para esquivar su embate, el encapuchado giro sobre sí mismo hacia su derecha, dirigiendo su alza a mi encuentro o más bien al de mi cintura porque lo que iba a hacer, si el arma estaba tan afilada como parecía, era partirme en dos.

— ¡¡Al suelo!! ¡¡Ya!! —me urgió otra vez aquella voz.

Y como hace unos segundos, la obedecí sin rechistar. Me tiré al suelo lo suficientemente rápido como para sentir la lanza zumbando justo detrás de mi cabeza. No me habría extrañado que me hubiese cortado un buen mechón de pelo de lo cerca que la había sentido.

Aterricé bruscamente contra el suelo, que teniendo en cuenta que era de piedra, no fue nada agradable. El encapuchado estaba a menos de un metro de mí, y a diferencia de lo que habría pensado, que es que seguiría intentando matarme, estaba completamente quieto. Al incorporarme ligeramente para ver lo que estaba pasando, pude ver que mientras que con una mano seguía sujetando su lanza, la palma de la otra estaba presionada sobre su cara como si le doliese la cabeza. O eso es lo que creo que estaba haciendo, porque estaba de espaldas a mí y no podía saber lo que estaba haciendo exactamente. Solo podía levantarme lo más rápido posible antes de que decidiese volver a la acción.

Y entonces... desapareció.

Lo que no podía esperar es que fuera a darme un respiro después de haberse molestado tanto aquella noche en reiterarme cuál iba a ser mi destino.

— ¡Dan! — gritó Robyn mientras señalaba hacia arriba.

Levanto rápidamente la cabeza y me encuentro con la mortífera lanza descendiendo a una velocidad pasmosa hacia mí. Podía verse como hendía

el aire, dejando una estela a su paso.

— ¡Esquívalo! — me ordenó aquella voz desde lo más profundo de mi interior. Pero ya no era como antes, había perdido fuerza desde la última ocasión. A lo mejor tenía un número de usos limitados, a lo mejor la próxima vez ya no podría avisarme de lo que debía hacer, si es que había próxima vez...

Salté hacia el sentido opuesto en el que se encontraba Robyn mientras ella, sentada en el suelo, se cubría la cabeza con brazos y piernas haciéndose un ovillo. El arma atravesó el espacio que había ocupado hasta hace unos segundos, produciéndose al impactar contra la roca semejante onda de choque que me hizo rodar por el suelo. Sentía los golpes, pero ninguna clase de dolor, lo que en aquel momento era una ventaja estuviera lo que estuviese pasando.

No podía perder tiempo en el suelo, cualquier segundo en el que estuviese quieto podía significar mi fin, sobre todo ahora que el camino había comenzado a derrumbarse. Fue el grito de Robyn el que me despertó mientras me incorporaba. Aquello era culpa mía, yo había involucrado a mi mejor amiga en aquello y ahora iba a morir, esta vez de verdad. Ella estaba al borde del precipicio cuando las rocas empezaron a derrumbarse. Es cierto que no había ninguna valla de protección a lo largo de todo el ascenso, lo que era una tremenda irresponsabilidad, pero también es cierto que eso tampoco habría servido en aquel instante. Mi amiga me llamó y lo único que pude hacer fue extender la mano en vano intentado acortar la distancia que nos separaba.

Entonces escuché el crujido... y Robyn se precipitó al vacío.

Capítulo 2

Capítulo 2 – ¡Aterrizas como puedas!

Sin perder tiempo, corrí hacia el borde del camino donde Robyn estaba hasta hace unos segundos. Llegando a tiempo para ver como caía con la mano izquierda extendida hacia el cielo, pidiéndome ayuda con la mirada.

Me lancé a por ella sin pensarlo dos veces.

Aquello fue distinto a cuando me caí en el colegio. El tiempo no se detuvo, ni camino más lento. Solamente éramos ella y yo descendiendo a gran velocidad hacia lo que parecía un duro y doloroso suelo de piedra. Y por extraño que me pareciera, no tenía miedo, mi mente estaba completamente centrada en ella y desde luego, no pensé ni por un instante las consecuencias de la estupidez que acababa de cometer.

De nada servía que extendiese mi brazo para intentar atraparla, la distancia entre nosotros seguía siendo demasiada. Los dos caíamos de cabeza, lo que no ayudaba a que el viento nos frenase. Si solo pudiese colocarse en horizontal de manera que pudiese frenar, aunque solo fuese un poco... si solo pudiese alcanzarla... y entonces, ¿qué? ¿Qué haría?

“¡No! ¡No! ¡No! ¡Mierda!” Había un pequeño árbol o arbusto en un pequeño saliente y yo iba directo a estamparme contra él. Mientras descendía me había ido desplazando hacia la izquierda de Robyn, de manera que solo yo chocaría contra aquel maldito vegetal mientras ella seguiría su trayecto hasta el final. Ya la había vuelto a liar y esta vez sin quererlo.

El golpe fue peor de lo que pensaba. Si cuando estaba cayendo apenas podía tomar aire al sentir tanta presión en el pecho, cuando me di contra las ramas me quedé sin aliento. No había dolor, simplemente no podía respirar, entonces mi vista comenzó a nublarse, solo había sombras y después... oscuridad.

¿Así iba a terminar todo? La muerte es la muerte después de todo, una vez que estás muerto da igual de qué manera lo hayas hecho. Pero había esperado algo más... incluso que el encapuchado me hubiese ensartado con su lanza habría sido mejor que esto. No me habría herido tanto en el orgullo. Porque... ¿qué me había pasado? ¿Una rama me había perforado algo importante? ¿Habría sido el golpe? ¿O simplemente me había asfixiado?

Espera, ¿qué estaba pensando? Ni siquiera estaba seguro de haber muerto. ¿Y si lo que pasaba es que me había desmayado? Bueno, solo tenía que esperar para descubrirlo.

No sé cuánto tiempo estuve allí, pudieron ser segundos, minutos, horas... Incluso hubo un momento en el que me pareció escuchar voces que provenían del camino de la montaña a varios metros por encima de donde yo estaba situado. Pero fue un crujido el que me hizo volver en mí y entreabrir los ojos.

Un pequeño crujido que se repetía cada cierto tiempo. Y a la vez que el tiempo entre cada crujido se estrechaba también su fuerza a aumentaba. Poco a poco. Hasta que al final dos tremendo crujidos me hicieron ver lo que estaba ocurriendo de verdad.

Con el primero, el maldito vegetal se inclinó en un ángulo que no vaticinaba nada bueno. Con el segundo, se desprendió del lugar al que había conseguido aferrar su vida desde el momento en que nació.

Volvía a caer. Y esta vez nada me detuvo. ¿El aterrizaje? Podría haber sido peor. Me di de espaldas contra el suelo, lo que me dejó el cuerpo entumecido. No quería intentar moverme por si acaso, aunque juraría que no me había roto nada. Lo único que sentía era el dolor del golpe, nada más. Estaba perfectamente lúcido y consciente... Miento. La cabeza me daba vueltas, aquello ya había sido suficiente acción por aquel día. Solo quería descansar un ratito ahora que ya todo había terminado. Pero no. Me estaba olvidando de lo más importante.

¡Robyn! Moví la cabeza a duras penas para intentar buscarla con la mirada. Y allí estaba. A varios metros de mi posición tumbada boca abajo, completamente inmóvil y con los ojos cerrados. Intenté incorporarme apoyándome en un brazo para así poder ir junto a ella, pero al sentir que me flaqueaban las fuerzas probé a llamarla.

Nada. Estaba claro que no iba a responder. Y seguía olvidándome de lo más importante.

Fue la voz de mi interior la que me lo recordó.

— ¡Arriba! — rugió con renovadas fuerzas.

Me giré, recostándome sobre la espalda y allí, en el cielo, vi la sombra que solo podía pertenecer al encapuchado. Estaba suspendido en el aire como si la gravedad no le afectase, hasta que de repente comenzó a coger impulso, descendiendo a una velocidad de vértigo. Y aprovechándose de esa velocidad me lanzó su arma de nuevo.

Apenas había podido apartarme rodando cuando se produjo el impacto. La tremenda explosión que se produjo, sin punto de comparación con lo que pasó en el camino, me lanzó volando a varios metros de distancia. Fragmentos de roca danzaban por todas partes, algunos de los cuales me golpearon mientras estaba tendido en el suelo boca abajo aunque no eran lo suficientemente grandes como para hacerme más daño del que había sufrido ya. Otro golpe que había esquivado por los pelos. Y, por supuesto, aquello seguía sin terminar.

Aprovechándose de la fuerza del aterrizaje, el encapuchado se impulsó hacia donde yo estaba a una velocidad sobrehumana. Entonces, su lanza se materializó de repente en sus manos con la intención de utilizarla para acabar conmigo de una vez por todos. Intenté arrastrarme con las pocas fuerzas que conseguí reunir pero era evidente que no iba a servir de nada.

Y fue en ese instante cuando escuché una pequeña explosión y al encapuchado lanzar un grito para ser justo después estampado contra la pared de la montaña. Algo lo había golpeado justo antes de que me alcanzase y fuera lo que fuese lo había enterrado bajo un mar de rocas que se habían desprendido cuando el encapuchado chocó contra la montaña.

Después de incorporarme ligeramente vi que el único rastro que quedaba del encapuchado era una de sus manos que sobresalía, flácida, de entre los escombros. Bueno, si algo había aprendido de los últimos minutos es que probablemente aún no hubieran terminado mis problemas.

Fue entonces cuando pude ver con más detalle su lanza que ahora estaba postrada ante mí. No era la típica formada por un palo con la punta en un extremo, ya que el otro extremo se bifurcaba para terminar en dos puntas. Sin duda era un arma genial, pero la guadaña le daba un millón de vueltas. Aunque esa lanza tenía algo... Y entonces recordé que cuando me la había lanzado en el camino, justo después de impactar contra el suelo se había desvanecido.

¿Qué demonios estaba pasando? No llevaba más de veinte segundos sepultado cuando vi cómo apretaba el puño para justo después lanzar un grito ensordecedor con el que liberaba todas sus energías y que lanzó todas las rocas que tenía sobre él a varios metros de distancia en todas las direcciones.

Cuando volví a verlo ya no parecía el mismo de antes, a duras penas consiguió levantarse y avanzó hacia mí, esta vez tambaleándose como si las habilidades de las que había hecho gala hasta hace poco hubiesen desaparecido.

— Esto aún no ha terminado — dijo jadeando.

— Yo creo que sí — ¿quién había dicho eso? — Quédate quieto donde estás... y siéntate.

Por el tono grave de la voz parecía un adulto. Fuera quién fuese tenía un acento un tanto extraño que jamás había escuchado y si algo dejaba claro aquella voz era el aire de grandeza que manaba de ella, cuando la escuché me imaginé a un gran ejército liderado por aquella persona. Sin duda alguna si había alguien capaz de quitarme de encima al encapuchado era esa persona. Si de verdad estaba de mi lado.

Como respuesta pude escuchar un gruñido procedente del ya no tan terrible encapuchado. Este se detuvo dónde estaba y se quedó quieto durante unos segundos, probablemente intentando analizar la situación.

Yo, que estaba completamente tumbado, levanté la cabeza para poder ver de quién procedía aquella voz, lo que me causó un tremendo dolor de cabeza y aumentó la sensación de mareo que estaba sufriendo. Al ritmo que iba solo sería capaz de mantenerme despierto unos minutos más y desmayarme en aquella situación no pintaba nada bueno.

Lo que vi me dejó... no creo que pueda expresarlo con palabras. Un guerrero no muy alto aunque en comparación con el encapuchado, que tenía enfrente y no medía más que yo, parecía un gigante. Todo su atuendo parecía recubierto de piel con el interior hecho de alguna clase de pelo de animal, era como la ropa que llevarías para protegerte de un frío extremo pero al mismo tiempo lo suficientemente ligera como para no dificultar tus movimientos en una batalla. Las únicas partes de su cuerpo protegidas por una armadura de cuero duro eran los hombros y el tronco. Mientras que la parte de los hombros estaba recubierta por láminas de metal, lo único que había en el tronco era el dibujo de un Pegaso rojo escarlata como el color de la sangre fresca.

En cada una de sus manos llevaba una espada diferente: una parecía la versión guay y más larga de un bracamante, la otra era una cimitarra completamente negra, tanto la empuñadura como el filo.

Y luego estaba su cara, de la que lo único que podía ver con claridad, además de sus ojos, era la barba pelirroja pues el resto estaba tapado por la sombra de la capucha que llevaba puesta. Pero lo que más llamaba la atención eran aquellos ojos que ninguna sombra podría apagar y que no podían pertenecer a ningún humano normal. Su iris era de un azul tan oscuro que lo único que permitía saber dónde empezaba el iris y terminaba la pupila era el contorno blanco que recorría a esta última. Y la cosa no terminaba ahí, porque lo que debería ser el blanco de los ojos en

él era de un amarillo anaranjado.

— Vas a obedecerme... o tendré que obligarte — amenazó al encapuchado
— No te he dado tan fuerte y lo sabes.

Vaya... así que había sido él el que derribó a mi enemigo y además sin ningún esfuerzo.

Como respuesta se sentó en una de las piedras que había esparcidas por todo el lugar manteniendo la distancia con el misterioso desconocido y gruñendo para sí como muestra de molestia.

Así, con esa facilidad, aquel "hombre" consiguió que el antes temible encapuchado se sometiese ante él. Pero ni siquiera de esa manera logró que apartase sus tomentosos ojos de mí. Hasta hace unos instantes apenas podía caminar y ahora estaba como si no hubiese pasado nada... no podía mostrar debilidad...

— ¡Mírame! — le ordenó el desconocido.

Obedeciéndole, apartó su mirada de mí y dirigió toda su ira hacia él.

— Te estás metiendo donde no debes — le respondió el encapuchado.

— No recuerdo haberte dado permiso para hablar, — dijo con un tono que denotaba que allí era él quién tenía el poder y nadie debía desobedecerle
— será cosa de familia...

«Escucha, aún estás a tiempo de recapacitar, aún no has hecho nada irremediable. — continuó, señalando al encapuchado con la cimitarra — Si te marchas ahora podrás volver...»

— ¡No lo entiendes! — lo interrumpió antes de que pudiese terminar — No sabes nada. ¡Debe...!

— ¡Estás empezando a importunarme! — Ahora el desconocido quién lo interrumpía — No es culpa mía que no atiendas a razones.

Ante esto, el encapuchado se calló. Y durante unos instantes todo se sumió en el silencio que envolvía las miradas que se lanzaban el uno al otro. Los ojos de aquel "hombre"... eran como los de un halcón, como si fuesen capaces de verlo todo. Entonces, la quietud fue rota por el graznido producido por una sombra en el cielo. ¿Un cuervo? Que por el tamaño que tenía debía estar volando muy bajo.

— Será mejor que no intentes nada. —continuó el desconocido, como si se hubiera dado cuenta de que una sombra lo estaba acechando a sus espaldas — Prometimos que no derramaríamos vuestra sangre, — y

mientras decía esto clavó sus espadas en el suelo haciendo que formasen una X — pero existen muchas otras formas de hacer daño sin llegar eso. — la sombra se le acercaba cada vez más hasta llegar al punto de que pude ver lo que era: un lobo. No un lobo corriente como los que se podían encontrar en el bosque, su pelaje era blanco menos en algunas zonas donde se volvía rojo para formar una serie de dibujos que recordaban a los rayos del sol, de modo que en centro de su frente estaba plasmada una figura idéntica a la del astro rey. Por último estaban sus ojos, unos tormentosos ojos verdes que se oscurecían y aclaraban al ritmo de las olas en un mar embravecido. Pero el desconocido seguía de brazos cruzados, o de verdad no había percibido su presencia o estaba ignorándola — Si no vas a hacerme caso. — El lobo se tensó en posición de ataque— Simplemente, márchate.

Y fue tras estas últimas palabras cuando se desató la tempestad.

Al mismo tiempo, el lobo y el encapuchado se abalanzaron sobre aquel hombre. Mientras la bestia abría sus fauces y desplegaba al máximo sus garras, la lanza volvió a aparecer en la mano de su dueño dispuesta a ensartar al nuevo enemigo. Y con la misma velocidad con la que emprendieron su ataque, todo se detuvo. Un “¡No!” atronador salió de la boca de aquel “hombre”. El cuervo que vi sobrevolando el cielo aterrizó sobre el lobo como si de una presa se tratara antes de que pudiera rozar al desconocido. Solo tuvo el tiempo suficiente para girar sobre sí mismo y situarse de cara a la bestia voladora antes de que sus garras lo aplastasen contra el suelo.

El problema estaba en que ese no era un cuervo... normal. ¿Por qué no paraban de aparecer cosas raras?! Su cuerpo tenía casi el mismo tamaño que el del lobo, ya no hablemos de lo gigante que parecía con las alas extendidas. Me recordaba a una de esas historias que solía contarme Robyn, Kutkh el espíritu cuervo. Aunque se supone que le había dado a la humanidad cosas como la luz, el fuego o el lenguaje, a menudo es descrito como tramposo y egoísta. Solo había contradicciones, tantas versiones, tantas opiniones... ¿Y cuál era la verdadera? Para mí, la que me contó mi amiga. Kutkh, el Gran Cuervo, padre y protector de la Koryak. Se cree que la creación comenzó cuando el gran cuervo se abalanzó sobre el mar y dejó caer un pluma, creando así Kamchatka. Una vez se estableció en la tierra, creó a los hombres para que habitasen su creación. Después de algún tiempo creó a la mujer y la puso en la tierra para los hombres. Era muy hermosa y todos los hombres se enamoraron de ella, deseando su afecto con todas sus fuerzas. Cuando los hombres morían se convertían en montañas, convirtiendo la tierra originalmente plana en montañas. Las montañas se convirtieron en volcanes como el corazón de los hombres en cuyas montañas todavía ardía con fiereza en amor por la mujer. Y es el corazón de estos primeros hombres que crearon las

montañas el que le dio la forma a la península de Kamchatka.

¿Sería ese cuervo como el de la leyenda, un espíritu creador, o una mutación excesiva de la naturaleza?

Volviendo a lo que estaba sucediendo. No sé si fue el “¡No!” que soltó el desconocido o el hecho de que el lobo que parecía ser su aliado se había quedado fuera de juego, pero el encapuchado detuvo su carrera en seco quedando a apenas dos metros de distancia de su rival. Así que, tan rápido como empezó su ataque, se dio por fracasado. Y ahí estaban, un lobo bajo las garras de cuervo y un encapuchado que se mantenía en guardia bajo la sombra de un “hombre”. Todo esto ocurrió en unos dos segundos, tiempo que parecía hacerse eterno.

Y cuando parecía que no podían pasar más cosas raras, el lobo se desvaneció en una neblina brillante que fluyó hacia el brazo del encapuchado dónde desapareció para no volver a aparecer. Por su parte, el cuervo emprendió el vuelo para fundirse con las pocas nubes que había en el cielo.

— ¿Cuántos años tienes? —le reprochó el desconocido — Y ni siquiera sabes cómo ocultarte. La edad nunca es una excusa para no saber hacer algo.

Mientras que sus ojos no mostraban ninguna clase de emoción, los del encapuchado, aunque impasibles, dejaban entrever ira y... frustración. Desde dónde estaba pude ver cómo apretaba el puño que no sostenía la lanza, el mismo puño por el que se enroscó la neblina que una vez fue un lobo. Ya no estaba tan hablador como en el sueño de aquella noche, parece que ahora debía medir sus palabras si no quería acabar mal. No obstante, el desconocido parecía no tener la intención de hacerle verdadero daño, mientras escuchase lo que le decía.

Cuando miró el arma del encapuchado se le escapó un susurro: “Longinus...”, se quedó un rato mirándola y después continuó hablando.

— ¿Por qué sois tan persistentes incluso cuando ya sabéis que no tenéis nada que hacer? — mientras lo decía estaba sonriendo con... ¿melancolía? En serio, tenía que aprender a relacionar de una vez las expresiones de la cara con sus correspondientes sentimientos — Márchate ya, chico. — Ambos permanecieron mirándose el uno al otro durante otra de esas pausas eternas hasta que al final añadió — No le preocupes, no le diré nada.

Con eso definitivamente ya no entendía nada, aunque para las fuerzas que me quedaban de poco me serviría hacerlo.

— Y no cometas los mismos errores que en tu pasado. ¿Acaso vas a desperdiciar otra vida con la misma tontería? — las palabras del desconocido comenzaban a sonar cada vez más confusas en mi mente.

La cabeza me daba vueltas y los párpados pesaban más y más. La visión también me fallaba hasta el punto de ver doble. Lo último que escuché fue un susurro del encapuchado:

— Esta vez no...

Entonces parpadeé y cuando volví a mirar ya no estaba allí. Solo quedaba la impresionante figura del desconocido, erguida con la pose de un general, mirando el lugar donde una vez estuvo aquel ¿chico?

Fue cuando ya no pude más y todo se oscureció lentamente mientras el tiempo no dejaba de fluir. El desconocido, con la cara aún tapada por las sombras, caminó hacia mí. De manera que cuanto más se acercaba menos me dejaba ver de él la oscuridad que envolvía mi visión. Hasta que solo pude ver sus botas y recordé algo que había vuelto a olvidar. ¡Mierda! Robyn. Todavía debía seguir tirada en el suelo, inconsciente o... ¿Seguía viva? ¿Qué le iba a pasar? ¿Y qué iba hacer ese "hombre"?

"No menosprecies al cachorro débil, podría convertirse en un tigre feroz"

Capítulo 3

Capítulo 3 – Un Mundo aparte

— ¡Bienvenido a Middle World!

Sinceramente, no era ni de cerca la estampa con la que pensaba encontrarme cuando abriera lo ojos.

Estaba en una especie de habitación blanca enorme separada en diferentes estancias por unas cortinas opacas del mismo color que las paredes. Yo descansaba sobre una cama con las sábanas... vale, digamos que absolutamente todo en ese lugar era de color blanco. A un lado de la cama estaba Robyn mirando con mala cara al chico que estaba del otro lado. Era el que había gritado hace un momento. Tenía los brazos extendidos dándome la bienvenida como acaba de decir, tenía el pelo castaño y una cinta azul en la cabeza con un extraño símbolo dorado parecido a un signo de interrogación pero con el punto señalando el centro del signo y con tres picos por la parte exterior similares a los rayos del sol que dibujaría un niño.

Después estaban sus ojos ambarinos con la pupila más rara que jamás había visto. Era vertical como la de una serpiente con el añadido de un rectángulo con más base que altura atravesándola. Llevaba una camiseta de un verde como el de los militares con dos rectángulos marrones horizontales en relieve, uno a la altura del pecho y el otro por debajo. Sus pantalones cortos eran grises, debajo de los cuales llevaba unas mallas negras que le llegaban hasta las rodillas.

— ¡Me dijiste que no lo dirías! — le reprochó Robyn a aquel chico.

— ¡Mentí! — contestó con una voz más aguda y tono de burla.

Robyn no llevaba las mismas pintas que... ¿cuánto tiempo había pasado desde la excursión? Llevaba el pelo recogido solo dejando suelto unos mechones de delante y el flequillo (que juraría que se lo había cortado). Una sudadera blanca con capucha y bolsillo y el dibujo de unas flores azules en el pecho. Los pantalones vaqueros están remangados de manera que parecían un pantalón pirata. Pero la cinta roja de su muñeca derecha era lo más raro, ya que tenía el mismo símbolo que la que Tommas llevaba en la cabeza.

Dirigiéndose a mí, dijo con voz suave:

— Escucha, esto te va a parecer uno de tus sueños, pero no lo es. Es muy raro y probablemente te cueste creerlo cuando Tommas te lo explique.

— ¿Entonces, puedo? — la interrumpió el chico, así que se llamaba Tommas...

— ¡Cállate! — y continuó hablándome — Tú solo escucha, no interrumpas, si tienes preguntas hazlas cuando termine. Ya hablaremos luego sobre... todo.

Todo. Debía estar refiriéndose a lo de la excursión y a cómo terminamos aquí. A lo mejor ella sabía esto último. Después de perder el conocimiento al chocar contra el árbol que crecía en un saliente ya no recordaba nada más. ¿Qué habría pasado? ¿Qué estaba pasando?

Me incorporé con facilidad sobre la cama, si me había hecho algún rasguño ya no quedaba ni rastro. No llevaba nada más puesto que la ropa interior, pero que más daba eso. Los únicos que podían verme eran Robyn y Tommas, y lo que llevaba puesto tapaba lo mismo que un bañador.

Por acto reflejo me llevé la mano a la nuca y al apartarla sentí un pinchazo en la zona posterior izquierda de la cabeza.

— ¡Au!

— Eso es el Traductor. — contestó Tommas ante mi exclamación.

— ¿Qué?

Vale, eso no tenía ningún sentido.

— Daniel, — era Robyn la que hablaba — a partir de ahora solo escucha.

— ¿Entonces, puedo? — repitió Tommas, que recibió como respuesta una mirada afirmativa de Robyn.

«Bien, veamos... La verdad es que lo que te voy a explicar es mucho más complejo aun de lo que aparenta, puede que algún día encuentres a alguien que te lo enseñe mejor que yo.

«Existen infinitos mundos, algunos como el tuyo, otros no... aunque una denominación más precisa sería "universos" resulta más simple si piensas en el concepto "mundo". La cosa es que los mundos están organizados en un sistema similar al de un árbol genealógico en tres dimensiones. Hay un mundo central a partir del cual se ramifican absolutamente todos los demás y a su vez cada uno de esos mundos puede ramificarse en otros tantos. Además, digamos que no todas las ramificaciones están al mismo nivel, todo está función de las características del mundo: su accesibilidad,

el intercambio de información, el nivel existencial, el origen de su creación... Y, lo que más mola, es que vosotros venís de ese mundo central, el A00100110Ω. Es la tercera vez en toda la historia de este mundo en la que alguien del vuestro viene aquí.

«Lo que nos lleva a la cuestión de qué es este mundo. Puedes llamarlo Middle World, Mundo Intermedio, Daan... como quieras. Es como un mundo paralelo al tuyo, ocupa el mismo lugar en el universo pero en otra dimensión. —y contestando a la pregunta que de repente me había surgido— Sí, existen otros mundos formados por múltiples dimensiones paralelas pero eso ahora no importa. La cosa es que este mundo actúa como un puente entre el tuyo y todos los demás, de manera que si alguien quisiera Viajar tendría que pasar antes por aquí, pero eso nunca pasa ya que en tu mundo nadie sabe que ese Viaje es posible físicamente. Es solo una medida de seguridad, por si acaso, aunque no es la verdadera razón por la que Middle World fue creado.

«En todos los mundos existen seres que son distintos a la mayoría. Seres que se niegan a aceptar el mundo tal y como se lo enseñan, que deciden verlo a través de sus propios ojos sin permitir que nada influya en esa visión. Pueden monstruos, experimentos, héroes o villanos, o simplemente seres que se ocultan tras una máscara o que deciden mostrarse tal y como son. Puede ser cualquiera. Y son esos seres a los que se les invita a venir a este mundo a aprender en el colegio Gesang. Porque en este colegio no te enseñan cosas... normales como en tu mundo, aquí aprendes a sobrevivir. Aprendes a ser capaz de salir de cualquier situación que cierre tu camino.

«Y como pocos de nosotros hablamos el mismo idioma, los tres primeros años que estemos aquí tenemos que usar el Traductor que nos insertaron en la zona temporal izquierda del cerebro. Una vez pasados los tres años debemos buscarnos la vida para comunicarnos con los demás, aunque es tiempo más que suficiente para aprender el mínimo de idiomas necesarios para que nos entiendan en casi cualquier lugar. Además si no fuera por el Traductor las misiones entre mundos para los de primer año serían un auténtico suplicio.

«Apuesto a que me he olvidado de algo, pero con esto será suficiente ¿no? — comentó mirando a Robyn.

Ella, que había permanecido en silencio de brazos cruzados todo el tiempo, se limitó a asentir y a mirarme sin decir nada. Mientras estuvo hablando por cada palabra que decía una nueva pregunta se agolpaba en mi mente, tenía cientos de "por qué", "cómo", "cuándo"... deseando salir para obtener una respuesta.

— ¿Así que la gente que se cree especial viene aquí a automarginarse?
—no era lo más importante que tenía en mente pero sí lo primero que se

me escapó.

La cara de Robyn en ese momento era un poema, y como con todos los poemas no entendía que significaba exactamente. Diría que era una amalgama entre humor y perplejidad. En cualquier caso, Tommas contestó lo siguiente:

— En mi mundo nos enseñan que debemos ser, hablar y vestir de una manera concreta si queremos ser aceptados. Si además de no hacer eso le añades habilidades que te hacen destacar entonces solo te quedan dos opciones: convertirte en el mejor o desaparecer entre el resto. Así son las cosas.

— Me parece que eso es simplificarlo todo demasiado.

— Cada mundo es distinto, no pretendas entender el mío sin haber siquiera estado allí.

— Bueno... ¿Y tú que hiciste?

— Ignorarlos. Yo tenía a mi hermana para ayudarme, no necesitaba a nadie más. Hasta que me invitaron a este lugar. Aquí solo hay retos, ¡es genial! ¿Qué sentido tiene que te enseñen cosas inútiles cuando lo que de verdad vas a necesitar es lo que aprendes por ti mismo?

— Eso no es cierto. Hay momentos en los que necesitas que alguien te enseñe el camino para poder ver la verdad.

— En este lugar aprenderás a sobrevivir cuando en tu mundo solo te enseñarían a convertirte en una oveja más del rebaño. Además, tú eres del A00100110Ω. Si estás aquí es porque tienes una habilidad, lo que allí solo te resultaría, con suerte una carga, si alguien descubriera lo que eres estarías en serios problemas.

— ¿Por qué conoces tan bien mi mundo?

— Te lo he dicho, tu mundo es el centro de todo. En él es posible cualquier cosa inimaginable, el problema es que como nunca ha ocurrido ninguna de esas cosas, no sabéis que existen. Sin él el resto de los mundos no existirían, incluido el mío. Lo menos que puedo hacer es saber cómo es y cómo funciona.

Entonces, un hombre entró caminando y se colocó delante de mi cama, quedándose unos segundos observándome. Era el individuo más extravagante que veía en mucho tiempo. Debía tener unos sesenta años o más y tenía toda la pinta de estar calvo aunque un turbante me impedía estar seguro. Unos ojos felinos de color violeta, nariz achatada y unas patillas que seguían la línea de la mandíbula, pero sobresaliendo hacia

arriba para conectar con el bigote.

Llevaba una chaqueta negra abotonado hasta la cima, debajo de la cual sobresalía parte de una faja naranja que era la encargada de sujetar unos pantalones bombachos. Y para colmar el vaso cuando se acercó por el lado de la cama donde estaba Tommas pude ver que sus botas eran las botas de una armadura medieval, aunque no hacían ningún ruido al caminar.

— Soy Lahorn Meridan, director del colegio Gesang. Eres libre de llamarme como quieras. — qué voz tan profunda. Extendió la mano para darme un colgante con una... ¿chapa de botella? Sí, definitivamente era una chapa de botella. En este lugar se esforzaban mucho con los regalos. ¡Pero espera! En la chapa había un símbolo grabado, era el sol que el encapuchado llevaba en el pecho. ¿Por qué el director tenía una chapa con ese símbolo? ¿Tenía algo que ver el encapuchado con este mundo? Antes de que pudiera seguir haciéndome más preguntas, Lahorn Meridan continuó hablando — Tus ropas están hechas unos andrajos. Deberías comprarte algo nuevo. Utiliza eso. — señaló la mesilla que estaba a mi izquierda, dónde había un papel colocado encima de mi ropa doblada. Es cierto la camiseta blanca estaba sucia pero en los pantalones apenas se notaba la suciedad. ...Sí, lo mejor sería conseguir algo limpio. — Llevas ahí tumbado tres días. — Tres días. Eso era mucho más de lo que pensaba. ¿Y qué demonios había estado haciendo Robyn en todo ese tiempo? Parece que lleva despierta desde mucho antes que yo — Robyn ya lo sabe, vuestros padres os han dado permiso para quedaros aquí durante todo el curso.

¡¿Qué?! ¡Eso es imposible! ¡Mis padres jamás me dejarían! Había tenido que suplicar días para que me dejaran ir de excursión. Esto tenía que ser uno de mis sueños, pero Robyn había dicho que no lo era, aunque eso podía ser parte del sueño... no sería la primera vez que eso pasaba.

Suele decir que la respuesta más simple es la correcta por lo tanto lo que estaba pasando es que... todos estaban locos. Bueno, que más daba, mientras nadie intentase hacerme daño no tenía ningún problema.

Y sin decir nada más el director se fue tan silencioso como había llegado. Vaya, ese hombre sí que sabía dar noticias, información clara y concisa, sin andarse por las ramas.

— Venga, Daniel. —dijo Robyn — Vístete y vamos a comprarte ropa nueva.

— Voy. — a veces se comportaba como mi madre.

Me puse el colgante con la chapa y cogí el papel que estaba encima de mi ropa. No tenía ni idea de lo que ponía ahí, estaba escrito con unos

caracteres que jamás había visto. Iba a preguntarle a Tommas cuando él se me adelantó y dijo:

— Tu invitación mola mucho más que la mía. La mía era una piedra.

— ¿De qué estás hablando?

Me miró extrañado y después añadió:

— Cierto, tampoco lo sabes. — se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una piedra que acercó para que la viera mejor. ¡Tenía el mismo símbolo del sol que la chapa! — Para poder entrar aquí no solo tienen que aceptarte sino que también tienes que encontrar tu invitación. Vosotros dos debéis de ser los únicos a los que se les ha dado directamente.

Dejé el papel sobre de la cama y me levanté para vestirme. Encima de mi ropa estaba el regalo de Eva, antes lo había visto porque el papel lo tapaba. Cuando me lo puse Robyn apartó la mirada, parece que aún le seguía molestando que lo usara. Aun así por lo menos esta vez no hizo ningún comentario.

— ¿A qué te refieres con lo de encontrar la invitación? — le pregunté a Tommas.

— A que te dejan la invitación en cualquier parte de tu mundo y tú sin saber si quiera que te han aceptado debes encontrarla. Y lo que lo hace más divertido aún es que cada una tiene una forma diferente.

— ¿Por qué lo hace más divertido? ¿No debería ser más complicado?

En ese momento los dos miramos a Robyn.

— Daniel, estaba siendo sarcástico. — me aclaró ella — No entiende el sarcasmo así que sé directo cuando hablas con él — le dijo a Tommas.

Este se quedó un rato mirándome y después añadió.

— La cosa es que no te ponen nada fácil el entrar aquí, sobre todo por lo de la invitación. Encontrar una aguja en un pajar es coser y cantar en comparación.

— ¿Y en qué se basan para elegir cuál será la invitación de cada uno?

— Ni idea. A lo mejor es aleatorio y el director utiliza objetos que se va encontrando por el suelo. ¡Aunque no sé en qué momento se le ocurre a alguien utilizar una piedra!

— Espera, entonces la invitación tienen que dejarla con cierto tiempo de antelación para que puedas encontrarla. ¿Cómo funciona eso?

— No lo sé. Supongo que el todopoderoso Lahorn Meridan ya sabrá quiénes serán sus futuros alumnos desde antes de nacer y deja la invitación en algún momento antes de que cumpla los diez años. Es la edad mínima para aprender aquí. — aclaró.

Tommas debía tener la habilidad de hacer que la gente se hiciera más preguntas en lugar de resolverse las.

— ¿Y si la encuentras antes de cumplir los diez años?

— Entonces puedes elegir entre quedarte en tu mundo hasta que llegue el momento o venirte aquí a vivir.

— ¿Pero cómo hacen para que la persona elegida encuentre la invitación y no otra?

— No lo sé. — y dirigiéndose a Robyn añadió — Hace aún más preguntas que tú.

— Te lo dije.

— A lo mejor no haría tantas preguntas si me contestases bien a todo. — le repliqué.

— Si tanto te interesa moléstate tú en descubrir la respuesta. Algún día aprenderás que hay cosas que solo puedes aprender por ti mismo.

— Bien.

— Bien.

— Pues vale.

— Pues eso.

Fue entonces cuando la risa de Robyn interrumpió nuestra discusión, si es que a eso se le podía llamar discusión. Al poco tiempo los tres estábamos riéndonos como si nada malo hubiera pasado nunca. Era como aquellas veces en las que Robyn y Eva discutían, aunque cuando eso ocurría solo David y yo reíamos. Supongo que eso significaba que con Tommas me sentía como si fuese un amigo de toda la vida.

Cuando terminé de vestirme recogí el papel que me había dado el dictador

en un intento de volver a descifrarlo. No sirvió de nada.

— Trae, te lo leeré. — dijo Tommas.

— ¿Cómo sabes que no sé leerlo?

— Robyn me dijo que de donde venís no usáis ese alfabeto. Además, ¿alguna vez te has visto la cara en un espejo durante una conversación? Eres lo más expresivo que he visto nunca, y eso que apenas llevamos unos minutos juntos.

O era demasiado expresivo o demasiado soso, la gente nunca se aclaraba. ¿Qué podría usar un término medio? Sí. Pero lo de mostrar expresiones ya era lo suficientemente difícil como para tratar de buscar el punto exacto que no incomode a los demás. En cualquier caso, le di el papel para que me lo tradujese.

“Permiso de vestuario por un alumno.

Solo atuendos de su especie. En caso de desconocerse se le concederán los de aquella a la que más se asemeje. Prohibida la venta de paskins o similares.

Lahorn Meridan.”

— ¿Ya está?— le pregunté a Tommas.

— ¿Qué esperabas?

— No sé, el papel está lleno de símbolos. No es un idioma muy útil si con tanto dibujito dices tan poco.

— Dice más de lo que piensas y hasta que no aprendas a leerlo no lo comprenderás. Por lo que sé estos caracteres no son el equivalente de vuestras letras. Sí, varios juntos forman palabras pero cada una de esas palabras expresan algo distinto a lo que vosotros entendéis con ese concepto. Para vosotros la palabra “papel” sería el objeto, esto que estoy sosteniendo. — agitó la nota del director para señalarla— En este idioma “papel” es mucho más que esto, cada carácter designa una de sus propiedades y todos juntos designan a este papel.

— Entonces... cada carácter sería como un adjetivo y para saber lo que pone tienes que adivinar a que se refieren todos los adjetivos juntos... de

la misma palabra.

— No. No hay que adivinar nada. Cada palabra se escribe de una manera y en función de cómo sean los caracteres sabes a que se refiere en concreto.

— Ya... ¿Y las palabras cómo "y" o "ni"? Cosas así.

— Igual. Son palabras como el resto, todas tienen algo que decir, todas tienen algo que explicar.

— No tiene ningún sentido. ¿Y para referirte a algo no concreto? No este papel sino un papel cualquiera.

— Me parece que no lo estás entendiendo. —me parece que no lo estaba explicando nada bien— Todo depende de los caracteres.

— ¿Por qué os complicáis tanto?

— Cuando lo aprendas lo entenderás. Lo que pretendes ahora mismo es como intentar nadar por primera vez con todas tus extremidades atadas al cuerpo y que te salga bien.

— Hay gente que nace con un talento natural para esa clase de cosas. Seguro que no es tan difícil como lo planteas.

— ¿Sabes cuántos caracteres hay? Coge todos los símbolos que utilizéis para comunicaros en vuestro mundo y su número apenas será una décima parte de estos caracteres.

— Todos locos.

— No es tan imposible como suena. Los caracteres representan todo lo que quieren decir y, esta es la última vez que te lo repito, cuando lo aprendas lo comprenderás.

Si tuviera una cuerda ahora mismo este niño estaría amordazado en una esquina donde nadie lo encontrase durante un tiempo. Pero como mi paciencia era más o menos infinita por el momento me mantendría tranquilo. Además Robyn estaba mirándome y tampoco procedía hacer una de las mías. Así que continué con lo que me interesaba.

—Vale... ¿Y qué son paskins?

— Son objetos que pueden cambiar tu aspecto físico, voz, especie... cosas así. Aquí solo te dejan usarlos para misiones, en cualquier otra situación

no tendría mucho sentido.

— ¡Es el objeto perfecto para gastar una broma! — no me extraña no que no estuviese permitido.

— Daniel, por favor, no hagas muchas tonterías mientras estemos aquí o por lo menos no las hagas sin mí — dijo Robyn sonriendo.

— No te preocupes, tengo mucho autocontrol. A veces... — Tommas me estaba mirando con cara inexpresiva — ¿Nos vamos ya?

— Sí, claro — contestó el chico — Por cierto, me llamo Tommas Landcaster. Llámame Tom.

Capítulo 4

Capítulo 4 – El país del agua

El resto de las camas estaban vacías. Supongo que debía tomármelo como algo bueno. Lo único que me extrañaba si ese lugar era de verdad una enfermería es que no hubiese nadie más por allí, por si venía alguien muy grave o enfermo. Era todo lo opuesto a lo que pasaba en mí... mundo, dónde había tanta gente mal que si alguna vez te ponías enfermo tenías que esperar uno cuantos años para que te atendiesen. O por lo menos de eso se quejaba todo el mundo, no era mi caso.

Por fuera se extendía un inmenso pasillo con ventanas a un lado y puertas de madera maciza al otro. Todas estaban cerradas por lo que no podía imaginarme lo que habría al otro lado. Esto era un colegio así que deberían ser clases, pero después de todo lo que me habían contado me esperaba cualquier otra cosa. Peté en una puerta para ver si pasaba algo aunque solo tuve tiempo de golpearla dos veces antes de que Robyn me apartase y me dijese que eso era de mala educación.

— De mala educación sería que entrase sin avisar. — le contesté.

Y me lanzó tal mirada que me entraron ganas de no volver a hablar durante mucho tiempo.

— Lo más seguro es que no haya nadie, — dijo Tommas — no solemos estar por estas clases.

A través de las ventanas podía verse que el colegio estaba construido en forma de cuadrado y que en cada vértice había una torre. No sé cuántos pisos tendrían las torres pero el edificio tenía siete y nosotros debíamos estar en el tercero. En el centro había un jardín atravesado por ocho caminos formando el dibujo de una rueda de carro. En uno de los caminos había clavado un palo o una palanca, estaba en uno de los extremos por lo que desde donde estábamos nosotros apenas se veía.

Al girar la esquina... me equivoco, no había esquina. Solo un hueco enorme que conectaba todos los pisos. Si querías ahorrarte tiempo para bajar hasta el primer piso parecía un buen método tirarse por ahí.

— Tommas, ¿a dónde nos llevas? — le preguntó Robyn.

— ¡En su primer día tiene que usar el portal guay!

— ¡Son todos iguales! — le reprochó mi amiga.

— De eso nada, el del ala norte fue creado por Benjamin, eso lo convierte en el mejor sin comparación con el resto.

Robyn suspiró, aceptando su respuesta como algo irrevocable. Y ese suspiro acabó convirtiéndose en un gesto de diversión.

Tras girar otra esquina nos detuvimos delante de un umbral de tres veces mi altura y con el ancho de una puerta doble, con el detalle de que no había ninguna puerta. Ni se veía lo que había al otro lado. En su lugar todo estaba tapizado por una especie de película translúcida verdosa, tenía unas ganas tremendas de tocarla. Y no hablemos ya de ese umbral, me encantaba tocar cosas en relieve y este estaba repleto de formas sinuosas engarzadas unas con otras y atrapadas en el interior de cuadrados y otras figuras geométricas cuyo diseño no había visto antes. Parecía estar hecha de una madera más negra que la oscuridad, que al mirarla te atrapaba intentando arrastrarte a lo más profundo del inframundo,

— Piensa en piso al que quieres ir y atraviesa el umbral. — me dijo Tom.

— ¿Y ya está? — le pregunté.

— ¿Qué más querías? Es como un ascensor pero sin tener que esperar. Vamos al principal, ni se te ocurra pensar en otro, al principal ¿vale?

— ¿Y si pienso en un piso que no existe?

— Entonces más te vale no correr porque te vas a dar un golpe tremendo contra el portal.

— ¿Y si pienso en dos pisos a la vez?

— No lo sé, pero si quieres probarlo no te detendré.

— ¡Ni se te ocurra! — intervino Robyn.

— No tenía pensado hacerlo, por el momento. — le contesté.

— Ni ahora ni nunca. — puede parecer que esté arruinando la diversión pero cada vez que intenta frustrar uno de mis planes es porque ella tiene uno mucho mejor.

— ¿Y si convenzo a alguien de que lo haga por mí?

Su sonrisa se ensanchó antes de contestarme.

— Me parece mejor... — los dos miramos a Tom a la vez.

Este se quedó unos segundos mirándonos alternativamente con cara de incredulidad y después añadió con sonrisa pícaro.

— ¡Eso será si conseguís pillarme vivo!

Corrió como un relámpago hacia el portal y justo antes de entrar gritó “principal” para atravesar el umbral y desaparecer. Yo iba a correr detrás de él pero Robyn me detuvo poniéndome una mano en el hombro.

— Para estar más seguros mejor di en alto a qué piso quieres ir, así no habrá ningún problema. — sugirió.

Y así lo hice. Cruzar el portal fue como intentar pasar a través de una lámina de agua. Notas una ligera presión que intenta frenarte, que te atraviesa como si durante un instante se te cortase la respiración.

Al otro lado, Tommas estaba apoyado de brazos cruzados en lo que parecía la puerta de la entrada del colegio. Se supone que aquello era una persecución, pero al tardar tanto en atravesar el portal, aunque en realidad no fueran más de unos segundos, el juego había terminado. Por el momento.

Cuando el chico vio a Robyn aparecer justo detrás de mí, se incorporó y nos indicó con la cabeza que lo siguiéramos.

Al otro lado de la puerta resultaba imposible ver el cielo. Un largo camino rodeado de árboles se extendía hasta llegar a una pequeña plaza en el centro de la cual había la estatua de un ángel, del que desde dónde estábamos solo se veía la espalda de la que fluían unas alas del tamaño de un hombre adulto, o más.

Eran los árboles lo que más llamaba la atención. Tan grandes que cubrían el cielo con sus ramas, tan impenetrables que mirases a donde mirases allí estaba el verde de sus hojas o del musgo de sus troncos y tan vivos que al pasar podías ver cómo se inclinaban mecidos por el viento haciendo una reverencia. Y aunque ni un rayo de sol era capaz de atravesar su manto, al camino no le faltaba ni una pizca de luz.

Me habría encantado quedarme mirándolos más tiempo, percibiendo la textura de cada una de sus partes, sintiendo la vida que fluía por cada una de sus venas, los insectos, las aves que aquellos árboles podían albergar en un lugar como ese, pero llevaba mucho tiempo guardando más preguntas de las que puedo soportar y a cada paso que daba seguían

surgiendo tres nuevas.

Ya sé que soy raro y a mucha honra, si no fuera como soy nunca habría descubierto que la sabía de aquellos árboles circulaba de uno a otro mediante estructuras de forma similar a una telaraña que se encuentran uniendo a todos los árboles entre sí. El chiste está en que esas telarañas están recubiertas por boeng, una substancia que altera el índice refractivo de las cosas logrando que dejen de absorber y reflejar la luz, es decir, las hace invisibles. Lo que significa que no le recomendaría a nadie que se saliese del camino porque aunque esa especie de telarañas no es pegajosa, una vez que te atrapa cuanto más forcejeas más difícil es liberarte. Hasta el punto de que la única manera de salir es con fuego mágico, y no existen muchos seres capaz de usarlo. Lo mejor es que si no logras liberarte rápido, Kleptocs, la criatura que habita en aquellos árboles, te devora. Pero eso ya otra historia sin importancia.

— ¿Y por qué es diez años la edad mínima para entrar en el colegio? — pregunté a Tom.

— Cuando te conteste a eso vas a hacerme muchas más preguntas. Así que si esperas un poco te contestaré a todo junto.

— ¿Por qué?

— Tú no te callas nunca, ¿verdad?

— La gente suele decir que mi problema es que no tengo término medio.

— ¿Me estás diciendo que eres capaz de estar más de cinco minutos sin hacer preguntas?

— A veces se pasa horas sin decir nada. — intervino Robyn.

— Y cuando lo hago todo el mundo piensa que tengo algún problema. — añadí — Por cierto, — señalé a Tommas para que quedara claro que le estaba hablando a él, a lo que Robyn me dio un golpe en la mano porque según ella señalar era de mala educación, así que la aparté (algún día se cansaría de corregirme). — si crees que te has librado de hacer el experimento estás muy equivocado.

Parecía que Tom iba a contestarme cuando dejé de prestarle atención para fijar la vista en algo mucho más interesante. Ya habíamos llegado al final del camino y justo delante de mí se alzaba la parte trasera de la estatua que había visto a lo lejos. Sus alas seguían siendo lo más llamativo, en aquella zona no había árboles y la luz del sol incidía directamente sobre ellas haciendo que emitiese una especie de fulgor

tenue de color blanco.

Tan concentrado estaba mirando la estatua que no me di cuenta de que se acercaba alguien más de frente y mientras la rodeaba me di de bruces contra alguien, que si se hubiera fijado bien por donde iba se habría ahorrado el chocarse conmigo. El golpe no fue muy fuerte pero, como no me lo esperaba, trastabillé hacia atrás y me caí.

— Por favor, no. — Oí la voz de un chico mientras me levantaba.

Mi cara quedó enfrentada a la de una chica que parecía de nuestra edad o tal vez un poco mayor, pero era más alta que yo de manera que mis ojos quedaban a la altura de su boca. Sus labios no eran del típico tono rosado, eran azules, nunca los había visto de ese color. ¿Sería su color natural o estarían pintados? No parecían estar pintados. Debería dejar de abstraerme tanto, siempre me lo decían.

— Deberías dejar de abstraerte tanto y prestar atención a lo que estás haciendo. — Si te fijabas mientras la chica hablaba sus labios no parecían pronunciar las palabras que estaba diciendo. ¿Sería eso cosa del traductor? — Por tu bien espero que me estés haciendo caso y no tenga que volver a repetírtelo en otra ocasión.

— ¿Qué? — Levanté la cara para mirarla un momento a los ojos. Unos ojos azules que hipnotizan y que por alguna razón desentonaban en comparación a su cuerpo, era como si esos ojos no le perteneciesen. Lo que si estaba claro era que esa mirada no era normal en alguien de su edad. Cualquier mirada asesina de Robyn habría parecido un pucherito en comparación a esa, hasta daban ganas de llorar del miedo. “Daniel, la has liado” me dije, “otra vez”.

¡No! — dijeron varias voces al unísono, entre ellas pude reconocer la de Robyn y Tommas.

Antes de que ocurriera nada pude ver por el rabillo del ojo que detrás de la chica había otros dos niños más. Y entonces todo se volvió borroso. No podía respirar. Tenía algo cubriéndome la cabeza, distorsionando lo que veía, me llevé las manos para intentar tocarlo y lo atravesé como si se tratara de agua. Entré en pánico, no poder respirar no ayudaba nada. Robyn parecía estar gritándole a la chica pero no le presté mucha atención porque tenía mejores cosas que hacer. Entre ellas intentar tranquilizarme y utilizar el oxígeno que me quedara para descubrir que estaba pasando. Espera... no me dejaba respirar, era transparente, se movía distorsionando las imágenes y cuando intenté tocarlo... ¿agua? No tenía ningún sentido, ¿por qué tenía un charco de agua en la cara? ¡Oh! Por un momento debía haber olvidado donde estaba. Pero si de verdad era esa chica la que lo había hecho, estaba loca. Aunque claro, si salía de esta jamás volvería a

chocarme con ella, en el fondo era un buen método.

Forcejeaba con el líquido intentando abrir paso a un último resquicio de aire, pero había llegado a mi límite, ya no podía aguantar más sin respirar, así que inspiré involuntariamente. Mientras notaba como me llenaba de agua pensé que ya no podía estropearlo más, me equivocaba. Seguí tragando bocanadas de agua en intento inútil por conseguir algo de oxígeno, si iba a ahogarme por lo menos hacerlo bien, con las vías respiratorias hasta arriba de agua. Me gustaría haberme visto desde fuera, un niño tirado en el suelo intentando respirar como pez fuera del agua, si mi vida no corriera peligro (otra vez) me habría resultado hasta gracioso, o no.

Los pulmones me ardían, se sentía muy similar a cuando me dolía el corazón, aunque lo que me estaba pasando era mucho más intenso. Y llegó el momento en el que ya no pude tragar más agua, y tampoco sentía el impulso de respirar. La sensación de asfixia había desaparecido. Con el charco todavía cubriéndome la cabeza, me incorporé despacio porque estaba un poco aturdido. Todos se quedaron mirándome fijamente y yo estaba... bien. Espiré por fin, dejando salir burbujas de aire por la nariz y volví a tomar agua. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Respirar agua? ¡Estaba respirando debajo del agua! ¡Era como un pez! Genial, de todos los poderes que había en todos los universos, yo tenía el que más molaba para un humano: respirar debajo del agua. Solo una cosa habría sido mejor que eso: el poder de hablar con las plantas. ¡Ah, no! ¡Ese ya lo tenía! Lo que pasaba es que nunca me contestaban.

La chica siguió mirándome hasta que se dio por vencida e hizo que el agua desapareciera con aires malhumorados. Ya podría respirar como una persona normal, sino fuera porque tenía los pulmones llenos de agua y era incapaz de expulsarla por mucho que lo intentara. Robyn, frenética, se colocó detrás de mí y me dio unos golpes en la espalda que no sirvieron de nada. Entonces uno de los chicos que estaba junto a la loca del agua, el que llevaba unos cacos rojos para escuchar música al cuello, golpeó el aire con la mano abierta y justo después sentí un golpe seco en el pecho que me hizo vomitar parte del agua. A partir de entonces pude expulsar el resto del líquido con relativa facilidad, Robyn seguía dándome golpes en la espalda para intentar ayudar.

— Ya está, — le dije — deja de tocar. Ya estoy bien.

— ¿Seguro?

Antes de contestarle miré a la chica, había intentado ahogarme y parecía todavía más enfadada que antes.

—Sí, sí, tranquila.

— Deberías controlarte un poco. — le dijo el chico que había golpeado el aire a la loca, pero esta lo ignoró completamente. El chico tenía cicatrices cubriéndoles los brazos, aunque apenas se le notaban, no eran como la que tenía el padre de Robyn. Y aunque hubieran sido tan evidentes, habrían dejado de llamar la atención en el momento en el que te dieras cuenta de que tenía el color de los ojos invertidos. Las pupilas eran blancas, el iris azul y el blanco se había vuelto negro. Esto empezaba a parecer el país de las setas alucinógenas. En una pernera del pantalón tenía atada una cinta igual a la de Robyn y Tommas pero de color azul claro.

— Ni se te ocurra volver a hacer algo así. — dijo Robyn bastante irritada.

Pensaba eso la pondría más furiosa pero las palabras de Robyn sí le afectaron y durante un instante, tan corto que nadie más se había dado cuenta, su rostro se ensombreció por una destello de arrepentimiento. Era eso o gases.

— Vamos, Robyn, al chico no le ha pasado nada. No te enfades. — contestó el otro niño. Este llevaba una camiseta de manga corta con una llama dibujada en cada manga, y justo bajo la manga derecha podía verse su cinta, dorada. Habría sido el típico chico guay de la clase si no fuera por el ridículo peinado que llevaba, con un flequillo que le tapaba toda la frente y algo de las orejas (me recordaba a alguien de mi mundo).

— ¡A ti quién te he preguntado Jamie! — replicó Tommas.

— Tu cara de memo, me lo estaba pidiendo a gritos.

— ¡Qué casualidad!, la tuya me está pidiendo un puñetazo. Y tu culo una patada.

— ¡No es momento para discutir! — intervino el de las pupilas blancas.

— ¡Cállate! — le dijeron los dos a la vez.

— ¡Ya basta! Tiene razón estoy bien, asunto zanjado. Si tantas ganas tenéis de que os peguen puede encargarse Robyn más tarde.

— ¡Eh! — exclamó la aludida.

— ¿Qué? Yo no estoy a favor de la violencia... en determinadas circunstancias. Ahora, vámonos de una vez.

— Espera, por favor. Sentimos todo lo que acaba de pasar, no volveremos a repetirlo. — quién podría decir que alguien con el color de los ojos

invertidos podría llegar a ser la persona más razonable de un lugar como aquel.

— Lo dirás por ti. — añadió la loca.

El niño ya debía estar acostumbrado al comportamiento de la loca porque hizo como si su último comentario nunca hubiera sido pronunciado y continuó con lo suyo. Miró primero a Robyn y después a mí.

— ¿Eres tú Daniel?

— Sí... — contesté extrañado de que alguien supiera mi nombre sin haberlo dicho antes.

La loca continuó con su imperturbable mirada asesina mientras el chico del flequillo se adelantaba para mirarme más de cerca.

—Me llamo Cayo.

Y antes de que pudiera decir algo más, añadió el pesado del flequillo:

— No sé por qué sigo esperando que los de vuestro mundo seáis más impresionantes. No hay ninguna diferencia entre tú y yo. — Robyn se dio cuenta de que iba a contestarle algo no muy amable porque me dio un codazo para que no abriese la boca. — Yo soy Jamie Bei. Mi mundo está organizado de la misma manera que el tuyo, ¿sabes? Ciencia, tecnología, arte... es todo igual. Como una copia exacta.

— Vale. — no me importaba en absoluto, pero no quería que Robyn volviera a golpearme o regañarme por decir algo un poco más borde de lo normal.

— Y ella es... — Jamie se detuvo al ver que estaba siendo rodeado por una serpiente de agua.

— No necesito que nadie hable por mí. — ese comentario hizo sonreír a Robyn.

Parecía que la chica del agua no iba a presentarse, por mi estaba bien, no sería la primera vez que hablaba con alguien sin tener la menor idea de cómo se llamaba.

— ¿Todo el mundo aquí tiene poderes?

— Claro, todos tenemos alguna habilidad que nos hace distintos al resto, en el caso de Susan es una ira desbocada.

En ese momento un puño gigante de agua golpeó a Tommas en el estómago. Sus ropas sintonizaban bien con su carácter, parecía la guerrera de alguna tribu nórdica y utilizaba la cinta con el mismo símbolo de siempre como un cinturón. Más adelante descubriría que vivía en una zona de clima tropical y que solo usaba ropa de abrigo por llevarle la contraria al resto. Además las temperaturas extremas no le afectaban tanto como a la gente normal así que en realidad ella sentía lo mismo fuera desnuda o como un esquimal.

Entonces una mancha negra aterrizó justo al lado de Susan. La única razón que se me ocurría para no haberla visto antes es que estaba subida a la estatua, escondida detrás de sus alas o algo así. Pasó por detrás de Susan, de manera que parte de su cuerpo quedara tapado por el de la chica, y me miró.

— Hola, ¡qué cosita tan adorable! — le dije a la nutria con el tono de voz que utilizan los adultos con los niños pequeños. — ¿Cómo te llamas?

Salió de detrás de Susan, se irguió sobre sus patas traseras, quedando su cabeza a la altura de la mía, e inspiró una vez como si me estuviera olfateando.

— ¿Tú contestas a los humanos cuando te hablan como si fueras estúpido? — repuso la nutria.

— Touché. No volveré a hacerlo. — la miré un poco más y... — Espera, ¿qué?

— Sí, lo sé. Soy muy alto para ser una nutria de río.

— No es eso. ¿Por qué tienes los ojos azules?

— Soy un eda eniyan, animal mágico, más grande, más hablador y más seductor que un animal normal.

— ¿Y lo de la camisa?

— ¿Qué pasa solo vosotros podéis llevar ropa?

— No, pero los modelitos que le ponen los amos a sus mascotas son absurdos e inútiles.

— Olvidas que yo no soy la mascota de nadie, Susan es mi compañera. — aclaró.

— Hmm. Supongo que lo entiendo. Mi hermano se llama Srödingger, es

un gato.

— ¿Hermano? — dijeron Jamie y la nutria al mismo tiempo.

— No sé, me parece la mejor manera de describirlo. Para mí "hermano" es el máximo nivel de afecto que puedes sentir por alguien.

— ¿Pero tu gato no es un animal normal y corriente? — preguntó Jamie.

— No entiendo qué esperas que responda. — Así que continué dirigiéndome a la nutria — Aún no me has contestado a cómo te llamas

— En lo que a mí respecta todavía no me lo has preguntado.

— Técnicamente sí que lo he hecho.

— Pues yo no he oído salir de ti las palabras correctas para esa pregunta, y recuerda que tendré en cuenta la maraña de sandeces que sueltes antes o después de formularla.

— ¿Vas a dejar que un animal te gane en una batalla verbal? — Volvió a interrumpir Jamie, por suerte Susan le metió un tapón de agua en la boca... y después se lo sacó por la nariz.

Mientras el besugo agonizaba, el resto seguimos a lo nuestro como si no hubiera pasado nada. Un castigo justo para un justo pesado, empezaba a gustarme aquel lugar. Volví a intentarlo.

— ¿Cómo te llamas?

—

Waily.

— Bueno, ahora que ya nos hemos presentado todos si nos disculpáis hemos quedado con alguien. — dijo Cayo — Ha sido un placer.

Íbamos a despedirnos cuando en el último momento Waily volvió a abrir la boca.

— Permíteme que te dé el mismo consejo que les he dado a tus compañeros. Ten cuidado, chico, lo primero que debes aprender es que esto no es un cuento de hadas.

Ya, en los cuentos que hadas todo el mundo está dispuesto a ayudar al protagonista porque saben que se puede confiar en él por encima de cualquier otra cosa. Lo que es un error por parte del héroe no

aprovecharse de eso hecho.

— Si me estás diciendo que no me fie de lo que me dicen... has acudido a la persona equivocada. Ni siquiera se distinguir cuando alguien está siendo sarcástico. Por cierto, ¿eres macho o hembra?

Se quedó un momento mirándome, nadie más habló, nadie intentó despedirse, todos esperaban a que la nutria añadiese algo más y así fue.

— ¿Nos vamos?

Cuando ya se habían alejado un poco Tommas suspiró.

— A veces no sé qué es mejor intentar hablar con Susan sin acabar ahogado o dejar que Waily te deje con las ganas de seguir discutiendo con él.

— A mí me parece evidente. — contesté.

— Sí, tienes razón.

Nos quedamos mirando cómo se marchaban. Vista desde atrás Susan hasta parecía normal, los rayos del sol se reflejaban en su pelo negro emitiendo pequeños destellos. La nutria subió a un de los árboles con gran gracilidad para desaparecer entre las ramas. Y todo eso sin quedarse pegada en el boeng.

Waily sabía hablar, eso no se lo iba a negar, y desde mi punto de vista era algo que no muchos sabían hacer.

— ¿Por qué has dicho lo de discutir? — pregunté a Tom.

— ¿No le preguntaste lo de si era macho o hembra para provocarla?

— No, esa sería una manera ridícula de iniciar una discusión. Ni siquiera Robyn se enfadaría por algo así.

— Lo dices como si yo me enfadase por todo. — intervino ella.

— Bueno, no llevo mucho contigo y ya sé que eres de genio pronto. — dijo Tommas.

— Lo estáis diciendo para provocarme. Y tú. — me señaló. Estaba empezando a levantar la voz. — Sabes muy bien que la única capaz de acabarme con la paciencia es Eva. Ni siquiera tú lo logras, y eso que haces muchos méritos.

— Ya, pero vuestro problema es exagerado. Si fuerais bombas atómicas seríais capaces de destruir el mundo incluso antes de que empezaran a construirlos. ¡Veros discutir es como una carrera de plátanos!

No estoy muy seguro de que fuera eso lo que quería decir, cuando me levantan la voz empiezo a pensar en muchas cosas a la vez y se mezcla todo. Como una macedonia. A lo mejor de ahí venían los plátanos.

— ¿A qué viene eso? — dijo Tommas

— No lo sé, es lo primero que se me ha ocurrido.

Toda mi atención se había centrado ya en la estatua que vista de frente era impresionante. Un ángel esculpido de tal manera que cada pequeño detalle desprendía poder. Su expresión seria y al mismo tiempo calmada, sus puños cerrados, su postura erguida, el símbolo de su pecho. Aquel dichoso Sol otra vez. Y un nombre en el pedestal.

— Es Benjamin Nialor. — dijo Tommas — El creador de este y tu mundo. El creador y señor de todo. Juez de la existencia.

Capítulo 5

Capítulo 5 – Levando anclas

El pedestal tenía algo más escrito. Más garabatos sin sentido. Y yo que pensaba que leer era fácil. Apenas sabía hablar dos idiomas y pensaba que con eso estaría todo solucionado. Entonces lo vi claro, el mundo ya era grande de por sí, y no contentos con eso había infinitos mundos que lo acompañaban, ¿cómo iba yo a poder comprender algo en semejante inmensidad? Había demasiado que aprender y pensar en ello solo me daba dolor de cabeza. Aquel lugar empezaba a saturarme.

Pero, a diferencia de lo que pasaba con la carta del director, aquellos símbolos sí que me sonaban. No los había visto nunca, de eso estaba seguro. Los miré, los observé y cuánto más los analizaba más me constaba concentrarme. Sabía algo, estaba allí, en algún rincón de mi mente que ella se negaba a mostrarme. Al final iba a ser cierto que tenía déficit de atención, pero cuando me lo proponía mi voluntad podía ser más fuerte, algo que solo ocurría una vez cada cuatro años.

Reforcé la insistencia con mi capacidad para ser un pesado, estaba seguro de que así lograría evitar descentrarme. No sé cuánto tiempo estaría así pero se me hizo eterno, como unos diez segundos más o menos. Mi mente pugnaba una y otra vez por alejarme de aquello que estaba allí, no oculto, sino sumergido a cierta profundidad. Me estaba acercando, sentía como la presión aumentaba a medida que todo se volvía más claro. La fuerza me oprimía y yo seguía avanzando. Hasta que llegué.

Fue como si un rayo se introdujese a través de mis ojos y me golpease el cerebro. Los ojos me escocían así que los froté. Al principio todo era oscuridad, la vista se me fue aclarando y cuando miré el pedestal, pude leerlo.

“Nunca pierdas la esperanza. Sé como el Sol, no importa que parezca que tus llamas se han extinguido, ni lo larga que sea la Noche más Oscura, siempre volverás y lo harás más fuerte que antes. Porque esa es nuestra ley.

Elohán.”

Elohán, aquel nombre hacía que se me pusiese la piel de gallina, como cuando escuchas una canción que te gusta mucho o ves una película que te emociona. Había aprendido a leer garabatos por arte de magia, eso era bueno. No tenía la certeza de que no me estuviera inventando lo que

ponía, es no era del todo malo, por lo menos tendría imaginación.

— ¿Qué os pasa a vosotros? — era Tom — Robyn se concentró tanto para intentar leerlo que casi se desmaya. No vas a poder leer nada, nadie lo ha logrado nunca. Es más, hay la teoría de que hay ni siquiera pone nada, sino que algún gracioso se puso a dibujar cosas al azar para confundir a la gente. Y con gracioso se refieren a Benjamin.

Un dios al que le gusta reírse de sus creaciones. Eso no habría estado mal, pero yo podía leerlo perfectamente. A lo mejor era que solo alguien de nuestro mundo podía leerlo.

— Ya sabes Daniel, puesto que a él no le interesa, cuando también descubras lo que pone ni se te ocurra decírselo. — replicó Robyn.

— ¿También? — intervino Tommas.

— Por supuesto, si él es capaz de leerlo significará que yo ya lo habré conseguido mucho antes.

Vale que en mi juventud no fuera una joya en clase, pero todo cambió cuando descubrí lo divertido que era acabar los ejercicios antes que el resto y que la profesora no tuviera ningún fallo que recriminarte en los exámenes. Claro que Robyn llevaba haciendo eso desde que llegó, y yo cojeaba en cierta clase de ejercicios, lo que les daba a ella y a Pablo el título de los listo de la clase.

Espera, ¿me acababa de lanzar una indirecta? ¿Sabía que yo podía leerlo y me estaba diciendo que no se lo dijera a Tommas o lo decía por si algún día...? Porque... sino... debería decir... Odio las indirectas, son innecesarias, la última vez había tardado dos años en darme cuenta. Aunque si Robyn también lo leía eso reafirmaba mi teoría. Solo había un fallo, nosotros no éramos los primeros en venir aquí. Tommas dijo que con nosotros era la tercera vez que alguien de mi mundo venía, lo que significaba que ha habido un mínimo de dos personas antes que nosotros. Probablemente fueran algunas más. Si mi teoría fuera cierta aquellas personas habrían mantenido en secreto que podían leerlo, lo que no entiendo porque ahí no ponía nada importante. También podría ser que nunca se hubieran molestado en intentarlo. Tenía que hablar con Robyn, a solas.

— Me da igual lo que ponga ahí. — contestó Tommas haciéndole la burla a Robyn — Mente inquieta, — ese debía ser yo — ahora vas a escuchar lo que tenga que decir para que no vuelvas a hacerme preguntas en lo que espero sea mucho tiempo. ¿Vale?

—No.

Tommas entrecerró los ojos y me miró fijamente, creo que eso es lo que llamaban miraba amenazadora. No intimidaba lo más mínimo. Detrás de él estaba Robyn con la misma cara. Intimidaba mucho.

— Sí. —me corregí.

— Bien. — empezó — Él es la razón por la que se necesita tener diez años para estar en esta escuela. La suya era una especie que vivía milenios y milenios sin apenas envejecer por eso apenas tenían descendencia. En los extraños momentos en los que nacía un hijo, este heredaba los conocimientos de sus padres, todos sus recuerdos y vivencias. No se conserva mucha información de ellos porque no necesitaban apuntar nada, después de todo jamás olvidaban y la información se transmitía íntegra de una generación a otra. No se sabe por qué, sus habilidades permanecían inactivas hasta los diez años, supongo que tendrá una explicación. Así que él estableció que esa sería la edad para entrar aquí. En caso de que alguna especie tenga una esperanza de vida muy pequeña esa edad puede reducirse.

«El Sol es el símbolo de su especie. Una especie cuyo nombre nadie recuerda cómo se pronuncia. Nosotros los llamamos Bl'Dhewka. Solo El Creador lleva ese tatuaje en el pecho, el Dharma Sūrya de Seis Caminos.»
— Tommas se quedó callado poniendo una cara un tanto rara.

No entendí cómo dijo que llamaban a la especie, pronunció algo muy raro, así que en mi mente me inventé el nombre.

— ¿Eso es todo? No me has solucionado mucho. — le reproché.

— Pues si quieres sabes más pregúntale a un Bl'Dhewka cuando lo veas.

Seguía sin entender lo que decía. ¿Tan difícil era pronunciar con claridad?

— Habrá alguien que sepa algo más. — dije.

— Claro, pero ese tema es soporífero. No sé quién es capaz de invertir su tiempo en aprender sobre ellos. Sí, puede parecer que saber cosas sobre alguien que ha creado el Universo es genial y la realidad es que... no lo es. La información que tenemos es insignificante y está incompleta. Y saber algo a medias es no saberlo. Aunque yo juraría que sé algo más. — añadió por lo bajo.

— ¿Creéis en un Dios? ¿Alguien que creara todo de la nada?

— Hablas de él como si no existiera. Lo estás viendo.

— Eso solo es una estatua. ¿Cómo sabéis que existe de verdad?

— Porque existió. Hace tres mil años. Y creó este mundo.

— ¿Me estás diciendo que mi mundo solo existe desde hace tres mil años?

— No, tu mundo, y con eso no me refiero solo a tu planeta, existe desde hace mucho más tiempo del que se puede contar, por lo menos del que yo puedo contar. Lo que ocurrió hace tres mil años es que Benjamin estuvo en la Tierra.

— ¿Cómo puedes saber que eso es cierto? — vi a Robyn suspirar. — ¿Tú también te crees eso?

— Por lo que he leído, es cierto. Benjamin existió, salvó al mundo y creó este. Es tan cierto como lo que hemos estudiado de historia. Algunos hechos son más ciertos que otros, pero lo importante es que tuvieron lugar. — contestó ella.

— ¿Y dónde están ahora esos maravillosos seres? ¿Y Dios?

— Murieron.

Ahí me quedé sin palabras, nunca había escuchado semejante sarta de estupideces seguidas. Así que una raza cuyo líder fue el creador de todo ser viviente estaba muerta.

— ¡Cierto! —exclamó Tommas — Ya me acuerdo. ¿Quieres saber cómo desaparecieron todos? Se ha conservado en forma de cuento. Es corto, no tardaré mucho y todos sabemos que vas a acabar preguntándolo.

— Vale. ¿Pero podemos sentarnos un rato en el suelo?

Los tres nos sentamos junto a la estatua. Hacía bastante calor para ser otoño, me preguntaba si allí las estaciones serían iguales que las de mi mundo. En aquel momento agradecí que Susan hubiera intentado ahogarme. Cuando hizo desaparecer el agua se aseguró de dejarme mojado, eso lo había hecho a propósito, estaba seguro. Era refrescante, se estaba muy a gusto y Tom no empezaba a contar la historia de una vez.

— ¿Vas a tardar mucho en empezar?

En determinadas ocasiones hay que ser pesado si quieres conseguir lo que quieres.

— Cállate y déjame pensar cómo era. — y un rato más tarde añadió —
Vale, vamos allá.

«Hace más de ciento sesenta y tres lunas de sangre, hace más del nacimiento del primer rochen de los acantilados, el mundo estaba poblado de animales y guardianes por igual. Los guardianes fueron creaciones directas de los Bl'Dhewka, nacidos para proteger el equilibrio de los elementos y asegurar que ningún animal continuase por el mal camino. De entre los guardianes, los dragones surgieron como sus líderes y entre los animales, fueron los humanos los que destacaron por su avance.

«Entre ambas especies hubo tanto rivalidades como alianzas y fue así hasta el la llegada del Día más Oscuro.

«Los Bl'Dhewka reinaban en los cielos, allá donde la vista de ningún ser podía llegar, custodiando a sus creaciones, porque aunque los guardianes cumplían su trabajo, en ciertas ocasiones era necesaria la intervención de aquellos seres a cuyos poderes llamaban divinos. Qué equivocado era aquel término, pues divino solo había uno y Él ya no se involucraba con ningún ser terrenal. Ahora digo Él, pero el aspecto que tenía en el momento que ocurrieron los hechos que voy a contar era el de una hembra. Y como Jueza de la Creación su deber estaba ligado únicamente para con la vida y la muerte. Ella crea, ella destruye y ella guía, el resto quedaba al libre albedrío de sus hijos.

«Y llegó el día en el que los cielos se dividieron, Israfil el Anunciador se reveló ante la Creadora. Él y su ejército reclamaron la Tierra como suya para ejercer su voluntad. Por otro lado el mundo también se vio afectado. Los humanos formaron bandos, el resto de los seres tenían un claro aliado. Con la ayuda de Israfil, los humanos traidores a la Creación tenían ventaja sobre el enemigo que no contaba con fuerza de los celestiales.

«En el cielo, los fieles caballeros de la Creadora no hacían nada por defenderse. Cuando los Bl'Dhewka llegaban a los diez años hacían la promesa de jamás herir a uno de sus hermanos. Llamaban a aquello el Argahror, el Pacto Inquebrantable. Romperlo significaba la muerte del cuerpo y la tortura del alma. Mas había otra razón por la que la Jueza no movía un dedo, pues ella estaba incluso por encima de Argahror y podría haber detenido la batalla con solo pensarlo. Si la situación había llegado hasta ese punto, significaba que su Era había terminado, y era la hora de volver a renacer. Y así es como la Creadora pereció a manos de Israfil el Anunciador, no sin antes haberse asegurado de que su batalla podría continuar en la Era que estaba por comenzar. La Señora se reencarnó en Benjamin y lo mismo hizo Israfil.

«Todos los Bl'Dhewka perecieron, solo quedaron Benjamin e Israfil, y del reino en los cielos que tantos habían adorado solo quedaron ruinas estériles. No les fue mejor en el mundo terrenal. Millones de muertes, los

guardianes se extinguieron porque los pocos que sobrevivieron decidieron huir a otros mundos. Sin dragones, el mundo era de los humanos. Un mundo derrotado sin ningún vencedor.

«Es cierto que Benjamin podría haber exterminado a Israfil y sus seguidores, pero aquella era una nueva Era, Su Era y Benjamin quería asegurarse de que su enemigo recibía su justa compensación. Benjamín no era la Jueza, él creció en el mundo de los humanos ocultando su naturaleza, él sabía cómo utilizar a los seres terrenales para conseguir su victoria.

«Se encomendó a la Búsqueda de los seres más poderosos de la existencia, los que serían su generales, La Unión de los Diez. Tardó bastante tiempo en reunirlos, cuando el Día más Oscuro terminó, se ocultaron en mundos lejanos donde solo alguien que de verdad los necesitase pudiera encontrarlos. ¿Y qué era el tiempo para un Dios? A Benjamín no le importaba el paso de los años. De la misma manera que el tardaría en reunir su ejército, Israfil tardaría mucho más para intentar superarlo.

«Diez eran los generales y solo siete sus nombres: Taimin el Demonio del Abismo, Amarong el Ejecutor, Kasdamarius Duque del Averno, Amphistos la Pesadilla Eterna, Rolkur el Acechador, Ol'Alty el Segador Escarlata y Proditorem el Conquistador. Una vez reunidos se unieron en el Kuttan, la ceremonia que mantendría unidos al líder y sus generales hasta que les llegara la muerte.

«Conociendo la escala de la batalla que se avecinaba, Benjamin, en todo su esplendor creó este mundo para refugiar a aquellos que el considerase aptos. También creó esta escuela como recordatorio de que nunca se está completamente a salvo y que es necesario aprender a sobrevivir. Ese mundo, además, actuaría como puente y protector del Original.

«Y cuando rugieron los tambores de la batallas, el mundo lloró. Duró tres días y cinco noches. Hasta que al final se impuso el bando de Benjamin, no sin pagar a cambio la pérdida de numerosas vidas. Cuando Benjamin encontró a Israfil, este le suplicó por su vida, le dijo que se arrepentía y que lo serviría fielmente como el último de su especie, pero aquello solo era un treta para ganar tiempo. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas combinó su esencia con la del tejido de los universos. Así se aseguró de que no importaría ni el cuándo ni el dónde, Israfil sería capaz de reencarnarse una vez más sin que ni el mismísimo Dios pudiese hacer algo por impedirlo, porque destruirlo a él sería destruir la mismísima existencia.

«Ganaron la guerra, pero fue una tremenda derrota para Benjamin. Estaba agotado, estaba harto. Israfil volvería a nacer y Benjamin no estaba dispuesto a esperar a que eso ocurriera. Al igual que su enemigo, combinó una parte de su esencia con el tejido de manera que cuando volviese a la vida Benjamin lo hiciera con él. El tiempo no es nada para un Dios, pero qué era un mundo con un Dios derrotado. Y como en su anterior vida, había llegado el momento de cambiar si quería ganar aquella batalla nacida del egoísmo.

«Desde entonces los mundos continúan existiendo en relativa tranquilidad, esperando el día en el que Israfil y el Creador vuelvan a luchar. Y si el renacido Juez de la Creación decide mantenerse al margen significará que el Fin de los Tiempos habrá llegado.

«Fin. No se sabe más. No me hagas preguntas sobre eso. — dijo señalándome con el dedo.

— Señalar es de mala educación — le reproché haciendo reír a Robyn. Tommas, en cambio, hizo caso omiso de comentario.

— ¿Contento? Vamos a la tienda.

— ¿Por qué no me contaste eso desde el principio?

— No soy una enciclopedia, no tengo toda junta la información sobre un determinado tema. En pie. — ordenó mientras él lo hacía — Quiero irme de aquí antes de que se te ocurran más preguntas.

— Si no me equivoco eras tú el que estaba deseando explicarle las cosas.
— le reprochó Robyn.

— Sí, pero hay un límite de conocimientos por día.

— No, que va. — dije yo.

— Contigo fue tan simple. — dijo mirando a Robyn.

— ¿Porque podías fardar de tus conocimientos sin que nadie los cuestionara? Si no lo hice fue porque después me pasé el resto del día en la biblioteca. — contestó ella.

— Vale, la tienda está por allí.

— ¿Sabes?, yo me habría imaginado algo más alucinante que un humano con alas. Eso no impresiona.

— Es Dios. Lo es todo. Sea lo que sea que te hayas imaginado, él lo es.

Esa solo es la forma que más adoptaba para presentarse en público.

— ¿Seguro?

— Se supone, ya te he dicho que no se sabe gran cosa.

— ¿Cuando se supone que volverá? ¿Cómo se sabe eso?

— Sí, bueno, hay unas notas antiguas que hablan sobre eso, se dice que algún día volverá cuando bla bla bla. Ya pasará cuando tenga que pasar. No sé nada más.

Caminamos un rato en silencio. Lo que resulta más agradable del silencio es lo incómodo que hace sentir a la gente. Tranquilidad y personas sintiéndose incómodas, había pocas cosas mejores que eso, pero las había.

Y había muchas peores. Como las pendientes. ¿Pero qué demonios? Aquella pendiente debía tener unos 69 grados de inclinación. Ni siquiera estaba seguro de que eso pudiera subirse sin tener que ir a gatas o llevar material de escalada. ¿Y bajarla? El más mínimo error y la bajabas rodando. Porque tampoco es que fuera corta. Después de todo el colegio estaba en la cima de una montaña, no muy alta, pero seguía siendo una montaña. Eso sí, las vistas eran increíbles. Todo lo que podían cubrir mis ojos estaba conquistado por bosque menos al pie de la montaña donde había un pequeño pueblo. Pequeño dependiendo con qué lo comparases claro.

Puesto ninguno de los dos dijo nada supuse que no debía ser tan malo como parecía. Mentira. Entonces el silencio me pareció bueno porque podía centrarme en no tropezar, y a la vez malo porque en lo único que pensaba era que todo sería más fácil si bajase haciendo la croqueta. Solo tenía que tumbarme y dejar que la gravedad me guiase. Era tan simple.

— ¿Se te han acabado las preguntas? —dijo Tommas.

— Pensaba que querías que te dejase en paz un rato.

— Si te miraras a un espejo verías que necesitas urgentemente que alguien te distraiga. Daniel, el de los actos suicidas.

— ¡No estaba pensado en nada suicida! Mi salud no correría un gran riesgo si lo hiciera.

— Venga, pregunta.

— ¿Hay más animales mágicos aprendiendo aquí?

— ¿Qué? No. Ningún animal mágico estudia aquí. Ellos ya saben todo lo que se necesita para sobrevivir por eso ayudan a algunos alumnos.

— ¿Y dónde puedes encontrar a uno?

— Tienen su propio mundo, pero puedes encontrarlos en cualquier lugar. Y si consigues hacerte amigo de uno de ellos, podéis llegar a convertirlos en compañeros. Pero para que lo entiendas, si los hubiera en tu mundo los roles de dueño-mascota estarían invertidos.

¿Humanos siendo las mascotas de animales? Eso sería muy raro. Tan distinto. ¿Cómo tratarían los animales a las personas? Supongo que habría de todo. Y seguramente haya mundos que son así. Habrá mundos con cualquier cosa que se pueda imaginar.

— Vale, otro asunto. El Traductor, ¿qué es exactamente, como funciona, quienes lo tienen? O no. Mejor dime solo lo que sea necesario, no estoy seguro de cuánta información más voy a poder asimilar hoy. No, espera. No nos engañemos, di todo lo que sepas.

— Bueno, es un traductor, no creo que haga falta que te explique eso. Cualquier ser que no sea un alumno puede usarlo siempre que quiera. A nosotros nos lo quitan al llegar a tercer curso. Así que ya puedes ir empezando a aprender idiomas lo antes posible. Cuando quieras apagarlo solo tienes que pensar en que se apague, lo mismo para encenderlo otra vez.

Eso de que se apague con solo pensarlo no me gusta mucho. A mi mente siempre le gusta hacer lo que no debe. Sobre todo cuando me dicen que ni piense en algo, eso solo consigue que piense en ese algo. Ahora que sabía cómo funciona me pasaría todo el día encendiendo y apagando el Traductor sin darme cuenta.

Cuando miré a Tommas estaba diciéndome algo, algo que no entendí en lo más mínimo. Seguí mirándolo fijamente a ver si así captaba algo pero no, habría sacado más escuchando aullar a un perro. A lo mejor me estaba tomando el pelo.

— Que enciendas el Traductor, Daniel. — dijo Robyn.

Lo había apagado. No había tardado ni diez segundos. Si Robyn no llega a estar allí podría haber seguido horas y horas con el Traductor apagado sin darme cuenta. No sé, a veces en mi mundo tampoco entendía a la gente y no era precisamente porque no hablásemos el mismo idioma.

— ¿Qué decías? — le dije a Tommas.

— Que no hagas eso. Si solo tiene el traductor el receptor la traducción tarda en llegar, no es instantáneo. Si quieres practicar con eso ya tendrás suficiente cuando viajes a otros mundos. Donde te recuerdo que aunque tu entiendas a la gente ellos no te entenderán a ti.

— Perdón. Pero es demasiado fácil que se apague sin querer. — ahí tuve que volver a encenderlo.

— ¡Paparruchas! — ¿Tom acababa de decir paparruchas? — Es cuestión de acostumbrarse, como todo. Además, que se apague con el pensamiento es útil, te ayudará a aprender a controlar lo que piensas. Y una mente ejercitada puede sacarte de muchas situaciones problemáticas.

— Lo que a ti podría resultarte muy útil — intervino Robyn.

— Lo dices como si nos metiésemos en tantos líos.

— ¿En serio? ¿Has visto dónde estamos?

— Cierto — contesté riéndome — ¿Y cómo funciona?

— Cuando me lo explicaron lo entendí sin problemas pero no sé si sabría explicártelo a ti. — contestó Tom.

— Eso es que no sabe — aclaró Robyn.

— ¡No es verdad! — replicó Tommas.

— Si no eres capaz de explicar algo de manera que otro pueda entenderlo, eso quiere decir que tú no lo has entendido lo suficientemente bien. — lo cortó ella — Y no me vengas con que no se te da bien explicarte porque cuando sabes sobre el tema lo haces muy bien.

— Entonces... — intenté cambiar de tema — ¿Entonces todos los habitantes de otros mundos saben... cosas sobre el nuestro?

— No, escucha lo de los mundos es un tema muy complejo. Hay mundos en los que se conoce la existencia de otros mundos, hay mundos que no saben nada sobre eso, hay mundos en los que no se puede entrar si no es desde el tuyo, hay infinitos mundos y pocos se rigen por las mismas reglas. Si la magia no existe en uno de ellos aunque un ser mágico viaje a él no podrá utilizar sus poderes, otras veces puede ser que no haya magia pero el hecho de que entre alguien con ella permite su existencia. Cuando empieces a "viajar" lo entenderás mejor. Es algo que debes sentir, no

dejar que te lo cuenten.

Ya lo entenderé, ya lo entenderé. Si esa iba a ser la respuesta para todo no sé cuándo podría entender algo de verdad.

— ¿Cuánto tiempo llevas aquí? Parece que sabes mucho sobre todo esto.

— Tres meses. Pero la mayoría de lo que aprendí sobre los mundos es por mi hermana. Ella sabe “viajar” así que me llevó a muchos lugares antes de que me admitieran aquí.

— Vale, ¿y por qué estabais vosotros dos juntos en la enfermería?

— Cuando yo me desperté, — contestó Robyn — Tommas estaba visitando a sus compañeros de equipo. Y desde entonces no se ha separado de mí.

— Le enseñé todo lo que tenía que saber sobre este lugar. — intervino él
— Y ahora que tú también estás despierto, formaremos un equipo.

— En ningún momento dije que fuera a aceptar. — replicó Robyn.

— A menos que Daniel lo haga... pero está claro que tú sí que quieres, ¡a que sí! — Tommas me miraba de una manera muy rara cuando dijo eso.

— ¿Equipo para qué?

— Misiones, viajar entre los mundos, ganar dinero, puntos, objetos súper poderosos...

— ¿Y qué pasa con tus compañeros?

— Mis compañeros se han ido y no volverán. — su tono y expresión cambiaron completamente al decir eso. ¿Qué habría pasado con sus compañeros? Bueno, tampoco era algo que a mi debiera importarme.

Lo único que me importaba en ese momento era que por fin habíamos llegado al final de la cuesta. En serio, no quería ni imaginarme como sería tener que subirla. A ver, el deporte se me daba bien y era muy rápido, pero no tenía nada de resistencia. Supongo que mientras no tuviera que subirla corriendo todo estaría bien, al margen del vértigo.

— ¿Y bien? — dijo Tom — ¿somos un equipo?

— Hmm. Por mi parte ya lo discutiremos.

Una sonrisa enorme cubrió la cara de Tommas.

— Eso es un sí. — contestó él.

Y llegamos al pueblo. Un camino de adoquines se extendía por la calle guiándonos hasta una plaza central. Estaba más transitado de lo que podría haber pensado. Todos los... seres que circulaban por allí encajaban a la perfección en aquel lugar. No había nada de extraño en que casi la mitad de ellos no fueran humanos. Era como si todos los seres de cuento se hubieran reunido allí y ya no podían fascinarte más que la primera vez que compartieron su mundo contigo.

No los conocía de nada, pero la sensación de familiaridad estaba ahí y verlos no era más raro que ver a un humano por la calle. Lo que no quitaba que de vez en cuando me quedara mirando fijamente a alguno de aquellos seres, a veces también lo hacía con las personas. ¡Ay, madre! ¿Eso era un Deinonychus? Nada como un dinosaurio para sacarle una sonrisa a un niño. ¡Mejor día de la historia!

Dejando los dinosaurios a un lado, las casas me parecían todas prácticamente iguales, algunas de madera, otras de piedra, unas con ventanas más grandes, otras con balcón, pero lo que todas tenían en común es la sensación que producían de llevar allí mucho más tiempo del que la mente de un niño de diez puede verdaderamente concebir. El único detalle que llamaba la atención eran sus puertas, la mayoría eran de un tamaño normal, sin embargo otras eran notablemente más grandes o más pequeñas.

Lo bueno es que parecía no haber vehículos así que se podía jugar en cualquier sitio sin miedo a que te pasase un coche por encima o te pinchase la pelota, o atropellase a tu mascota. Malditos sean los gatos y su manía de meterse debajo de las ruedas.

— ¿Sabes? — empezó Tom — Para construir estas casas se basaron en un poblado humano de hace más de tres mil años. Parecen casas normales, pero por dentro no son nada de lo que aparentan. Ni siquiera el tamaño es el mismo. Pueden ser un palacio, una cueva, un iglú, un lago, cualquier cosa que se pueda considerar un hogar. La apariencia de la casa solo fue un capricho del que creó todo esto. De Benjamin.

— ¿Cómo va a haber un lago dentro de una casa?

— Porque no son verdaderas casas, sino portales a micromundos. — Bueno, cosas más inexplicables he visto y veré por aquí — ¿Quieres una manzana?

— ¿De dónde la has sacado? — le pregunté sorprendido.

— De mi bolsillo — ¿De qué estaba hablando? Si llevara alguna manzana en el bolsillo se le habría notado. Mi cara debía estar representado mis

pensamientos por al momento me los aclaró — ¡Oh! Es un bolsillo dimensional. Los dos — dijo señalando los dos rectángulos marrones de su camisa — Similar a los de las casas que te acabo de decir — metió el brazo hasta el hombro en uno de los bolsillos — ¿Ves?

— Vaya...

— ¿Quieres una manzana o no?

— No. No tengo hambre, que raro... — debería llevar tres días sin comer, ¿o no? ¿Y el baño? Bueno, de eso sí que tenía ganas, aunque no tantas como debería.

— Que va, es normal. Robyn ha gastado...

— ¡Cállate! — lo interrumpió ella — No pasa nada, dejémoslo, ¿vale? No vamos a hablar de eso nunca, jamás.

Por supuesto, no lo hicimos y Tommas se comió su manzana. En la plaza había siete intersecciones contando en la que estábamos nosotros y en el centro una estatua de un búho en un enorme pedestal. ¿A quién no le gustan los búhos? Fantasmas de día, cazadores de noche.

— La calle de las tiendas es la tercera intersección por la izquierda — dijo Tommas. — Nosotros vamos al Emporio de los Cilanti.

— ¿Cilanti?

— Es el nombre de su especie, son los grandes tejedores de los mundos.

Iba a tener que abandonar el concepto de normal de una vez por todas. Sí, en las tiendas había cosas que conocía y otras que no se me habría pasado por la cabeza que fuesen ¿fruta? ¡Había una escoba en una tienda de armas!

Nos detuvimos delante de una con un discreto letrero que supongo que ya entendería cuando llegara el momento. El escaparate estaba ocupado por una enorme telaraña en la que estaban atrapadas camisas para seres con número variable de brazos, pantalones y también para aquellos que tuviesen cola, gorros de lana para cabezas con y sin cuernos... Y Robyn y Tommas estaban lanzándose miradas un tanto sospechosas.

— Escucha, antes de entrar... el director nos dio algo — dijo Robyn sacándose una hoja de papel doblada en tres del bolsillo del pantalón, no estaba arrugada, eso me sorprendió — Es la llave de un portal a nuestro mundo. Funcionará hasta mañana a medianoche. Si

quieres volver, yo iré contigo y sino...

— ¿Tú quieres volver? — le pregunté

Cogí la hoja. Solo tenía dibujado lo que parecía a uno de esos sellos mágicos de los libros de fantasía. Un círculo con garabatos sobre él y en el centro algo así como la armadura de un ángel con una espada y una lanza cruzadas sobre ella.

— Quedarme aquí si tú no estás no tiene ningún sentido. — contestó ella.

— Qué tonterías dices. ¿Desde cuándo haces tú lo mismo que yo? Y en todo caso sería yo el que no podría quedarse si tú te fueras. ¿Tú quieres volver?

— No, por lo menos de momento. ¿Qué harás tú entonces? Todavía tienes tiempo para pensarlo.

— Sabes que quieres quedarte — añadió Tommas.

¿Qué quería hacer? Desde que me desperté, aquel mundo solo me había dado emoción tras emoción. Había tanto que podría aprender y tantas incógnitas que probablemente quedarían sin respuesta si decidía irme. Sin embargo también estaba el asunto del encapuchado, no tenía muy claro qué iba a pasar con eso y quedarse puede que no fuese mucho más seguro que volver. Además, si me quedaba ¿podría averiguar algo de él? Había intentado matarme y encontraría la manera de compensar sus actos.

— ¿Recuerdas aquella vez que usamos una manguera para ver si podíamos derribar a una paloma volando? Nosotros sí que sabemos divertirnos. — le dije a Robyn

— Sí, no rozamos ni a una paloma y empapamos a un montón de señoras que iban por la calle.

Rompí el papel y lo solté al ver que el sello comenzó a brillar cada vez más hasta convertirse en una columna de luz. Poco a poco la luz fue tomando la forma de una puerta sobre la que se formaba una imagen que fue adquiriendo nitidez dejando ver en ella el patio de mi casa. El portal a nuestro mundo estaba abierto.

Capítulo 6

Capítulo 6 – ¡Marchando!

— No tenías ni idea de que eso iba a abrir el portal, ¿verdad? — me preguntó Robyn.

— No.

— Y lo de la manguera no lo decías por volver a casa. —continuó ella.

— Lo decía porque me pareció una experiencia divertida, y en realidad estaba pensado que Susan se convertirá en una valiosa compañera. — entonces recordé una cosa — Por cierto, ¿y las cosas que había en nuestras mochilas?

— Digamos que eso ya es cosa del pasado. — contestó Robyn.

— Mi comida... — Llevaba unas galletas que estaban realmente buenas. ¡Menudo desperdicio! —

— Tranquilo, ya se está cerrando — intervino Tommas — Es un portal, no suelen estar abiertos más de unos segundos.

Tenía razón, la vista de mi mundo disminuía por momentos mientras la imagen se volvía borrosa. Al mismo tiempo la luz se cerraba sobre como si de una puerta se tratase. En unos segundos ya no quedaba más que un mero destello de la escapatoria a aquella locura.

— Venga, entremos. — dijo Tom.

Allí había mucha ropa, demasiada. Aquel lugar tenía el tamaño de de todas las tiendas de ropa juntas de un centro comercial. SI ya era horrible ir de compras cuando las tiendas eran pequeñas...

— Bienvenidos. — dijo una voz harmónica y sedosa que me hizo girar la cabeza hacia donde estaba el mostrador, del cual asomaba una cabeza de diablillo. ¿El dependiente era un gremlin? Algo bueno tenía que tener aquella tienda.

— Vamos, la sección de humanoides está por aquí. — nos indicó Tommas.

Había tanta variedad que no sabía dónde mirar, así que miré a Robyn. A ella tampoco le gustaba nada ir de compras. Ella me devolvió la mirada y

sonrió. Si iba a pasar el resto del año en otro me alegraba de que fuera con ella, también me habrían valido David o Eva. No me gustaban los lugares que no conocía y menos cuando todos se sienten tan cómodos menos yo. Quiero decir, explorar lugares nuevos es genial, pero solo cuando soy yo el que marca el ritmo y la dirección, porque sé adónde voy y lo que estoy haciendo.

Volviendo a la tienda de ropa.

— Bueno, por lo menos no hay que llevar uniforme. — dije.

— Es justo por eso por lo que al entrar aquí te dejan comprar un conjunto. Si todos vistiésemos igual sería imposible para algunos distinguir a unos de otros. — respondió Tommas.

— Exageras.

— Claro que no. Al principio ya de por sí resulta difícil acordarse de las caras de todos, ni te imaginas como es hacerlo con seres de otras especies. O sí. Imagina que cogemos cinco cuervos, les ponemos un nombre a cada uno y luego los soltamos. Si luego te presentase a uno de ellos, ¿serías capaz de decirme cuál es su nombre?

— Si tuviera el tiempo suficiente para ver algo que los diferencie entre ellos sí.

— De eso se trata, a pesar de que son tan diferentes entre ellos como tú y yo, tú necesitas tiempo y verlos varias veces para poder distinguirlos.

— Y no sería más fácil usar una plaquita con tu nombre.

— Creo que es mucho más fácil distinguir a una persona por la ropa que lleva que por una plaquita que solo se vería estando a dos metros de distancia.

Y el nombre en la espalda tampoco sería muy útil. Ni procedería tener tu nombre escrito por toda la ropa. Aunque vestir siempre igual... Vale, reconozco que era una buena idea.

— Espera, tengo que llevar la misma ropa todo el año?

— No, solo hasta que tengas dinero para comprar ropa nueva. Aunque con lo cara que es no creo que el primer año consigas lo suficiente hacerlo. Lo cual le da tiempo al resto de los alumnos a aprender a reconocerte.

— ¿Por qué iba a ser tan caro un pedazo de tela?

— Es ropa especial. No se mancha, es muy resistente y si se rompe se regenera a costa de un poco de tu energía, no más de la que utilizas para tomar una bocanada de aire.

Ropa inmortal que te sorbe la energía. A lo mejor también que la había que en lugar de hacer eso te chupaba la sangre.

— ¿Hay ropa que te chupe la sangre?

— No lo sé — contestó Tom.

— Sí que la hay — intervino Robyn. Tommas la miró — Te dije que había ido a la biblioteca.

— ¿Y tiene poderes vampíricos? — continué preguntando.

— Digamos que tiene poderes. — contestó ella tras pensarlo un rato.

— ¡La quiero!

— No. Es peligrosa. Tiene vida propia — ¿Vida propia? Ahora la quería más que nunca.

— Imagínatelo. Ropa de mi propia sangre. Jamás se habrá visto una relación tan estrecha entre humano y tejido.

— Que no, no tienes dinero. Fin de la discusión.

De momento. Conseguiría ese dinero y tendría esa ropa vampírica fuera como fuese. Solo tenía que ser paciente. La paciencia siempre traía recompensa, como en la venganza.

— ¿Y si no quiero ir vestido siempre igual y compro ropa normal?

— La ropa normal no resiste nada aquí. — contestó Tom — Si quieres arriesgarte a quedarte desnudo en cualquier momento, yo no voy a objetar nada. Eso es tirar el dinero, avisado quedas.

— No puede durar tan poco. Mírame, me he caído montaña abajo y apenas está rota.

— Aquí hay muchos seres que controlan el fuego. Hazme caso, si llevas ropa normal vas a acabar ardiendo, ya sea sin querer o a propósito. Además aún no tenemos claro cuál es tu habilidad. Imagínate que sea transformarte en algo más grande. Estas prendas se adaptarían a ti, tu

ropa te dejaría desnudo. — Tommas se detuvo.

— ¿Y si no quiero llevar nada?

— ¡Daniel, elige lo que quieres ponerte y deja de replicar a todo! — dijo Robyn exasperada.

Vaya, ya habíamos llegado a la zona de humanos. ¿Por qué no podía ir desnudo si quería? ¿Y cómo se supone que iba a elegir entre tanta cosa?

— No entiendo que tiene de malo mi ropa, vale que está un poco rota pero no es para tanto. Lo único que habría que hacer es limpiarla cuando se manchara. ¿Para qué complicarse? Tendré cuidado, no se romperá, quemará, explotará, lo que sea.

— No, y no hay más que hablar. — zanjó ella el tema.

— ¿Puedo elegir lo que yo quiera?

— Claro. — contestó Tommas.

— ¿Cualquier cosa?

— Sí.

Mis padres siempre me compraban ropa como la que llevaban todos, aunque no me gustase. Solo por el hecho de que era lo que estaba de moda y si no lo estaba eso convertía cualquier prenda de vestir en fea. Lo gracioso llegaba cuando un año más tarde eso a lo que llamaban feo se volvía de lo más fabuloso por ser la nueva moda. De lo que no se daban cuenta era que la mayoría de las veces esa nueva moda comenzaba cuando alguien decidía vestir diferente, entonces todos comenzaban a imitarle y ese alguien se convertía en uno más.

¿Pero qué tenía de malo querer no ir a la moda? No por llevar la contraria como hacían algunos, sino por llevar solo lo que te gustase. ¿Por qué hay que vestir, hablar y pensar como si todos fuésemos la misma persona?

Vale, necesitaba unos pantalones, una camisa, zapatos, calcetines y algo de abrigo. Oh, y la ropa interior.

— Bueno, esperadme por allí - dije indicándoles lo más lejos que podía señalar — no quiero que me juzguéis mientras elijo la ropa.

— Daniel, por favor, no te descontroles mucho. — dijo Robyn.

— Tranquila, sé moderarme.

— Si no fuera porque te conozco diría que eso es sarcasmo.

— No lo es. Venga, fuera. — dije empujándolos fuera de mis alrededores.

Así que, no sé cuánto tiempo más tarde porque nunca llevo reloj, reuní lo que iba a ponerme. Ropa interior azul claro, no sabría precisar más la tonalidad, calcetines blancos, zapatillas blancas con la lengüeta y el logotipo negros, unos pantalones cortos blancos con cinturón negro y hebilla dorada y... una camiseta blanca con un Sol dorado dibujado en el pecho como el de Benjamin y el encapuchado, no había podido resistirme. De abrigo escogí un chaleco negro, no quería complicarme más. En invierno aguantaba muy bien el frío y aquel lugar no parecía en absoluto de clima polar, por lo que escogí vestuario de verano.

¿Y ahora qué hacía? ¿Iba a avisar a Robyn? ¡Oh! Cuando iba de compras con mi madre siempre me tenía que probar la ropa. Sí, tal vez debería hacer eso. ¿Pero dónde? No iba a pedirle ayuda a alguien, eso estaba claro.

Algún día aprenderé a dejar de ser tan cabezota, encontrar los probadores me llevó mucho más tiempo del que había pensado. ¿Tenían que estar en el fondo de la tienda? En un tienda que era como un campo de fútbol. Cómo me iba a reír cuando tuviera que encontrar a Tommas y Robyn.

Una vez quedé en ropa interior me miré al espejo, no tenía ninguna marca o cicatriz por el cuerpo. Ni de la caída, ni del sueño. Tal vez la regeneración más rápida de lo habitual fuera una de mis habilidades, hecho que explicaría muchas cosas si me ponía a pensarlo. No estaba mal, me habría gustado algo más impresionante pero era mejor que nada, y si a eso le sumaba respirar bajo el agua, lo cual debía asegurarme de que fuera cierto y no solo una coincidencia, entonces no era tan inútil.

La ropa era de mi talla (¡Bien! Había acertado a la primera), optar por el blanco y negro había sido una buena elección y tal vez la camiseta no fuera la mejor combinación para el chaleco pero la elección ya estaba hecha y quería irme.

Al final fueron ellos los que me encontraron a mí.

— ¿Ya estás? — preguntó Robyn.

— Sí.

— ¿Te la has probado para ver si te sirve?

— Sí.

—¿Estás seguro de que vas a ponerte eso?

— Sí — contesté exasperado.

Fuimos al mostrador para "pagar" y resultó que las sorpresas del día aun no habían terminado. El dependiente no era un gremlin, era una araña gigante con cabeza de gremlin. No es que le tuviera un gran pánico a las arañas, lo que pasaba es que ocho patas, cada una del tamaño de un humano, intimidaban un poco, sobre todo cuando al ser al que estaban unidas no era precisamente un cachorrito. Aunque, pensándolo bien, un cachorrito con esas patas seguiría siendo un tanto perturbador.

Y... estaba juzgando al dependiente por su aspecto, olvidando la preciosa voz que tenía. Era una voz encantadora de verdad. Pero no podía dejar de mirarlo. Menos mal que Robyn se encargó de todo. Le dio el "permiso de vestuario", se dieron las gracias y nos despedimos. Bueno, yo no, yo aun seguía mirándolo en silencio. Menudo maleducado. Aunque yo nunca hablaba con desconocidos, por lo que tampoco es que fuese algo fuera de lo común.

— Ya estás preparado para aprender en nuestro colegio. —
aclamó Tommas.

— ¿No necesito libros?

— No... si atiendes en clase, bien y si no tienes que apañártelas como puedas. Para eso utilizamos la biblioteca. Otra cosa es que consigas encontrar el libro que necesitas. ¡Ahora vamos a los dormitorios! — dijo señalando la montaña sobre la que estaba el colegio — ¡Adelante!

Resulta que los dormitorio estaban al otro lado de la montaña, al cual parecía que le hubiesen dado un mordisco, un mordisco enorme. Aunque si lo mirabas con un poco de imaginación, la montaña era como un perro sentado, el colegio estaba sobre la cabeza y el dormitorio era como el juguete que deja a sus pies para que se lo lancen. Me sorprendía que aún no se le hubiese caído la cabeza. ¿A quién se le ocurría poner una escuela en un lugar con semejante riesgo de derrumbe y un dormitorio justo debajo? Fuera quién fuese se aseguró de que todos pudiesen vivir una vida continua al límite, esa persona era un genio.

— ¿Qué es eso? — dije señalando a la cúpula de piedra que estaba pegada

a la parte de abajo de la cabeza del perro.

— La biblioteca — contestó Robyn.

— ¿Está boca abajo o es así?

— Boca abajo, dentro la gravedad está invertida. Zorionak, el que la diseñó, tenía sangre de murciélago y le gustó la idea de que estuviera así. Se dice que en una situación extrema de peligro la biblioteca se puede transformar en murciélago y volar a un lugar seguro. — continuó Robyn — Si lo piensas está muy bien, no te imaginas la cantidad de información que se tiene allí recogida.

— ¿Y si falla la gravedad?

— Primero caes, chocas contra el techo y si no hay ninguna ventana abierta, no habrá problema. De lo contrario puedes acabar aterrizando por esta zona de aquí — dijo indicando esa zona de ahí — Los cristales no se van a romper porque te des contra ellos, están hechos de algilamida que puede absorber una cantidad muy grande de fuerza.

Claro, algilamida... El dormitorio estaba en una pequeña península rodeada por un ensanchamiento del río. Que si seguías con el símil del perro sería como un charco de babas.

Por fuera era como un hotel rural, hecho de piedra y madera, solo que este tenía una enorme cristalera en la planta baja a través de la que se podía ver lo que parecía ser el comedor. El comedor, con lo especial que era yo para la comida cómo iba a sobrevivir allí. Bueno, ya se me ocurriría algo cuando llegase el momento.

En la entrada dos estatuas de serpientes gigantes daban la bienvenida, literalmente.

— Bienvenidos jóvenes aprendices, nos alegra veros de vuelta.

— Por favor, no generalices, cuanto más pequeños más ruidosos.

— ¿Es el nuevo el de la izquierda? ¿No ves? No son nada escandalosos.

— Míralo, su esencia apesta. Salvaje, ese es su pelaje.

— Menos mal que no sois rencorosos, no sabe controlar su lenguaje.

— ¡Oh!, pero seguro que sois sabrosos, con vosotros quedaré

repleto.

— Ignorad a este personaje, no sabe ser muy discreto.

— Ya estoy harto de tanto mensaje, hasta que nos volvamos a ver.

— No os olvidéis de la habitación, la del mono es la ciento tres.

¿Me acababa de llamar mono? Así pues, mi habitación era la ciento tres. Y allí de camino fuimos hasta que nos vimos interrumpidos. Iba vestido de guerrero griego, con escudo en el brazo y lanza en la espalda. Un chico no muy alto, con la cabeza cubierta por un casco.

— Lavro. Me sorprende ver a un hijo de Ávinor, ¿por qué te has teñido el pelo? — dijo el chico.

¿Con quién estaba hablando? Miré a los lados, al techo, al suelo y a Robyn, que estaba mirando al desconocido. No había nadie además de nosotros.

— ¿Te ha devorado la lengua un vargall? ¿O fueron las Cazadoras? — repitió el chico.

Robyn me dio un codazo. ¿Acaso me estaba hablando a mí? No podía ser, yo a ese no lo conocía de nada y no entendía la mitad de lo que decía.

— ¿Me lo dices a mi? — me atreví a decir.

— ¿A quién sino, Lavro?

Capítulo 7

Capítulo 7 – Hay que romper la rutina

¿Lavro? ¿De qué estaba hablando?

— Yo no me llamo Lavro. Este es mi color natural y ninguno de mis padres se llama... eso. — contesté. No recordaba que nombre había dicho.

— Ávinor — aclaró el chico.

— ¿Solan? — intervino Tommas. El chico asintió. — Es imposible que conozcas a Daniel y mucho menos que sea de tu mundo. Él pertenece al Maul.

— Se refiere a nuestro mundo — me susurró Robyn.

— Estoy seguro de lo que veo — contestó Solan dando un paso hacia delante. Llevaba un parche en el ojo derecho. Entonces me miró — A mi madre le sigue interesando que te conviertas en su Campeón, deberías dejar de huir y de subestimar su poder.

— ¿Quién es tu madre? — pregunté.

— Kalisba, diosa del amor y la belleza.

Aquella conversación me estaba superando. Tommas intentaba aguantarse la risa y yo estaba demasiado confuso para que me hiciera gracia, me había equivocado, no era griego.

—¿Y Ávinor?

— ¡Solan! — gritó una voz — ¡Tenemos que irnos!

— Es la diosa de la guerra y la estrategia — respondió apresurado — Sé que eres tú, así que deja de jugar y piensa en la oferta.

El chico empezó a correr cuando en el fondo del pasillo aparecieron dos personas. Bueno, más bien una, una chica, porque la otra era o un panda rojo o un peluche con vida. Allí ya me creía que todo era posible.

— ¡Vamos! — lo apuró la voz de antes, era la de la chica.

Así que se llamaba Solan, y decía que yo era Lavro. Me quedé pensando en sus palabras... Hijo de Ávinor y Campeón de Kalisba. ¿Qué se supone que significaba eso? ¿Qué iría a la guerra vestido con una túnica de seda y un collar de flores? O... que iría repartiendo amor con una armadura y a golpe de espada. Aunque él iba vestido de guerrero. Tal vez la diosa del amor no fuera lo que me estaba imaginando.

— No te preocupes, — dijo Tommas — probablemente sea que alguien de su mundo se parece a ti. No es raro que haya seres iguales en varios mundos.

Vaya, no se me había ocurrido, probablemente fuera eso... ¿o no?

Continuamos de camino a la que iba a ser mi habitación. Estaba en la tercera planta, allí no había teletransportadores, ascensores o cualquier otro invento que se le pudiese ocurrir a alguien para ir de un piso a otro, solo escaleras.

Llegamos a la ciento tres. A la izquierda de cada puerta había un placa y aquella no era un excepción. El resto del curso iba a vivir allí. Una habitación solo para mi, sin padres, sin normas ni orden establecido. Iba a ser legendario. Luego la realidad sería que me pasaría la mayor parte del tiempo sentado, tranquilo y leyendo un libro o dibujando.

Esto es la cerradura. — dijo Tommas señalando a la placa — Tienes que colocar sobre ella lo que quieras que se convierta en la llave, puede ser cualquier cosa aunque yo te recomiendo la mano por eso de que es más difícil que se pierda. También tiene reconocimiento de voz.

«Venga, para configurar la cerradura coloca la llave sobre la placa, si tu nombre y el número de habitación.»

Puse la mano izquierda e hice lo que me dijo. Una luz horizontal recorrió la placa de arriba a abajo y luego de vuelta, brilló por completo unos instantes y entonces sonó un clic en la puerta. ¿Así de simple?

Abrí la puerta. Dentro había un habitación como otra cualquiera, con un armario y una cama a la derecha, un escritorio debajo de la ventana, estanterías vacías por todas partes y justo a mi izquierda otra puerta abierta que llevaba al baño. Pero en ese lugar había una cosa a destacar: el caballito balancín de madera que estaba en el medio de la habitación. Era igual al que había en el salón de mi casa, lo suficientemente grande como para que no me pudiera montar en el de verdad hasta los seis años. Antes si quiera de pensarlo ya estaba columpiándome en el caballito. ¡Me encantaba esa habitación!

—¿Cómo es que nadie se adueña de las habitaciones libres? — pregunté.

— Porque la última vez que alguien lo hizo, Hem, la serpiente malhumorada de la entrada, se lo comió. Estuvo dentro de ella 41 años hasta que lo dejó salir. — contestó Tommas.

— ¿Eso cuándo fue?

— No lo sé, ¿hace varios siglos tal vez?

— Es mucho tiempo, ¿seguro que no es una leyenda?

— Sí, hay un documento firmado por esa persona, un humano, en el que deja constancia de lo que pasó.

— ¿Cómo sabes que no es falso?

— ¿Es que tienes que cuestionarlo todo? — asentí — Porque es un pergamino de las profecías, solo la verdad puede quedar impresa en él. Hay una copia en el baño de cada habitación pero si quieres ver el original está dentro del estómago de Hem. Pídele que te lo enseñe, no tiene desperdicio.

«Otra cosa, cada vez que cierras la puerta se bloquea automáticamente para que no entre nadie, estés dentro o fuera. Hay otra cerradura por dentro para cuando quieras salir. Sería ridículo que no la hubiera. »

Ridículo sí que era aquel sistema. Con lo fácil que sería un mundo sin cerraduras... Claro, que estaba el asunto de los ladrones y los asaltantes, y la privacidad...

— ¿Si alguien quiere entrar tengo que levantarme a abrirle la puerta?

— Puedes utilizar el reconocimiento de voz. O en caso de que sea alguien a quien dejarías entrar en cualquier situación puedes añadir una excepción para que pueda abrir la puerta.

— ¿Cómo?

— Ven. — dijo Robyn — Deja la mano sobre el panel cinco segundos.

Primero se escuchó el clic de desbloqueo de la puerta y una vez pasados los cinco segundos la placa resplandeció con una tonalidad amarillenta. Aparté la mano y Robyn puso la suya, luego dijo su nombre y número de habitación. La setenta y tres. Y así es como sin darme cuenta le había dado a Robyn pleno acceso a mi habitación. Bueno, daba igual. Era

Robyn, no había ninguna razón por la cual no la dejaría entrar.

Iba a preguntar cómo se hacía para denegarle el acceso a alguien a quien se lo hubieras dado, pero luego me di cuenta que si tenía ese acceso era por algo y nunca habría justificación suficiente para negárselo. Yo nunca me retractaba, simplemente admitía el error y continuaba con lo mío.

Todas las estanterías estaban vacías menos una en la que había un pequeño objeto. Un anillo negro.

— ¿Y esto? — pregunté.

— Es un simulador de videojuegos. — respondió Robyn — Lo giras a la izquierda para encenderlo y a la derecha para apagarlo.

¿Videojuegos? Nunca los había probado. Lo más cerca que había estado de ellos era cuando mis amigos llevaban la consola al parque, pero yo solo miraba. ¿Cuántas veces me habría arrepentido de no haber aceptado su oferta de jugar? Y ahora por fin podría, un anillo todo para mí.

Me lo puse lo giré hacia la izquierda. La habitación desapareció y con ella Robyn y Tommas. En su lugar apareció un entorno etéreo en el que fueron apareciendo diferentes botones con opciones. Así que debía estar en el "menú" del anillo. Una pena que estuviese escrito en aquel dichoso idioma inventado. Todo muy tridimensional eso sí.

Como no tenía ganas de hacer como que me había llegado la inspiración y entendía lo que ponía, hice lo que había aprendido de mis amigos en los juegos de lucha: pulsar botones, cuantos más y más rápido mejor (siempre teniendo "cuidado" de no romperlo) y desear en mi fuero interno que me saliese un juego de carreras o aventuras.

De repente los botones desaparecieron y el escenario volvió a cambiar. Esta vez tomó la forma de una ciudad en ruinas cuya destrucción parecía muy reciente, aún se podía percibir el olor del fuego y explosiones a lo lejos. Apenas quedaban edificios que un no hubieran sido sustituidos por escombros de lo que una vez fueron.

Un grito agónico resonó en algún lugar a mis espaldas. Me miré, iba vestido de militar y sostenía un arma con las dos manos. Sturmgewehr 44.

¡Juego de guerra! A la mierda la realidad. Veamos, estaba quién sabe dónde, ningún compañero cerca al que preguntar qué hacer, ni idea de adónde ir o quienes eran lo enemigos. La cosa no era perfecta pero peor sería estar desarmado. Tenía que haber algún botón invisible por algún

lugar para poder mirar las misiones.

¡Oh, no! Me atacó una clase de urgencia que no estaba diseñada para ser solucionada en los videojuegos ¡Baño! Tenía que ir al baño. Giré el anillo hacia la derecha, el paisaje se volvió gris y dos botones aparecieron delante. Lo que me faltaba, había opciones para salir. Pulsé el de la derecha y otros botones aparecieron para sustituir a los anteriores. Volví a pulsar el de la derecha. Otra vez aparecieron dos botones, esta vez pulsé el de la izquierda. Igual. "Daniel, piensa." me dije, pero necesitaba ir al baño, era incapaz de centrarme.

Me quité el anillo, lo que hizo que sintiera como si me dieran un golpe seco dentro de la cabeza. La confusión hizo que perdiera el equilibrio y cayera con la mala suerte de hacerlo sobre el lomo del caballito de madera. No satisfecho con aquel golpe, reboté con espalda sobre la base. Parecía que no dolía pero dolía mucho.

Di gracias en mi mente a mis dos amigos por no hacer ningún comentario sobre la caída. Robyn incluso tuvo la gentileza de ayudarme a levantarme. Si hubiera sido al revés no estoy seguro de que no me hubiera reído de ella. A veces pensaba que era mala persona, luego tenía uno de esos momentos de ego superlativo y se me pasaba.

— ¿Ya te has aburrido? Iba a quitártelo yo si no volvías en cinco minutos — dijo ella.

Le habría contestado con amabilidad si no fuera porque la urgencia dominaba mi lengua hacia registros un tanto más bruscos.

— ¡Venga, fuera!

— ¿Qué pasa?

— Voy a cambiarme y quiero hacer el tonto mientras me visto. Ya sabes que es una de esas cosas que me gusta hacer en privado. — dije mientras los echaba de la habitación — No tardaré más de quince minutos.

— ¿Quince minutos para vestirte? — replicó Tommas.

Yo ya estaba cerrando la puerta por lo que ni le hice caso. Y así es como Daniel, el genio de la improvisación, despacha a sus amigos. Tenía que darme prisa, después de todo Robyn podía abrir la puerta y entrar en cualquier momento.

Una vez hube terminado mis asuntos en el baño, durante los cuales aproveché para leer el documento sobre el ladrón de habitaciones, me dispuse a ponerme la ropa nueva. El chaleco era lo mejor, sin duda esa

sería la prenda de vestir que llevaría hasta el fin de mis días. Cuando la gente viera un chaleco bonito pensaría automáticamente en mí. Lo mismo cuando vieran uno muy hortera.

La pregunta era ¿qué hacía con la ropa vieja? Aun podía volver a usarse así que no iba a tirarla. Definitivamente iba a guardarla en el armario, solo tenía que doblarla antes. Había visto a mi madre hacerlo ciento de veces antes, no podía ser tan difícil.

¿Que no podía ser tan difícil? Me río en mi cara. No quería saber cuánto tardé en doblarla de una manera mínimamente aceptable. La escondí en el fondo de uno de los cajones para asegurarme de que veía lo menos posible mi obra de arte. Nota mental: conseguir un esclavo para que me enseñe a doblar la ropa.

Las zapatillas ya eran otro lienzo. No me había dado cuenta hasta ahora pero tenían la suela rota. Tendría que tirarlas... ¿al agujero negro? Al lado del escritorio había una papelera con un agujero negro. ¿Podía existir un agujero negro dentro de una papelera? Tal vez fuera otra cosa. Como un portal a otro mundo, a mundo de basura.

Obviamente no iba a meter la mano ahí dentro, por muy tentador que fuera. Le saqué el cordón a una de las zapatillas y lo utilicé un extremo para atarlo a ella. Así podría utilizar el cordón como si fuera una caña de pescar. Metí la zapatilla dentro de la papelera hasta que fue absorbida por completo y esperé a ver si pasaba algo.

Al poco sentí una sacudida y cómo el peso de la zapatilla desaparecía. Seguro que el nudo se había soltado, después de todo no tenía ninguna confianza en mis habilidades de atador. Cuando una llama salió de la oscuridad y subió por el cordón. Tiré de él para ver mejor qué estaba pasando, lo que me llevó a encontrarme con un cordón chamuscado y ni resto de la zapatilla.

Un portal a un mundo incinerador. Estaba en un lugar dónde hasta la papelera era peligrosa. Me parecía a mí que mis padres no se habían informado muy bien antes de de dejar que me quedara aquí.

Entonces se abrió la puerta y Robyn entró a toda prisa.

— ¡Pensé que te había pasado algo!

— Estoy solo en una habitación, ni siquiera yo puedo desafiar tanto al peligro. — dije mientras tiraba la otra zapatilla a la papelera. "La papelera... Pero había estado muy cerca de hacerlo" pensé. — Te preocupas demasiado.

— Nadie tarda media hora en vestirme

— ¿Tanto? Me había olvidado completamente de vosotros. Aun así, mi madre tarda una hora en arreglarse y nadie le dice nada. Bueno, yo sí. Porque no tiene sentido tardar tanto. — les dije — Perdón por haceros esperar. Podríais haberos ido, yo me las arreglo, hasta he aprendido a usar la papelera. Por cierto, ¿adónde lleva la papelera?

— Ni idea.

— Yo tampoco lo sé. — contestó Tommas.

Vaya... "Notal mental, dejar de hacer preguntas. Si incluso cuando me respondían lo único que conseguía era hacerme más preguntas, mejor será que consulte la biblioteca como hizo Robyn."

— Eso, que yo me las arreglo. — continué.

— ¿Sabes cuándo es la cena? — replicó ella.

— No. Y tú sabes que ni siquiera tengo reloj.

— Tampoco es que lo vayas a necesitar. — intervino Tommas — Cada vez que se abre el comedor suena un cuerno de Gao Son Too.

— Entiendo. ¿Cómo hago para despertarme para ir clase?

— Te las arreglas tu solito, ¿no? — dijo Robyn sonriendo.

— Cuánto rencor... — no pude evitar reírme también.

— Tengo yo un despertador, — indicó ella — ya me encargaré de despertarte.

— ¿De dónde lo has sacado? — pregunté.

— Lo compré.

"¿Con qué dinero?" pensé. Tres días en cama y me despierto en semejante embrollo que es como si mis diez años de vida no hubieran servido para nada. Si es que ya me habían dicho que dormir mucho no era bueno.

— Ahora que ya está todo solucionado te voy a enseñar cómo se entra en la habitación de otra persona. — anunció Tommas.

- ¿No hay castigo para eso?
- No. Maravilloso, ¿verdad? Por eso es mejor estar preparados.
- Yo solo pido que no te caigas — declaró Robyn.

Tanta protección en la puerta para que luego la ventana fuera tan segura como una normal, estando en un lugar en el que la gente tenía poderes. Aunque si no podías volar no era una actividad muy recomendable. Sigo sin saber cómo no me caí, porque el alféizar no es que fuera una campo de fútbol precisamente. De esta experiencia aprendimos que yo nunca intentaría asaltar la habitación de nadie, aunque no me prometía nada.

— ¿Y qué pasaría con una persona con la habilidad de atravesar las paredes? ¿Podría entrar en cualquier habitación? — pregunté.

— Las habitaciones están protegidas contra esa clase de poderes, solo se pueden asaltar de manera manual, por puerta o ventana. Intangibilidad, teletransporte, cambio de plano... esas cosas no sirven para nada. Lecu tuvo bastantes problemas los primeros días porque estaba acostumbrado a ir de un lugar a otro atravesando las paredes.

— Lecu, es un fantasma. Está en nuestra clase — aclaró Robyn.

Un fantasma. Eso me recordaba a aquel libro en el que el protagonista aprendía una nueva técnica de proyección astral para espiar el campamento enemigo y un semidiós aprovechó para robarle el cuerpo. Todo porque el pobre incauto no sabía que tenía que crear un sello de Cinco Errores para que esas cosas no pasasen. Experimentar estaba bien, pero nunca viene mal informarse antes de hacerlo.

— ¿Cómo se hace un sello de Cinco Errores?

— ¿A qué viene eso? ¿De dónde lo has sacado? — preguntó Tommas.

— De un libro.

— A veces hace cambios de tema aleatorios, acabarás acostumbrándote — intervino Robyn dirigiéndose a Tom.

— Pues no tengo la menor idea de qué es ese sello, no soy de los que hacen ese tipo de cosas.

— Pero aquí hay gente que sí, ¿no?

Tommas asintió. "¡Magos de verdad! Con el poder de invocar cosas. Necesitaba uno de esos iya! Y con el tiempo podría reunir un ejército de

magos que hicieran lo que yo les pidiese ¡y el mundo al fin sería mío! Con muchas explosiones y fuegos de colores" pensé.

— Daniel, ¿estás pensando maldades otra vez? — Robyn, tan perspicaz como siempre.

— ¿Yo? ¡Qué va! — ya estaba otra vez con las miraditas, tenía que cambiar de tema — Oye, ¿Qué son esas cintas que lleváis?

— Es para clasificar nuestros poderes. — contestó Tommas — es útil porque en función del mundo al que viajes unos poderes funcionarán y otros no. Hay tres... cuatro tipos. ¿Quieres la explicación larga o la corta?

— ¿La mediana?

— Vale. Primero, y más importante, están los Elementales. Nosotros. — dijo señalándose a él y a Robyn — Nuestros poderes provienen de la magia que hay en nuestro interior. Podemos crear, transformar y destruir la materia. Te estarás preguntando, ¿por qué nos llamamos Elementales?

— No.

— ¿Qué?

— Que no es eso lo que me estoy preguntando.

— ¿No te dijo Robyn que no interrumpieras?

— Pensaba que eso solo era válido en la enfermería.

— ¿Quieres saberlo o no? — Tom estaba empezando a elevar el tono. Yo asentí. — A los siete generales nominados de Benjamin se los conocía como los Elementales. Se dice que cuando la Creadora nació, dio siete pasos, y a cada paso creó un elemento a partir del cual crecerían los seres que la ayudarían en cualquiera de sus vidas que los necesitase. Los Elementales eran magia pura, de ahí nuestro nombre.

«Luego están los Mutantes. Tienen la ventaja de que sus habilidades funcionan en todos los mundos. Dependen de sus alteraciones genéticas, no como nosotros que dependemos de que exista la magia.

«Los Kensak'an pueden dominar su energía vital para hacer casi cualquier cosa, producir fuego, volar, supervelocidad... Es como un Elemental pero peor porque si se pasan utilizando sus poderes y se quedan sin energía, mueren. Ya sabes, es la energía que utilizamos para movernos, pensar, respirar. Sería porquería si no fuera por su resistencia a la magia. Un ataque que sería mortal para cualquiera a ellos solo les

sienta como un puñetazo en el estómago.

«Y por último, los Malditos.

— ¿No se llaman Metamorfos? — lo interrumpió Robyn.

— ¿De dónde has sacado eso?

— De un libro sobre la creación del colegio.

— Pues ahora que lo dices ese nombre tiene más sentido. Los Malditos son los que pueden cambiar de forma. La mayoría lo hacen gracias a un hechizo o una maldición, algunos hicieron pactos con dioses, otros con demonios, esas cosas. Malditos inspira más respeto que Metamorfos, si lo piensas es normal que se cambiaran el nombre.

— Espera, ¿y un Mutante con la habilidad de cambiar de forma? ¿Sería un Mutante o un Maldito? — pregunté.

— Un Mutante. Los Malditos deben sus poderes a algo externo a ellos mismos. Por ejemplo, un hombre lobo se debe a una maldición mágica.

— Entiendo. — e intentando parecer lo más sereno posible les pregunté — ¿Cuales son vuestros poderes?

— ¡Yo soy un Elemental de tierra! — exclamó Tommas creando y desintegrando una piedra de la nada. Era un piedra del tamaño de un puño, ¡pero había hecho magia! Y estaba muy emocionado, por dentro, por fuera yo sí que debía parecer una piedra. — Soy bastante bueno para mi edad, mi hermana...

— Si vas a ponerte a fardar déjalo para luego que va a ser hora de cenar — intervino Robyn. ¿Cenar? Ni siquiera me había dado cuenta de que ya estaba oscureciendo. — Yo puedo volar y hoy por la mañana emití un fogonazo de luz, así que no tengo muy claro en qué consisten mis poderes aún.

— ¿Desde cuándo sabes que puedes volar? ¿Y cuánto voy a tardar en descubrir mis poderes? Bueno, ya sé que tengo resistencia y puedo respirar en el agua. ¿No hay con el poderes de saber qué poderes tienen otros? ¡Tengo muchas preguntas! — "Y se me iban a olvidar todas." Pensé.

Y así fue. Porque entonces sonó un grito muy parecido al de un gallo, solo que más grave y mucho más potente. Me imaginé a un gallo mutante gigante eructando. Viviendo en un corral con gallinas-hidra, cada una con siete cabezas y cada cabeza escupía una sustancia distinta. Pondrían

huevos esféricos, resistentes a la lava y con pinchos retractiles y...

Debía tener una cara muy rara porque Robyn se acercó rápidamente para tranquilizarme. Ya debería saber que noventa y nueve de cada cien veces mis expresiones faciales no se correspondían con la estándar a la emoción que estaba sintiendo.

— Solo era el cuerno de Gao Son Too. Vamos a cenar, ya seguiremos informándote.

Una cosa más he de decir, y es que después de aquella tarde mágica, no estaba preparado para lo que me iba a encontrar en el comedor.

Capítulo 8

Capítulo 8 – Cambio de clase

Nunca estaba preparado para esa clase de situaciones. Gente, mucha gente. La mayoría humanos, o parecido. Cada mesa era de doce personas. Sólo esperaba que nadie me hablase.

Las paredes eran un enorme ventanal a través del cual se veía el río y el bosque justo detrás. Me preguntaba qué clase de seres podría haber ocultos entre aquellos árboles y lo genial que sería explorar la zona. Lejos del ruido y de las personas... hacía las que Tommas nos guiaba. En algún lugar en lo más profundo de mi interior había confiado en que hubiese una mesa donde pudiésemos sentarnos solo nosotros tres. Por lo menos aquel día, que era mi primera día.

No tenía muy claro si había alguna distribución en especial para sentarse, solo que la mayoría de los que no tenían forma humana se sentaba en esa esquina de la derecha con las sillas y las mesas adaptadas. Bueno, no necesitaban silla, ni mesa, ni suelo.

Y allí estábamos, Robyn, Tommas y yo completando una mesa con seis desconocidos. Más Susan, Jamie y Cayo que estaban en la otra esquina. Robyn tuvo la amabilidad de sentarse a mi lado mientras que Tom quedó en frente.

Entonces apareció algo así como una pantalla delante de cada uno. "Tanto confiar en la tecnología para todo y tienen dos serpientes de guardianas". Por supuesto, cuando apareció el texto no tenía ni la más remota idea de lo que pretendía comunicar. Ni comer tranquilo se podía sin que te soltaran esos dichosos simbolitos.

— Esto es el menú. Está predeterminado en el de humanos, aunque puedes cambiar si quieres. — dijo Tommas. — Puedes elegir un primer plato, segundo y postre. En el desayuno comes cualquier cosa que quieras y las veces que quieras, es lo mejor que hay.

¿Era tan difícil poner una foto de la comida? Sería más simple para todos. No solo por el hecho de entender o no lo que ponía.

— ¿Hay vaso de leche con galletas? — pregunté.

— Eso es un desayuno. — contestó él.

"Porque tú lo digas" pensé. Nadie había establecido normas sobre lo que se podía o no tomar es cada comida. Madre mía, si ya tenía problemas en casa para comer lo de allí iba a ser un espectáculo. Ya iba entendiendo lo de aprender a sobrevivir. Un sitio nuevo, en un mundo que ni siquiera sabía que existiese, con comida que probablemente no me gustase, y gente con la que no quería hablar...

— Daniel — era Robyn, me había tocado el brazo, pero yo lo aparté instintivamente. Por lo menos la tenía a ella para controlarme. — Hay bocadillo si quieres.

— ¿Sandwich?

— No, esta noche no.

— ¿De verdad entiendes lo que pone?

— Algo. — En tres días. En solo tres días. — Es muy intuitivo y más fácil de lo que parece. No te preocupes, tú no tendrás problema.

— Recuerda. — intervino Tommas, acercándose para poder hablarme en un tono más bajo — Si Jamie puede, todo el mundo puede.

Pude leer el texto en la estatua de Benjamin, ¿no? Había sido intuitivo. Pero nadie más lo había leído antes, tal vez simplemente me lo hubiera inventado. O no fuera cierto lo que de nadie lo hubiera leído.

— Pues quiero un bocadillo. — dije.

— ¿Te digo lo que lleva? — preguntó Robyn.

— No, voy a empezar a comer de todo.

— Es decir, vamos a tener que escuchar cómo te quejas por la comida todos los días.

— Me gusta lo simple. Sin sabores fuertes, pocos ingredientes. Si hay algún problema no debería ser por mí.

Así que acabé cenando un bocadillo al que mutilé de ingredientes hasta convertirse en pan con jamón y queso. Nada de postre, solo unas cuantas preguntas pendientes que me rondaban la cabeza.

— ¿Y si una persona tiene poderes de dos grupos distintos?

— Esos son los mestizos. Siempre hay un grupo que prima sobre

el otro. — dijo Robyn.

— Espera ¿Cómo sabes eso? ¿Cuándo has tenido tiempo de leer tanto? ¿Cómo lo haces? Llevas aquí tres días. ¿Por qué sabes más que yo?
— Intervino Tom.

— Sabes que eso no es muy difícil. Y me llegan unas tres horas de sueño. Es increíble lo bien que se aprovecharía el tiempo si no hiciera falta dormir.

— Paparruchas. Dormir es genial. Estar calentito en cama, disfrutando sin hacer nada, enrollado-.

— ¿Desde cuándo sabes que puedes volar? — lo interrumpí para hacerle la pregunta a Robyn.

— Unos pocos meses. — contestó tras pensárselo un momento — Pero no me sale si estoy nerviosa, así que en situaciones de peligro es como si no lo tuviera. Me pasaba a veces cuando leía, empezaba a levitar. Cuando mis padres lo descubrieron intentaron enseñarme a controlarlo. Fue todo muy raro. Creo que me ocultan algo desde hace mucho tiempo. Me dijeron que hablaríamos cuando volviese a casa. Por Navidad. Y no tengo ni idea de cuánto sabe mi hermano. O si también tiene poderes.

"¿Cómo es que no me hubiese contado nada de eso antes?" pensé. Los amigos se cuentan esas cosas, sobre todo si son poderes mágicos. Es como ocultar una parte alucinante de ti. Es como si un robot con forma humana no dijese que era un robot. De cualquier manera seguiría siendo el mismo, pero el ser robot le permitiría muchas más cosas como ser más resistente y no tener que comer verdura.

— ¿Un robot que no tiene más habilidad que la de ser un robot a qué grupo pertenecería? — pregunté.

— Sería un mutante. — respondió ella.

— ¿Y un Transformer?

— Mutante.

— ¿Qué es- ? — empezó Tommas.

Entonces una luz apareció en el cielo. Ya era casi de noche así que resultaba bastante evidente. Era como si estuviesen a punto de celebrar una fiesta en una nube. Solo que no era una nube, parecía una isla flotante. Un la isla de la que de repente salieron cuatro patas que se apoyaron en el suelo. ¿Eran patas? No, eran cadenas. Nunca me había

dado cuenta de lo bien que se podía ver de noche.

— ¿Qué es eso? — dije señalando a la isla.

— El Coliseo. — contestó Tom — Después de cenar hay un combate. ¿Esa nube que de día ves pululando por los alrededores? Es el Coliseo. Cuando hay combate se ancla al suelo para que no haya problemas. Ya sabes, el viento, las teletransportaciones... esas cosas.

No, no sabía. Tommas me ofreció ir a ver el combate pero yo no tenía ganas. No aquel día. Ni siquiera creía que estuviera preparado para lo que podría esperarme al día siguiente. Clase nueva, compañeros nuevos, profesores también nuevos. Por lo menos estaba bastante seguro de que no repetiría lo que hice mi primer día de colegio.

No podías levantarte hasta que todos los de la mesa terminasen de cenar. Por un lado estaba bien, mis padres decían que era de buena educación. Por el otro... no me gustaba que me metieran prisa para comer, porque estaba claro que yo iba a ser siempre uno de los últimos en terminar. Una vez escuché que había que masticar la comida unas veinticinco veces antes de tragar y desde entonces lo hacía sin falta. Al principio tenía contar en todos los bocados, pero ahora lo hacía aunque no quisiese.

Una vez acabamos todos, la mesa se tragó los cubiertos. Algo así a como hacía la papelera de las habitaciones. No me sorprendería nada que se hubiese tragado a alguien alguna vez. Era una de esas cosas que tu mente ya se encarga de imaginarse por qué sería mala idea y aun así hay alguna parte de tu cabeza a la que le encantaría hacerlo. Solo por probar.

Y volvimos a nuestras habitaciones, sin Tommas, porque se fue al Coliseo. Resulta que la suya era la ciento nueve y la de Robyn la ciento trece, no muy lejos de la mía. Teníamos mucho de qué hablar, solo que aquella no iba a ser la noche y nos fuimos a dormir con la promesa de que ella me despertaría al día siguiente.

Cuando cerré la puerta de mi habitación, empecé a llorar. No tengo muy claro por qué, a veces me pasaba.

Y después levantarse era un suplicio, con los ojos hinchados y pegados. Robyn no pareció darse cuenta cuando vino a despertarme, básicamente porque estaba tan dormida como yo. Es más, se dio un cabezazo contra la puerta al salir.

Qué decir del desayuno. Una maravilla. Comida ilimitada. Aunque aún necesitaba a Robyn para que me la escogiera y para que la mesa se tragara los cubiertos. Esta vez no había que esperar a que todos

terminasen para levantarse y la función de recogido se activaba en el panel del menú, resulta que algunos no iban a clase o tenían que hacer otras cosas. ¡Las clases no eran obligatorias! Si alguna asignatura no te gustaba podías de dejar de ir.

De lo que nunca te librabas era de: siempre saludar. Aunque no conocieses a la persona o no te acordases de su nombre. Siempre decir un "hola" o una inclinación de cabeza en mi caso, algunos tenían métodos más extraños pero siempre saludar. No era molesto. Quiero decir, ibas a estar viviendo con estas personas todo el curso, una cosa era que hacerte su amigo y la otra ignorarlas todo el año.

Fuimos los tres juntos de camino a clase, ni que decir que a mitad de la cuesta ya estaba jadeando como un perro. A lo mejor de ahí venía la forma de la montaña. Un gracioso el que lo hizo. ¿Cómo se creaban las montañas?

Daba gracias de no tener que llevar la mochila llena de libros, bueno, por no llevar mochila. Luego estaban los que iban volando, grandes suertudos. Lo que me llevaba a la pregunta ¿hasta qué punto sería capaz Robyn de controlar sus poderes? Para cuando llegamos a la cima esa pregunta había quedado enterrada bajo decenas de nuevas dudas que me asaltaron. ¿Qué hacía yo allí? No me sentía diferente, no me sentía de ninguna manera.

En la escuela había tres portales más por piso aparte del que había usado la primera vez. Y que no había visto porque estaba muy enfrascado mirando por la ventana cada vez que iba por los pasillos. Y en las esquinas del edificio había una rampa y unas escaleras en por un lado y en el otro... en una esquina un hueco y en la otra otro hueco pero con una barra para deslizarte.

Como nuestra clase estaba en el primer piso, echamos una pequeña carrera por la rampa y, por supuesto, aunque ellos se empeñen en decir lo contrario. En todo el colegio no había visto a nadie con mochila, solo a seis "personas" con un libro en la mano. Visto su amor por lo digital habría una pantalla holográfica en cada mesa.

Pero no era así. Nuestra primera clase fue en el laboratorio de Química con el profesor Boullón. No tuve que presentarme, eso estaba bien. Su habilidad era la del "titiritero", sólo había leído un libro en el que alguien tuviese ese poder. Podía controlar los movimientos de la gente a su voluntad, como el reflejo en un espejo. El problema está que no lo descubrí porque él lo dijera sino porque usó su habilidad conmigo para detenerme cuando intenté echar agua en ácido sulfúrico. En la pizarra ponía que había que hacerlo al revés, el ácido sobre el agua, pero yo supe que el orden de los factores no altera el producto.

Ahí fue cuando aprendí que lo mejor sería aplicar esa regla exclusivamente a las sumas y multiplicaciones; y que debía dejar de suponer cosas cuando apenas sabía escribir la fórmula química de los reactivos. El resto del tiempo hicimos caramelo. Por todo esto, bueno, más bien por lo del principio porque el caramelo me había salido aceptable, al salir de clase el profe me regaló un libro para que me pusiera al día.

Robyn también lo tenía, estaría bien estudiar juntos, además en lugar de imágenes tenía vídeos. Así era casi imposible distraerse. Además Boullón dijo que le preguntásemos si teníamos cualquier duda razonable. No una duda cualquiera, sino una razonable. Era un hombre que a primera vista parecía muy serio y daba miedo, con su cabeza cuadrada con corte militar y sus gafas rectangulares, pero que cuando te reñía por liarla en el laboratorio no hacía que te sintieras mal como otros adultos, hacía que aprendieses en qué te habías equivocado y que quisieses esforzarte para no volver a repetirlo. Aun así su cara daba mucho miedo.

Luego salimos afuera. Y cuando digo fuera me refiero a que fuimos a un claro del bosque, al otro lado del río. A clase de Naturales, sin lo de ciencias. El profesor era un zorro de dos colas de trapo. No hablaba, ni se había molestado alguna vez en intentar comunicarle a alguien su nombre, así que allí lo llamaban Kristofferson. Sus lecciones consistían en sentarse en el claro y no hacer nada. Prohibido hablar. Si en mi clase del otro mundo nos prohibiesen hablar tan solo cinco minutos, allí habría de todo menos silencio.

La mayoría se tumbaron en el suelo a observar el cielo, algunos incluso se durmieron. Robyn estaba mirando a Kristofferson y yo hice lo mismo. No era muy distinto de un día normal en el colegio, en las horas aburridas desconectabas y así el tiempo se pasaba volando. Una de las ventajas de sacar buenas notas es que los profesores no cuestionan tu capacidad de atención tan a menudo cómo al resto. Y menos mal.

Pero la clase de Kristofferson no era del todo aburrida, tenía un algo que hacía que no pudiese apartar la vista. ¿Qué sentido tenía aquello? Entonces sucedió. Una mancha voladora, como una llamarada, se posó sobre su oreja y allí se quedó parada. Era roja y naranja y amarilla al igual que las hojas en Otoño. La miré fijamente, no sé cuánto tiempo, hasta que un ruido llamó mi atención, tenía un saltamontes en el pantalón. Uno de esos como los que sales a cazar por las tardes y algunos niños liberan y otros.

Todo aquello me produjo una extraña sensación. Volvía a estar tranquilo. No había nadie más allí, ni siquiera yo, solo la naturaleza y nosotros como parte de ella.

Cuando la clase terminó, Kristofferson nos llevó de vuelta al colegio con la mariposa todavía sobre su oreja. No entendía nada. ¿Qué pretendía con sus clases? ¿Por qué tenía la sensación de haber aprendido algo si aquel zorro de trapo ni siquiera había abierto la boca? En mi otro colegio no era así, allí era fácil solo había que memorizar. Si lo entendías era más fácil sino era chapar. A veces incluso te hacían pensar, pero nunca reflexionar. Después de todo teníamos diez años, lo único que debía preocuparnos era sacar buenas notas y jugar una vez hubiésemos terminado los deberes ¿no?

Robyn me sacó de mis pensamientos para darme las buenas noticias, nos tocaba clase de Arte. Solo que no eran buenas noticias porque el arte no se limitaba a la pintura. Había siete bellas artes: arquitectura, danza, escultura, música, pintura, literatura y cine. Sabía que el cine era el séptimo arte pero pensaba que se decía porque era una manera de hablar, no porque de verdad hubiese siete artes.

Volviendo al problema, era que aquel día tocaba danza. ¿Yo? ¿Bailar? Jamás. Me conocía de sobra, tengo la coordinación y el sentido del ritmo de una piedra e una avalancha. Es decir, que cuando bailo pasan cosas, y no precisamente buenas. Lo iba a hacer mal, si a veces ya se meten contigo por hacer las cosas bien, no quería probar lo que pasaría si las hacía mal.

El profesor Ku llevaba unas mallas de ballet con zapatillas deportivas. Estábamos en un estudio de baile enorme con unos ventanales como los del comedor del dormitorio. Desde fuera todas las ventanas del colegio eran iguales y la sala era demasiado grande, debía de ser una de esas habitaciones mágicas o algo así. Tampoco tenía mayor importancia, quería irme de allí.

Al principio Tom y Robyn intentaron convencerme para que participase, que no pasaba nada, que sería divertido. Divertido para ellos. Me senté en un esquina al lado de una columna y me quedé allí mirando al suelo y escuchando la voz de Ku camuflada entre la música. Sonaba como el arroyo de un bosque a lo lejos, como viento deslizándose entre las hojas de los árboles. Al final sí que iba a ser como mi primer día de clase, mi verdadero primer día.

— Buen trabajo a todos. Nos la próxima vez. — era Ku — Está bien que no te guste bailar. — alzó la voz en la distancia. ¿Me hablaba a mi? — Yo aborrezco dibujar. Aritema siempre va diciendo: "No puede no gustarte. Lo importante no es dibujar bien o mal, lo importante es expresarte a través de lo que pintas. Ñañañañañañañaña" Tengo cuatrocientos sesenta y tres años y solo me hicieron falta siete para saber que no me gusta dibujar.

Y con esto último nos fuimos. A la Sala del Pánico. Donde se pueden recrear mundos e imitar cualquier materia y color. En la parte superior del marco de la puerta había una inscripción que, por supuesto, no supe leer.

— El único arma posible para luchar contra realidad es la imaginación. — dijo Robyn señalando a la inscripción.

La profesora Ghesa daba clase de Refuerzo, para mejorar nuestras habilidades básicas o eso decía Tommas. La sala estaba completamente vacía a excepción de unos objetos no identificados que estaban colgados en la pared del fondo. Era un cubo sin ventanas en el que el atronador sonido de la puerta al sellarse indicó que estábamos encerrados. A lo mejor el nombre le venía de que su diseñador era claustrofóbico. Aunque a mí me parecía lo suficientemente amplia para no dar sensación de agobio, por lo menos si no pensabas que la puerta no volvería a abrirse nunca y que al haber tantas personas el aire respirable podría no durar mucho.

Y si no hubiera estado pensando en mi mundo habría escuchado la explicación de la profe sobre lo que habían estado haciendo desde principio de curso. Después de un rato de cháchara por parte su parte, continuó con lo siguiente:

— Puesto que hoy tenemos aquí presentes a los dos grandes expertos en caída libre de toda la clase, permitidme que os recuerde algo: Uno puede caer miles de veces y siempre valdrá la pena volver a levantarse, aunque signifique volver a empezar. Solo pierde el que deja de luchar. Comprendo que pueda ser difícil partir de cero en un nuevo mundo, pero gracias a ello ahora estáis todos aquí, en la Sala del Pánico, la sala de los soñadores.

Qué nombre tan peculiar tenía la sala de los soñadores. Pensaba que lo importante era ser realista o eso se dicen siempre los mayores. ¿Realista o soñador? ¿Se podría ser los dos a la vez?

— Hoy vais a competir en un asalto al castillo. — continuó la profe — El objetivo de los atacantes es recuperar la bandera que estará en el patio central. Los defensores habrán ganado cuando todos sus enemigos hayan sido derribados. Las diademas dejan de funcionar cuando su portador recibe el equivalente a un daño grave. Es decir, que si te alcanza una bola de fuego o te atraviesan con una flecha, pierdes. — aclaró mirándome — No te preocupes a ti no te pasa nada, solo duele.

— Que no te maten, duele mucho. — dijo algún niño de clase.

— Exagera, no le hagas caso. — añadió la profe. Lo que dio lugar a una serie de murmullos entre mis compañeros — ¡Silencio! Robyn y Daniel, escoged a dos compañeros más para vuestro equipo, seréis los

guardianes del castillo. Cuando terminéis id a poneros las diademas mientras yo programo el escenario base.

Y se fue a un lado a jugar con su reloj. Yo odiaba lo de elegir para formar equipos, no estaba bien para los que quedaban de últimos y cada vez que escogías a alguien era como si estuvieras despreciando al resto. La única vez que fui capitán David se enfadó porque preferí a Leo primero. ¡Jugaba mejor al baloncesto! Era lo más lógico.

Robyn se acercó para preguntarme si tenía a alguien en mente para nuestro equipo. Solo conocía a cuatro personas más de clase. ¡Así que por supuesto que tenía a alguien en mente!

— Susan — susurré.

— ¿Qué? — parecía sorprendida. — ¿Estás seguro?

— Claro. Está loca, ganaremos fijo.

— Te estoy oyendo. — intervino Susan.

— Sabes que tengo razón. Por eso eres la más guay.

Sin decir más se dirigió hacia los objetos de la pared del fondo. Robyn llamó a Tommas para que fuese el cuarto integrante y seguimos a Susan. A por las famosas diademas. Diademas como las que se usan para que no se te meta el pelo en la cara.

No todas eran iguales, variaba la forma y el tamaño. ¿Estarían usadas? Esperaba que no estuvieran sucias, me acababa de lavar el pelo esa mañana. Lo de los piojos era improbable, se verían a simple vista ¿no? Madre mía, no quería ponerme eso en la cabeza.

— Toma. — me dijo alguien que llevaba un vestido puesto. Tenía un anillo en el dedo del medio, el que se utiliza para hacer ese gesto de tan mal gusto, y estaba tendiéndome una diadema. — Las diademas son como nuestra ropa, nunca se ensucian. Cógela, tengo las manos tan limpias como las tuyas. — Eso era muy limpio.

Las diademas se ajustaba a tu cabeza cuando te las ponías, apretando un poco sin llegar a ser incómodo. Una vez puesta, la sala se convirtió en una llanura desértica con un castillo protegido por una muralla en el medio. La puerta para salir había desaparecido. Era un poco como el juego de guerra que probé el día anterior en mi habitación.

— ¿Ya estáis todos? Bien. — dijo Ghesa — Cada uno a vuestros puestos. Defensores al castillo, atacantes preparaos. Recordad: tenéis cualquier poder imaginable y todo está permitido. Comenzamos en tres

minutos.

Con Tommas en cabeza, los cuatro fuimos corriendo hacia el castillo. Cuando estuvimos lo suficiente cerca dieron un salto enorme, como si volaran, para aterrizar en la muralla. El portón estaba cerrado así que la manera de llegar allí arriba...

— ¡Tienes que imaginar que vuelas! — gritó Robyn.

¿Volar? Ni de broma. ¿Y si empezaba a elevarme y luego no podía parar? Como un globo. De los que venden por la calle, los que no se hinchan soplando. ¿Y si me imaginaba unas escaleras por fuera? No funcionaba. ¿Y atravesándola? Probé con una mano y nada. ¿Estaría usando mal la imaginación? Tampoco funcionó lo de trepar como una araña. Es más me dio un calambrazo que me lanzó volando hacia atrás. Electrocutarte era de lo más desagradable.

— Tom, para un momento. — oí decir a Robyn.

— ¡Quieres subir de una vez! Estoy protegiendo la muralla. — dijo Tommas. Tal vez por eso no había funcionado nada. — Vuela hasta aquí ya. Me quedan muchos escudos y poco tiempo.

— No quiero volar. No me gusta volar. — Tengo miedo a volar. Pero eso no lo dije en alto. — Tenemos pies para estar en el suelo.

Entonces Robyn estiró su brazo hacia mí, como haría la mujer de goma, y su mano se hizo gigante para poder agarrarme. "No, no, no." Pensé mientras me retorció. No mucho porque no quería caerme y estaba teniendo la consideración de subirme. Así debían sentirse lo juguetes.

— No me gusta que me toquen.

— ¿Podemos terminar de organizarnos ya? — intervino Susan — Robyn, tú vigila el lado este; Daniel, oeste; Tommas, te toca la retaguardia; yo me quedaré aquí. ¿Tienes las barreras preparadas? — dijo mirando a Tommas.

— Sí, todas las básicas que se me ocurrieron y unas cuantas de las retorcidas. Van a tenerlo difícil si quieren entrar.

— ¿Podéis explicarme como va esto? — dije.

— Resumiendo, puedes crear cualquier cosa que se te ocurra con solo pensarlo. Yo he rodeado el castillo con escudos anti todo tipo de poderes. Es cierto que ellos pueden hacer lo mismo para desactivar lo escudos pero para conseguirlo tienen que pensar igual que yo. Averiguar qué escudo he puesto y eliminarlos. Dirás: "¿no puedo pensar en destruir

todos los escudos a la vez y ya está?" No. También estoy preparado para eso. ¡A continuación nos sumiremos en una batalla frenética de creación y destrucción sin parangón! ¡Es una batalla mental!

Y empezó a reírse como un desquiciado. Al final Tommas iba a ser el más loco de los cuatro.

— Crea algunos escudos básicos sobre ti para que cuando te ataquen al menos tengan que perder un mínimo de tiempo en destruirlos. — me recomendó Susan — Si te disparan piensa en el chaleco más resistente que se te ocurra o en un escudo de aire, lo que sea. Y al mismo tiempo piensa en una barrera para que no puedan quitarte la protección antes de que te de la bala. Y así con todo. A veces hacen ataques combinados, no...

Una cuenta atrás apareció en el cielo interrumpiendo a Susan. Quince segundos.

— A vuestros puestos. — ordenó Susan.

¿Cuál era el oeste? Me lo dijeron una vez, si te pones mirando al norte... hacia la puerta... ¡Ugh! En dirección contraria a contraria a Robyn. ¿O se decía sentido contrario? ¡Qué más daba! Y corrí hacia la izquierda. Siete segundos.

— ¡La bandera está en el patio! ¡Dentro del castillo! — gritó Robyn. Tres segundos. — ¡Si toman la muralla, retrocede hasta allí!

Retumbó un cuerno de guerra. "Que comience la partida." Pensé.

Capítulo 9

Capítulo 9 – Ahora me ves...

Para cuando me quise dar cuenta, ya los tenía a casi todos encima. Técnicamente abajo porque aún estaban intentando saltar la muralla. Si que tantos de ellos pretendiesen entrar por mi lado se debía a que pensasen que era el más inútil, estaban en lo cierto. "No habrá paz para los novatos" pensé. Y al mismo tiempo una bola de cañón en llamas me lamía la cara para ir a estrellarse justo después contra el castillo. ¿En qué mente perversa cabe la posibilidad de crear una bola de cañón con boca?

Según Susan lo primero era crear escudos, contra... los elementos, balas, golpes físicos... ¿Qué más? No había tiempo para pensar. Tanto. Tenía que hacer algo con la muralla. Cubrirla de pinchos. Electrificados. Y un tornado gigante que absorbiese a los que intentaban entrar volando.

Tenía que activar los escudos justo antes de que me golpeará para que no pudieran desactivarlos, pero ¿y si alguien ya me había lanzado antes un hechizo para que no pudiera hacerlo? Maldito poder de la mente.

Esquivé varios proyectiles como si del juego del balón prisionero se tratase. Me defendí con una lluvia de granizo, a lo que alguien contraatacó con rayos. El primero no me dio y sabía que no podría esquivar los que vendrían después de él así que creé un escudo que me envolviese. Un escudo que se desintegraba cada vez que lo golpeaban y que tuve que volver opaco porque la luz me estaba haciendo daño en los ojos. ¿Rayos anti-escudo para rayos?

El tornado que había creado ya no estaba y cuatro personas estaban a punto de aterrizar en la muralla. No podía perder tan pronto. Decenas de dardos se estrellaron contra la pared de piedra que levanté en el último momento. ¡Dardos! Eso me recordó a un sueño en el que usaba dardos impregnados en distintas sustancias y además era el capitán de una flota de barcos. Lanzarles dardos ahora no sería ninguna sorpresa, tenía que atacarles con algo en lo que no hubiesen pensado.

Balas encadenadas cubiertas de una sustancia alucinógena que se absorbiera por la piel. Estaban modificadas para ser capaces de enredarse en los enemigos. Y también les lancé unos rayos para los que estaban protegidos pero cuya verdadera función era otra. Primero, cabía la posibilidad de que los cegara, segundo, tenían la capacidad de destruir escudos físicos y tercero, el impacto los haría dudar el tiempo suficiente, aunque solo fuese un segundo, para que las balas encadenadas los

atrapasen.

Y así fue. Salvo con uno de ellos que, tras hacer que la bala lo atravesase, no desperdió ni un instante y me lanzó una ráfaga de aire que casi me tira de la muralla. Entonces vi como varias granadas de gas llegaban desde abajo. Estaba en el suelo, me iban a conquistar desde el aire y a gasear con quién sabe qué mientras quién sabe cómo se las estaban arreglando mis compañeros. Tenías tantas ganas de girar la cabeza para mirar cómo les iba y tenía tan poco tiempo para evitar que todos tuviéramos que retroceder hasta el patio. Demasiados objetivos a la vez. "¡No soy multitarea!" Pensé.

Se oyó un golpe seco. La chica que se acercaba volando se había dado contra algo invisible. ¿Sería una de las barreras de Tommas? Además el gas que estaba inundando el aire comenzó a desaparecer y para mayor sorpresa un tsunami se llevó por delante a gran parte de mis atacantes, dándome así un respiro justo cuando pensaba que todo estaba perdido.

Miré a Susan creyendo que ella había sido la artífice la ola gigante, pero ella estaba concentrada manteniendo su lado bajo control. Y Tommas... Tommas estaba luchando contra tres personas que habían alcanzado la cima de la muralla, Cayo y Jaime entre ellos, y le estaban dando una soberana paliza.

— ¿Quieres centrarte en defender tu lado? — me rugió Susan al oído. Había aparecido un aparato en mi oreja izquierda

— Pero Tommas...

La explosión de una andanada de proyectiles contra una mano gigante de agua acalló lo que estaba diciendo. Y me dejó empapado.

— Sería buena idea retirarnos ya al castillo. — intervino Robyn.

— Tenemos que ayudarlo. Yo puedo-.

— Como vas a ayudarlo si ni siquiera puedes encargarte de tus propios problemas — me interrumpió Susan

— Es mi primera vez.

Una chica estaba ascendiendo por una cuerda que descendía del cielo.

— En el mundo no valen de nada excusas como esa. — Era la voz de la profesora.

¿Se suponía que eso era una lección? Iban a conquistarme a mí también, si no nos retiráramos íbamos a perder. A nadie le gusta perder. A nadie le

gusta las consecuencias de una derrota. Entonces empecé a notar como si el tiempo fuese más rápido de lo normal y mi respiración se hubiera hecho consciente. Inspira y espira.

— Esta vez tenemos que abandonarlo. Esos tres son demasiado buenos en estas batallas. — dijo Robyn.

Un tanque con forma de araña estaba ascendiendo por mi lado. Íbamos a abandonar a Tommas. Inspira.

— ¡Robyn! — espiré. Que no expiré.

— Daniel, tenemos que retroceder antes de que también nos acorralen.

— Si hubiera pedido la retirada en su momento no estaría así. — añadió Susan.

Una mano asomaba por entre las almenas. Inspira. Si fuera un combate real, estaríamos dejando morir a Tommas. No es que no me diera igual, pero era nuestro compañero, había ciertas normas de lealtad, ¿o no? Espira.

— Tienen razón. Ya sabes lo que se dice: sacrificar a unos pocos por la victoria de muchos. — dijo Tommas. — Vamos Daniel, con el paso de las semanas le pillarás el truco y aprenderemos a coordinarnos para que te acuerdes de crear un comunicador.

Dos "personas" y unas gafas de sol voladoras ya estaban arriba. Inspira. ¿Y Robyn? ¿Ya le había pillado el truco? ¿Cuánto puede cambiar el mundo en tres días? Me puse en guardia. Espira.

— ¿Por qué sigues luchando? — le pregunté.

— Mientras me mantenga en pie seguiré teniendo una oportunidad de impedir que estos membrillos vayan a por la bandera.

— ¡Daniel! ¡Vamos a bajar los rastrillos!

— También me dejarás atrás.

— Sí, porque sé que podéis arregláros las.

Ojalá yo también supiera eso. Inspira. Jaime se dirigía al castillo dejando a los otros dos luchando con Tommas. Había dos más que habían llegado a la cima desde una de las esquinas de mi lado de la muralla. El rastrillo

ya estaba casi abajo. Yo estaba rodeado. Espira.

— El secreto está pensar ¡Au! que aquello que más te importa es lo que estás protegiendo. — dijo Tommas.

A aquellas alturas del juego eso no ayudaba. Solo podía pensar en que me iban a pegar y que me iba a doler. Estaba respirando muy rápido. Sentía un extraño cosquilleo en las puntas de los dedos. Quería gritar pero no tenía... ¿Qué es lo que no tenía?

Un gruñido.

— ¿Te rindes? — preguntó alguien de mi alrededor.

"¡Jamás!" Pensé. Y el gruñido se intensificó. "Sé como el Sol", es lo que ponía en la inscripción de su Dios. Esto no era como el juego de la cadena, donde aunque fueras el último en sobrevivir el juego no terminaba hasta que te atrapasen. Necesitaba ayuda. El gruñido sonaba cada vez más alto. ¡No! Yo no necesitaba ayuda de nadie, solo el poder de mi mente. De eso iba el juego ¿no?

En todas las historias de aventuras siempre había una criatura que inspiraba terror con solo nombrarla. Cuyas afiladas garras capaces de destruir cualquier armadura hacían dudar hasta al más temible de los guerreros. Cuya piel acorazada resultaba impenetrable para cualquiera que osase enfrentarla. Cuyo tamaño era equiparable con la mayor de las fortalezas. Con una sonrisa cuyo simple destello haría llorar a naciones enteras y unos ojos... unos ojos que clamarían a la locura de aquel iluso que osase tan siquiera avistar su reflejo. Una criatura negra como el abismo y al mismo tiempo capaz de iluminar la noche más oscura.

Ya no escuchaba el gruñido pero podía intuirlo, preparándose, adquiriendo su verdadera forma. Y con un verdadero rugido, profundo, firme y poderoso, expandiéndose por mi interior, la bestia se materializó.

Un dragón.

Todos se quedaron paralizados ante la visión de la criatura. Sin duda había hecho un buen trabajo imaginándomela. Lo primero que hizo el dragón fue lanzar una gigantesca llamarada azul hacia el cielo. Tan vigorosa que la onda de calor que provocó hizo que muchos se tambaleasen, grupo en el que me incluyo.

— ¡¿Quién ha sido?! — preguntó la profesora. Oh, aquella pregunta sin respuesta que se había acompañado tantas veces a más de una mañana sin recreo. ¿Se podía saber dónde estaba esa mujer?

— ¿Daniel? — Escuché tres voces a la vez en el comunicador.

¿Cómo sabían que había sido yo? A quién íbamos a engañar, era obvio. Y eso que era mi primer día. Mientras tanto el dragón seguía a lo suyo en el aire. No, no a lo suyo. A punto de barrer el castillo de un coletazo.

El impacto fue terrible. No porque un montón de rocas salieran volando y nos hubieran dado si alguien no hubiese creado un escudo, sino porque había destruido un castillo cómo si estuviese hecho de paja.

— ¿No era imposible crear seres vivos aquí? — preguntó Robyn, que estaba con Susan y la bandera encima de los escombros del castillo.

— En teoría. — contestó Susan.

— En teoría y en la práctica. Dan, ¿estás controlándolo? — preguntó Tommas.

— No.

El dragón había aterrizado en los exteriores de la muralla y dirigía lentamente su cabeza hacia nosotros. "Escupe fuego mágico" pensé. Si nos alcanzaba lo único que iba a quedar eran cenizas.

— Por eso es imposible. Ese lagarto gigante está actuando por voluntad propia. ¡Está viiiiiivo! — explicó Tommas.

Y estaba dirigiendo su garra peligrosamente rápido hacia dos chicos. Uno era un chico que estaba parado en el sitio y no movía ni un músculo, la otra una chica que usé supervelocidad para agarrarlo y llevárselo lo más lejos que pudo. Hasta que el dragón lanzó el Eco. No tenía otra descripción posible, un eco silencioso que resonaba en tu interior.

Y entonces la chica se cayó y su compañero con ella. Y cuando intentó correr otra vez, lo hacía a una velocidad normal. Murmullos y voces sonaban por la muralla.

— No puedo crear nada. — oí decir a alguien. Y luego a todos.

Había anulado sus poderes. Y aprovechándose de ello atrapó a los dos chicos. Pero no le bastaba con solo ellos dos, su garra podía abarcar más que eso, así que arrancó también parte de la muralla. Después un crujido mientras apretaba la garra. Y al final, lanzó su contenido contra el suelo, dejando ver que ya no quedaba ni rastro de los chicos.

— Al que haya creado al dragón, que lo haga desaparecer de

inmediato. — ordenó la profesora.

— ¡Dan! — gritó Tommas. El dragón lo estaba mirando.

— No puedo. No sé cómo. — me temblaba la voz. Temblaba entero.

Aunque no sabía si era yo o a causa de la agitación que provocó en la tierra la llamarada que había desintegrado el ala norte de la muralla. No quedaba nada. No quedaba nadie. Así de fácil.

Ni siquiera me di cuenta de cuándo había caído al suelo, la bestia lo atraía todo hacia su mortal presencia. Nada, ni algo tan volátil como es la capacidad de atención humana podía huir. ¿Qué había hecho?

Me sobresalté cuando noté el contacto de alguien en mi cabeza. ¿O no era humano? De manera refleja alcé las manos para apartar lo que me estaba tocando al mismo tiempo que alzaba la vista. Era Susan que me estaba quitando algo de la cabeza.

— Esto te va a doler.

¡La diadema! Me había olvidado, era todo una ilusión. No le había pasado nada grave a nadie. Pero había algo que no encajaba... Entonces me golpeó. Bueno, no me golpeó nada, solamente se sentía como si me hubieran dado una paliza por dentro de la cabeza. Y el mundo a mi alrededor desapareció, ya no había castillo ni tierras que se extendían hasta el infinito. Únicamente un dolor de cabeza, una pesadez que me impedía mantenerme de pie y... dos dragones.

Perdón. Era uno. Estaba viendo doble. Y sala se había hecho más grande, lo suficiente como para que el dragón pudiese moverse con libertad. Tal vez aquello no era más que un sueño debido al shock provocado al sacarme la diadema. Tal vez mientras la ilusión principal siguiese activa a algunas de sus creaciones les pasase lo que al dragón.

Antes de poder pensar en más explicaciones la sala se apagó, como si quisiese dar luz a mi última idea. Y así fue, todo estaba oscuro salvo por dos focos de luz, azules como el fuego de la criatura, cada uno con una enorme pupila. Unos focos adaptados para ver en la oscuridad. Porque el dragón seguía allí. Mirándome. Y por el destello que había bajo sus ojos, sonriendo.

Capítulo 10

Capítulo 10 – Ello

Hasta que poco a poco comenzó a desvanecerse. Y las sombras de la sala engulleron la oscuridad que emanaba aquella colosal criatura.

— ¿Estás bien? ¿Daniel? ¿Estás bien? — me preguntaba la profesora Gesha. Tenía mi cabeza sobre su regazo.

Susan y Robyn estaban arrodilladas a mi lado. La sala volvía a estar iluminada y Tommas estaba ayudando a algunos de sus compañeros a levantarse entre quejidos y maldiciones.

— Daniel, ¿puedes hablar?

¿Por qué me hablaba a mí? ¿Porque era el nuevo? Porque había sido el causante de los problemas. El dragón, menudo desastre. Todo había salido mal y era culpa. Porque improvisar nunca funciona, lo mejor es quedarse callado es una esquina, participar lo menos posible, no cometer errores, no...

Instintivamente me revolví al notar la mano de Robyn sobre mi hombro.

— ¿Qué? Sí. Estoy bien. — respondí mientras me incorporaba, la mirada fija en el suelo. Aún me notaba un poco pesado.

— Si te duele la cabeza puede que siga así unos minutos más. Tampoco te preocupes si vuelves a perder la conciencia. No mucho. Es lo que pasa al sacar la diadema sin desactivarla. Y apagar el sistema de golpe. — y tras una breve pausa — Lo más probable es que no vuelva a pasar algo así en lo que queda de año. ¿Parecido? Puede. Y recuerda, utiliza cada experiencia, buena o mala, como un método para mejorar.

» Podría decirse que hoy ha sido un día interesante. — dijo dirigiéndose a todos — Tal vez no el mejor, pero iremos mejorando. En la próxima clase discutiremos cómo evitar que lo de hoy vuelva a pasar. No podéis permitir os ir viajando por los mundos sin saber cómo derrotar a un reptil gigante con ansias de achicharraros vivos. Hasta la próxima.

Y así es como en la siguiente clase aprendimos es que la mejor manera de enfrentarse a un dragón era no enfrentarse a un dragón porque aún no teníamos ni el poder ni el equipo ni el dinero necesarios para hacerle daño o sobornarlo. ¿Engañarlo tal vez? Solo si estábamos muy seguros y el dragón muy aburrido. ¿Puntos débiles en caso de extremada emergencia?

El único factor común para casi todas las razas eran los ojos. Suerte con la puntería.

También aprendimos que en la Sala del Pánico no se deben crear seres vivos. En primer lugar porque no se puede, requeriría imaginar toda su anatomía y capacidades básicas. En caso de imaginar una animal lo que se estaría haciendo es crear un cascarón con movimiento. Y en segundo lugar porque controlarlo requeriría una concentración innecesaria. Pero como en todo, siempre había excepciones, como mi dragón. Que si hubiera sido un simple cascarón no podría haberse movido por sí mismo. Con respecto a eso no tenía nada que decir, porque no sabía como lo había hecho.

No le dieron mucha más importancia. Lo típico, tened más cuidado la próxima vez, usad la cabeza, mejor si es en el sentido no literal, lo importante es ganar. Lo que no entendí es por qué el dragón seguía allí después de haberlo apagado todo. Y si la profesora lo sabía no debía creer que necesitásemos saberlo. Nadie hizo preguntas ni volvió a hablar del tema.

Después de todo era una simulación, fuera lo que fuese nadie corría peligro real ¿no? Pero basta de adelantar datos, porque lo que tocaba en ese momento era la asignatura de artes marciales.

— ¿Qué, Tommy, todavía sientes el dolor de la derrota? — dijo Jamie de camino al gimnasio.

— Por lo menos yo no huelo a asado de Jaime. Quién me diría que la vela humana sería inflamable.

— Era fuego mágico. — intervine sin pensarlo.

— ¿Qué sabrás tú si eso era fuego mágico o no? — replicó Jamie.

— Lo he visto en decenas de sueños. — respondí tras un pequeño instante de duda — Y fui yo el que creó al dragón.

— ¿Era o no era? — interrumpió Susan antes de que Jamie pudiese añadir nada más.

— Sí, sí que era. Si no te gustábamos solo tenías que decirlo, no hacía falta que nos mataras a todos. Dani. — cuando lo miré estaba sonriendo, yo simplemente me mantuve callado. ¿Qué iba a contestarle?

— ¿Cómo iba alguien a imaginarse que un elemental de fuego no podría ni siquiera evitar una llamada? — dijo Robyn.

— Qué sabrás tú...

— ¡Basta! Nada de piques, no quiero más dolores de cabeza por hoy. — y todos hicimos caso a Cayo.

El gimnasio era otra de esas salas diez veces más grande de lo que parecía desde fuera. Algún día alguien jugaría con los sistemas mágicos o tecnológicos o como quiera que funcionase el colegio y sería de todo menos risas. A menos que no funcionase como una única red y cada habitación tuviese un sistema independiente. Aunque quién iba a querer hacer nada allí, era un colegio, no había nada valioso.

Lo primero en lo que me fijé al entrar en el gimnasio es que justo en la entrada había un cartel gigante con un montón de figuras en distintas poses y algo escrito debajo de cada una.

— Son todos los estilos que aprenderemos hasta que nos graduemos. Este mes toca... el arte de los gladiadores. — dijo Tommas adoptando pose de batalla.

— ¿Un mes es suficiente para aprender algo?

— Lo suficiente para saber si nos gusta un estilo y poder practicarlo luego por nuestra cuenta. No te preocupes, cuando tengas dinero ya podrás pagarte las clases extraescolares.

Mientras Tommas hablaba yo estaba mirando el resto de carteles que había por el gimnasio. La mitad tenían figuras de humanos dibujadas, la otra mitad una mezcla de humanoides, insectoides, seres puede que terrestres no identificados... Y, cómo no, todos escritos en el idioma de ese mundo. Con toda la razón de los universos, es solo era molesto no poder leer nada. Así que para ir empezando le pregunté a Tommas que significa uno de esos símbolos.

— Kyusho.

— ¿Qué?

— Se refiere a los puntos débiles del cuerpo. ¿Puntos de presión? Un golpe seco ahí deja a la persona seca.

— ¿No se supone que este idioma es intuitivo? ¿Cómo voy a saber leer una palabra que ni siquiera conozco?

— Ahora ya la sabes.

— ¿Pero cómo voy a aprender a leerlo si no conozco las

palabras que están escritas?

— Tampoco conoces todas las palabras de tu idioma y eres capaz de leerlas. No veo cuál es el problema.

— Ya, pero por lo menos en mi idioma puedo leerlas.

— Y de qué te sirve saber leerlas si no sabes lo que significan. Con esto aprendes las dos cosas a la vez. Ya lo verás.

— Venga. Esto parece uno de esos libros de profecías. Ya lo verás, ya lo sabrás. ¿Y tú que eres, una bruja? Con tanto acertijo.

— Tranquilo.

— ¡Decir eso nunca ha resuelto nada!

— Lo sé — respondió riendo.

La profesora nos llamó a todos para que nos reuniéramos y dar comienzo a la lección. Era una cambiaformas de Mystaven, podía copiar el aspecto de cualquiera pero no sus habilidades, a menos que realizara un sacrificio ritual del sujeto del que quisiese los poderes. Esas cosas que tiene ser descendiente de Galedor, diosa de la sangre y aniquiladora de héroes. Pero Gruffora era pacífica, solo estaba a favor de la violencia no letal como método para la defensa propia. ¿Desde cuándo los gladiadores no eran letales?

Además se comentaba que las cinco perlas verdes que tenía en su colgante eran en realidad las almas de una familia que había intentado pasarse de lista con ella. Y que su brazalete de multiplicación se lo había ganado al director en una apuesta, por eso vestía tan raro, porque había vuelto a perder al intentar recuperarlo. No sé de dónde sacaba Tommas esa información, menudo cotilla.

Cada uno tenía que escoger un tipo de gladiador y luego ir rotando para encontrar el que más le gustase. Si tenías cuatro brazos podías escoger dos tipos a la vez, menuda máquina de destrucción. Y si no tenías brazos solo podías entrenar a la defensiva y desarmar. Aunque un casco con cuchilla no parecía muy defensivo precisamente.

Yo me quedé con el scissor. El arma que le daba su nombre era un tubo de acero que cubría todo el antebrazo hasta la mano y que terminaba en una hoja semicircular.

— No parece que corte mucho. — dije practicando golpes al aire sin prestar mucha atención. Hasta que noté que el filo había atravesado

algo sólido.

— Cuidado. No uses un arma sin mirar adónde apuntas. — dijo la profesora con toda la calma del mundo.

Tenía un tajo enorme en el abdomen. Ay, madre. ¿Por qué nos daban armas tan afiladas? ¿De verdad alguien llegaba a graduarse en este colegio? No podía apartar la mirada de la herida, por alguna extraña razón no sangraba y la profesora no parecía inmutarse. A lo mejor era algo de los cambiaformas, que no sentían dolor o estaban huecos por dentro.

Entonces, al cabo de unos segundos comenzó a regenerarse. Menos mal, con suerte no me reñiría. Aunque si no tuviera el factor regenerativo la reprimenda habría estado completamente merecida. A quien vamos a engañar incluso con el factor regenerativo estaba merecida. Pero no fue así.

La profesora se multiplicó en tantas copias como alumnos y a cada uno nos enseñó cómo combatir con cada tipo de arma. Al principio, cuando me pidió que la atacase para entrenar en el combate, lo hacía con poca determinación porque no quería volver a hacerle daño, aunque se pudiera regenerar. Cuando me di cuenta de que ni queriendo podría provocarle el más mínimo rasguño empecé a atacar en serio. Ni que decir que en lo importante, esquivar y detener ataques, tampoco di ni una. Recibí a más no poder, dando gracias de que sus armas fueran de mentira.

La semana siguiente darían comienzo los duelos entre nosotros. Primero con armas de madera y la última semana con armas de verdad. Si mis padres se enteraran se volverían locos.

Terminó la clase, la última del día, y estábamos recogiendo cuando todo quedó en silencio tras el chasquido de la puerta del gimnasio cerrándose. El director acababa de entrar. E iba vestido de payaso.

Capítulo 11

Capítulo 11 – Fuego

— Daniel, del mundo A00100110Ω, ha llegado el momento de clasificar la naturaleza de tus habilidades para que puedas aprender cómo mejorarlas de la manera más eficaz. Yo no estoy aquí para decirte cuáles son esas habilidades sino para evaluar si eres digno de permanecer aquí. — me llevé la mano al lugar dónde estaba la chapa bajo mi pecho — Porque que estés admitido para entrar no significa que lo estés para quedarte.

«Tendrás que escoger una prueba que ponga de manifiesto tus habilidades. Suelen ser actividades que requieran un cierto esfuerzo, sobre todo para aquellos que no sepan con certeza cuáles son esas capacidades. Situaciones en las que precisas hacer acopio de tus recursos más ocultos para superarlas.

«¿Y bien? ¿Qué eliges? ¿Un combate? ¿Una carrera de Reisin? ¿Una partida de Mafira? Cualquier cosa que se te ocurra.

Solo que no se me ocurría nada. ¿Una carrera de qué? Si fuera una carrera normal tendría posibilidades de ganar, a menos que mis oponentes tuvieran supervelocidad. ¿Quiénes iban a ser mis oponentes? ¿Cómo se elegía eso? Tenía que decir algo rápido. ¿Y un combate?

— ¿Un combate?

No podía ser tan difícil. Había visto muchas películas de peleas. ¿Eso servía de algo? No lo sé.

— ¿Me lo preguntas o me lo dices? — la voz del director era como el ronroneo de un puma.

— Un combate.

Además, en algún momento tendría que aprender a luchar por si el encapuchado volvía a aparecer. Aunque no había levantado un puño en mi vida. Bueno, el de mis juguetes, si eso contaba para algo. No podía ser tan difícil.

— Sea pues, un combate. ¿Hay algún voluntario para enfrentar a Daniel?

— ¡Yo, señor! — se apresuró Jaime a decir nada más hubo terminado el director de formular la pregunta.

— Muy bien.

Y con un gesto de su mano todos se apartaron como llevados por una fuerza invisible, dejándonos a mí, al director y a Jamie apartados del resto. Qué prisas. Y qué eficiencia. Busqué a Tommas y Robyn con la mirada para encontrarlos cuchicheando. Robyn me devolvió la mirada para sonreírme de tal manera que hasta yo sabía que estaba fingiendo y levantó el pulgar deseándome suerte con el movimiento de sus labios.

— Las normas son las mismas que las del coliseo. — empezó a explicar el director — Toda técnica o habilidad está permitida, solo se permite un objeto por contendiente y el combate se dará por finalizado cuando uno de los dos se rinda, quede incapacitado para continuar o cuando yo lo considere pertinente. Podéis comenzar tan pronto salga del área de combate.

En el suelo había dibujado un círculo que juraría que antes no estaba allí y el director estaba muy cerca de salir de él. ¿Cuáles eran mis puntos fuertes? La cara de prepotente que tenía Jamie en ese momento. Podía aprovecharme de que parecía estar confiado. Solo que probablemente sus razones para estar confiado estuvieran de lo más justificadas. Y que toda la clase nos estuviera mirando desde solo unos metros de distancia tampoco ayudaba mucho.

Los latidos de mi corazón de mi corazón eran cada vez más audibles. Sentía la cara ardiendo. No creía que a mucha gente le gustase que les mirasen cuando sabían que iban a hacer el ridículo. ¿Qué podía hacer?

Vale, era resistente. Había sobrevivido a una caída de un barranco. Tal vez podría aguantar sus golpes hasta que se cansara.

— Me portaré bien. — dijo Jamie, siempre sonriendo — Solo unos golpes para que puedas demostrar de lo que eres capaz.

A lo mejor tomando el combate demasiado en serio. Pero no quería perder, así que adopté la posición de combate del protagonista de la mejor serie de luchas que conocía. Porque nunca se sabía. Y Jamie adoptó la suya justo cuando el director salía del círculo. "Allá vamos" pensé.

Fui el primero en atacar. Me lancé a por él con un puñetazo por la derecha que esquivó sin problemas, seguido de otra con la izquierda que bloqueó para contraatacar con su puño en mi cara. El golpe me hizo retroceder, llorar por dentro, esforzarme por no llorar por fuera y recordar que en las

películas no parecía que doliera tanto.

— ¡Venga! — un puñetazo al cuerpo que bloqueé como pude con los brazos — ¡Atácame!

Como si no lo estuviera intentando. Pero no paraba de golpearme y yo solo sabía cubrirme como podía. Es más, cuando subía a la cara ni siquiera me daba tiempo para levantar los brazos y aprovechada el momento en el que los levantaba con retraso para darme en el estómago, dónde en las pelis no te avisan de lo mucho que dolía. A la cara, al pecho, al estómago. Sentía que me asfixiaba y no sabía qué hacer.

Pensé en el encapuchado. Jamie no era nada en comparación con él. Tenía una lanza, una guadaña, un lobo y se me podía aparecer en sueños. Y yo ni siquiera era rival para unos puños ¿Cómo podía ser tan débil?

— ¡Bloquéalo! ¡Izquierda! — era la voz, a la que obedecí de manera instintiva.

Ni tiempo me había dado para asimilar que Jamie me estaba atacando y mi mano ya se movía para desviar el golpe con éxito.

— ¡Golpea! ¡A la cara!

Y le di con la base de la palma en la barbilla. Nos quedamos mirándonos unos segundos en los que su sonrisita había desaparecido. Jamie debía estar tan sorprendido como yo de lo que acababa de pasar.

A continuación seguimos con un ciclo de golpes por parte de Jamie seguidos de mis contraataques cada vez que la voz me guiaba. Los golpes ya no dolían ahora que empezada a devolverlos. La cosa no iba tan mal después de todo. Aunque se estaba volviendo cada vez más agresivo. Estaba que echaba humo. Literalmente. ¿Qué demonios?

— ¡Retrocede y bloquea! ¡A la cara!

Detuve su puño con mi mano y cuando iba a tocar... un rugido y luego ¡fuego! Llamas era lo único que podía ver. Con una fuerza tal que me derribaron. Fue una explosión, un calor asfixiante que te hacía sentir como si te fueses a derretir, como si estuvieras atrapado en un horno del que nunca podrías volver a salir. Y luego solo la cara de Jamie con los ojos muy abiertos y la respiración agitada.

Se lanzó hacia mí y yo me cubrí instintivamente la cara pensando que iba a golpearme.

— ¡Lo siento mucho! — estaba de rodillas con la mano extendida pero sin llegar a tocarme, como si le diera miedo hacerlo — ¿Estás bien?

Perdón, por favor. — dijo suplicante.

— Estoy bien, no pasa nada.

— ¿Y tu mano?

Se la enseñé mostrándole que no tenía ni un solo rasguño, ni una sola quemadura, nada. Parecía que al final sí que era muy resistente.

— ¿No te quemas? — no había nada más sincero que la sonrisa de un niño ante la revelación de que no podía hacer daño sin querer con su poder de fuego a otro niño.

Acercó su mano en llamas lentamente hasta depositarla sobre mi brazo con cuidado. Era sensación era similar a la de tocar un radiador que nunca llegaba a quemar. Me molestaba más que me estuviera tocando que el calor en sí. A pesar de eso no aparté el brazo, no sé por qué.

Era ininflamable, bueno saberlo por si de mayor quería ser bombero. Entre eso y la resistencia a las caídas desde grandes alturas sería el mejor rescatador de gatitos de la historia. Solo que para esa posibilidad faltaba mucho y yo aún estaba en medio de un combate.

El director nos observaba con tal intensidad que pondría nerviosa hasta a una gárgola. Notaba la cabeza ardiendo y no era por las llamas de Jamie. Ya solo faltaba que alguien dijese el mítico comentario de: "Mirad, se está poniendo rojo".

Pero eso no fue lo que pasó, sino que Jamie se levantó de golpe con esa sonrisa del principio otra vez en su cara para decir:

— Pareces una vela de cumpleaños. — y empezó a reírse a carcajadas.

— ¿Qué?

Me llevé la mano a la cabeza y fue entonces cuando me di cuenta de que aquel calor que había sentido no era solo por los nervios. Tenía el pelo en llamas. E hice algo de lo que no me sentí muy orgulloso. Entré en pánico. Se me olvidó que no ardía de verdad y que ni siquiera me dolía y me revolqué por el suelo intentando apagarlo agitando la cabeza y dándole con las manos hasta que recibí una repentina ducha de agua fría.

— Susan Clemn, si vuelves a intervenir en una prueba serás expulsada de este mundo. — advirtió el director.

— No volverá a pasar.

Me había dejado empapado.

— Menudo espectáculo nos acabas de dar. — dijo Jamie entre carcajadas — ¿No me digas que ahora te da miedo el fuego? — otra carcajada — Si vas a hacer eso cada vez que veas fuego puedes quedarte en el suelo. Porque a partir de ahora voy a luchar en serio. — añadió creando una bola de fuego en su mano.

La voz gruñó.

— ¿No te vas a levantar de verdad? ¿Tantas ganas tienes de seguir haciendo el payaso?

Y el gruñido fue aumentando de intensidad.

— Ya tendrás otras oportunidades para participar en una tarta. ¿Por qué conformarse con una vela cuando puedes hacer de dos así? — se mofó elevando sus dos manos en llamas.

Siguió aumentando hasta que no sabía si era la voz o yo el que estaba gruñendo. ¿Por qué Jamie...? Se estaba riendo de nosotros.

— Incluso tres, que no se diga que no usas la cabeza.

Se creía muy gracioso. Si tanto quería luchar. Lucharía. Y lo destrozaríamos. Sentía como la energía se acumulaba en mi puño derecho, albergando más de la que podía contener. Como si creciera. Y esa energía fuese subiendo poco a poco por mi brazo hasta cubrir el lado derecho de... nuestra cara.

Nos colocamos de manera que pudiéramos levantarnos de un salto lo suficientemente rápido como para que no tuviera tiempo de retroceder. A la vista de cualquiera parecería que estábamos derrotados. Sería tan fácil alcanzar su cabeza y aplastarla contra el suelo que casi nos da la risa.

Tensamos toda nuestra musculatura, listos para saltar. Sintiendo como la energía se apoderaba centímetro a centímetro de hasta la última fibra del cuerpo. Y justo antes de atacar soltamos tal rugido que solo se escuchó en nuestra imaginación porque no podía moverme. El dolor de corazón me había dejado clavado en el sitio. Todo ese poder que había sentido hasta hace un momento se esfumó para ser substituido por aquel aberrante puñal en el pecho.

— Suficiente.

Escuché la palabra, pero no podía reconocer quién la dijo. Era como si mi corazón se estuviera asfixiando y con cada latido intentase tomar una bocanada de aire sin éxito. Cinco latidos. Y se detuvo.

— Daniel, del mundo A00100110Ω. — tenía que reconocer que al final su traje de payaso me hacía gracia —Esta es tu última oportunidad para marcharte. Si decides no quedarte nadie te juzgará pero si te quedas hay algo que no debes olvidar: estás aquí para aprender a sobrevivir, si alguna vez esperaste tener una vida pacífica y sin contratiempos, eso se ha terminado. Sucederán muchas cosas y todas ellas te cambiarán, algunas para bien y otras para mal. Incluso llegará un punto en el que te arrepientas de la decisión que hoy acabas de tomar, entonces deberás recordar que tuviste la oportunidad de elegir y que en la vida no hay segundas oportunidades.

Nunca nadie me había hablado así. Como si fuera una persona y tuviera capacidades para tomar decisiones por mí mismo. Entendía lo que me estaba diciendo, que lo comprendiese... de eso no estaba tan seguro.

¿De verdad quería aprender a sobrevivir? ¿De esta manera al menos? ¿Necesitaba este lugar? Estaba el tema del encapuchado, el otro guerrero, mis poderes. ¿De dónde habían salido? ¿Y los de Robyn? ¿No sería peligroso estar en mi mundo si alguien descubría que era diferente?

Aquí tenía a Robyn. Allí a David y Eva, ellos fueron mis primeros amigos. Y a mis padres. Tampoco es que estuviera muy seguro de que me importase no volver a ninguno de ellos. ¿Röd? Tenía que descubrir si podría venirse y quedar para jugar con Waily.

— Me quedo.

— Sea pues. — dijo el director tendiéndome un guante — Podéis retiraros a comer.

Se parecía a un guante de montar en bicicleta, de esos que no cubren los dedos. Era verde con la zona de la muñeca de color negro y con un símbolo dorado en el dorso que me recordaba a una flor. Un símbolo que hizo que los quedos murmullos de mis compañeros invadieran el gimnasio al verlo. ¿Qué significaba esto?